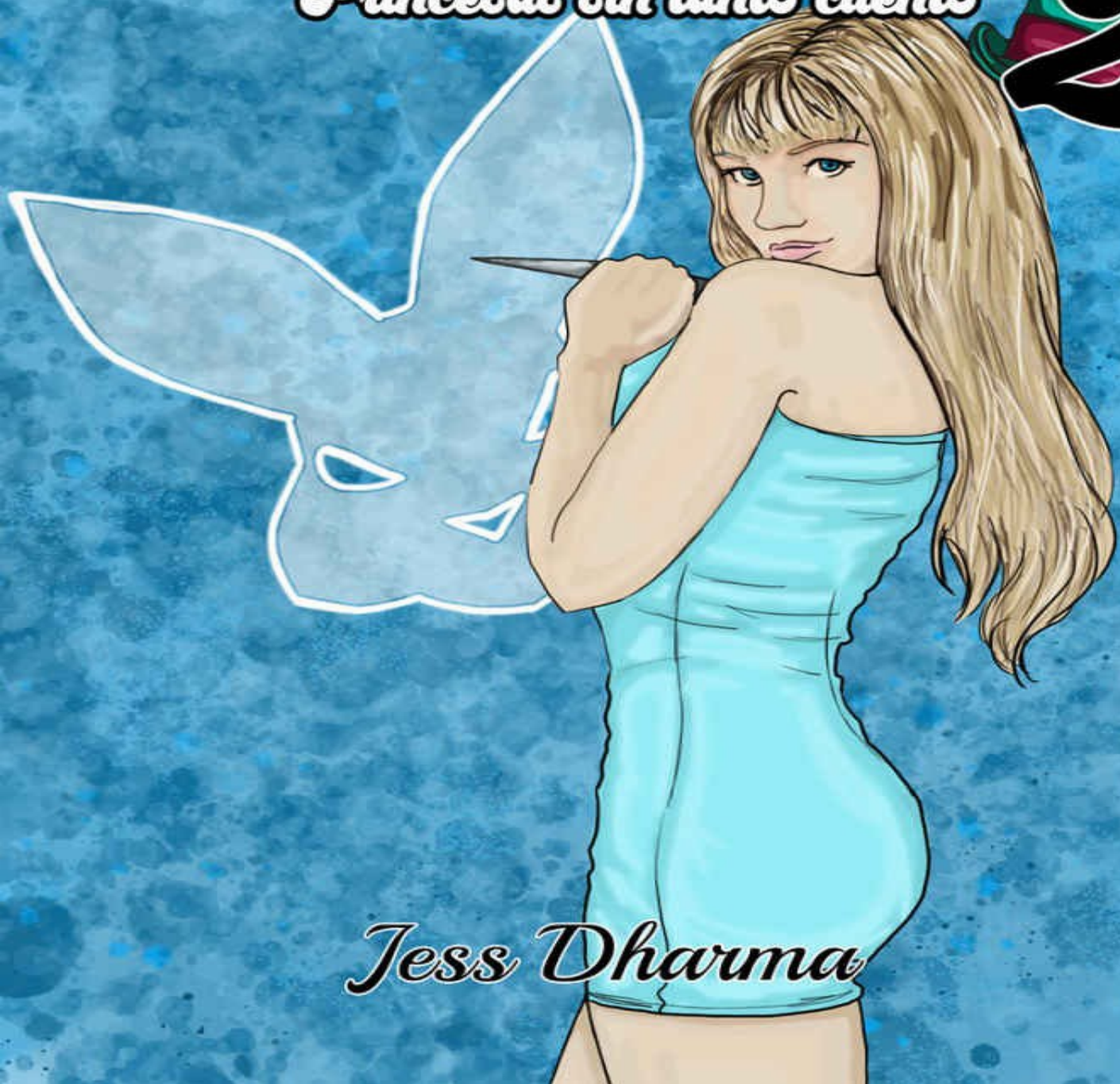


Alice y el Conejo Blanco

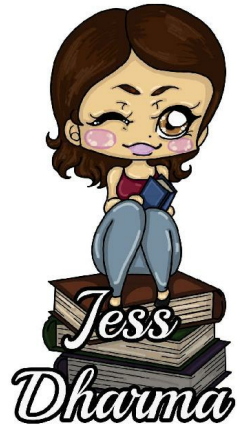
Princesas sin tanto cuento

2



Jess Dharma

ALICE Y EL CONEJO BLANCO
PRINCESAS SIN TANTO CUENTO 2



© Título: Alice y el Conejo Blanco

© Autor: Jess Dharma

© 2019

© Corrección: Kaera Nox

© Ilustraciones y portada: Lidia S. Balado

ISBN: 9798616832467

Impreso por Amazon

Reservados los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

Dedicatoria

Quiero dedicar esta novela a todas las personas que tienen o han tenido en algún momento de su vida a «un conejo blanco». Sois fuertes, luchadores y aunque vivir situaciones de este tipo es algo horrible y nadie debería de tener que pasar por ello, lo superaréis. Quizás necesitéis ayuda, no dudéis en pedirla, no es algo malo ni que os tenga que avergonzar, eso no os hace menos valientes o fuertes. Hasta Alice necesita a sus amigos para superar sus problemas. No estáis solos, todos sois príncipes y princesas guerreras. Va por vosotros con todo mi cariño.



*Las lectoras de Jess no llevan corona, llevan pistolas, igual que sus
princesas.*





No estoy loca,
MI realidad ES
distinta a la tuya

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Sinopsis:
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo
Biografía
Agradecimientos

Sinopsis:

Me llamo Alice y soy la princesa de mi imperio de narcotráfico.

Mis cosas favoritas en el mundo son mis cuchillos y las setas alucinógenas. Las malas lenguas dirán que cuando las consumo alucino porque veo al Conejo Blanco.

Pero lo que nadie sabe es que ese es el apodo de mi padrastro, del que hui a los 16. De eso hace ya diez años y me ha encontrado. Tiene una obsesión enfermiza conmigo. ¿Podré escapar viva del Conejo Blanco, el mayor narcotraficante y asesino de todo Pircasen?

Lo intentaré, aunque pierda la poca cordura que me queda. Aunque puede que sea lo último que haga.

En esta locura de viaje me acompañan dos hombres: Marcus, mi guardaespaldas, un hombre frío como el acero pero que haría cualquier cosa por protegerme y Tímido, un hombre de dos por dos que se sonroja cada vez que me insinúa. Los dos me atraen de una manera irracional, si tuviera que elegir a uno no sabría con cuál quedarme.

Aunque, ¿quién dijo que en temas del corazón se tiene que elegir?

Prólogo

Alice

Alice

Me llamo Alice, aunque prefiero que me llamen Ice, no por el diminutivo sino por mi gran afición a los cuchillos. Los que me conocen bien dicen que corto como el hielo, de ahí mi mote.

Me considero la princesa de mi imperio de narcotráfico. Sí, prefiero princesa, la palabra reina me haría sentirme mayor y con veintiséis años soy joven para eso; al menos físicamente, mi alma parece que tiene ya el doble de esa edad.

Tengo pocos amigos, no confío en nadie; hace diez años hui del infierno y tengo que cuidarme mucho para no volver a él. Pero White sí que lo es, le confiaría mi vida; y ahora necesita mi ayuda, y yo haría cualquier cosa por ella.

White es la hija del presidente de un *club* de moteros The King's MC. Ella siempre trabajó duro para poder ocupar algún día el puesto de su padre. Todo marchaba sobre ruedas hasta que su progenitor apareció con una bruja vestida de leopardo la cual llevaba escrita en el rostro la palabra «problemas». A mí, personalmente, en cuanto la vi no me gustó ni un pelo.

Todo ha pasado demasiado rápido, tanto, que no nos dio tiempo de ver venir lo que se avecinaba. En menos de dos días, el padre de mi amiga se había casado, muerto en un accidente de moto, y antes de que pudiéramos siquiera llorarle, inculparon a White de haberlo hecho.

La mayoría de los miembros del *club* no podían creer aquello, pero había otros que estaban sedientos de poder, deseosos de quitársela de en medio. Así que, sin pensarlo, la ayudé a escapar; ya que en este tipo de asociaciones no creen en eso de llevarte frente a la justicia, más bien son del ojo por ojo.

White se refugió con los Seven Dwarfs, otra banda de moteros. Ellos también quisieron ayudarla, por lo que se pusieron a investigar y descubrieron a un antiguo miembro de The Mirro's, la banda de Grim, la madrastra de mi amiga.

El hombre les contó que aquella mujer era una cazafortunas que se dedicaba a casarse con los presidentes de las bandas, que luego aparecían misteriosamente muertos, y de esa forma, se apoderaba de todos los negocios y dinero de los *clubs*, hasta que los dejaba secos. Cuando ya no tenía donde rascar se marchaba con algunos hombres, solo los de confianza, para conseguir a su

siguiente víctima.

Tenemos que encontrar a ese hombre y llevarlo frente a los The King's para que les cuente toda la verdad, de esa forma podremos limpiar el nombre de mi amiga y obtener su venganza.

Iba a ir con algunos de los hombres de Rian, el jefe de los Seven Dwarfs, pero mi guardaespaldas, Marcus, se ha negado. Lo mismo que Tímido, un hombre del tamaño de un armario empotrado que se sonroja cada vez que me insinúo y que es uno de los Siete Enanitos. Así que no me queda otra que salir de viaje con ellos. Que conste que no me quejo, están los dos de rechupete y, aunque no sea el momento más propicio para pensar en estas cosas, ¿quién me puede juzgar? Es como si me hubieran traído mis regalos favoritos los Reyes Magos y Papá Noel a la vez, sería una ingrata si los rechazara.

Lo único que espero es que no se maten por el camino. Suelo ser muy positiva y casi siempre estoy de muy buen humor, pero mis nervios son más bien delicados, y no llevo lo único que me relaja en el mundo, mis setas alucinógenas. Es lo que me hace olvidar el infierno de mi pasado. Así que, por su bien, espero que sean buenos.

Capítulo 1

Alice

48 horas antes del Conejo Blanco



En principio el viaje estaba planeado para mañana por la mañana, pero hemos decidido que cuanto antes nos pongamos en camino, antes podremos ayudar a White. Mocosos nos ha dado instrucciones precisas de cómo encontrar al hombre una vez que lleguemos a Glass Slipper.

Al final viajamos solo tres, mi guardaespaldas Marcus, Tímido, que debajo de todo ese pudor que tiene ha resultado ser un cabezón de los buenos, y yo. Que conste que no me puedo quejar, no podría ir mejor acompañada ni pagando.

Hemos tardado en ponernos en marcha más de lo que deberíamos ya que mis dos hombres han tenido una

pequeña diferencia de opiniones, y algo me dice que no va a ser la única en este viaje. Y no es por echarme flores, pero estoy segura de que yo tengo algo que ver.

Tímido quería que él y yo viajáramos en su moto mientras que Marcus nos podía seguir en su coche. Según su argumentación, viajaríamos más seguros si llevábamos dos transportes y la motocicleta siempre es más rápida a la hora de tener que huir. Cuando ha dicho eso la cara de Marcus ha sido todo un poema, casi se le salen los ojos de las órbitas. Con lo seguro que es él, casi le da algo. Por supuesto se ha negado rotundamente, ha dicho que yo solo viajo en el coche, que es totalmente seguro y está blindado en caso de que pase algo. Se han medido durante un rato con la mirada, yo los observaba esperando que se la sacaran para ver quién la tenía más grande, pero al final Tímido ha cedido. Demasiado fácil, seguro que trama algo.

Total, que ahora parece ser que en vez de un guardaespaldas tengo dos, o más bien niñas. ¡Aburrido!

Marcus ha insistido en conducir, pero sobre todo en que el otro se sentara con él de copiloto, menudo viaje me espera. No se ponen de acuerdo en nada, mientras a Marcus le gusta la música clásica al motero le gusta el *rock*. Son como la noche y el día. Tras varios cambios de emisora al final dejan una de noticias cuando les he hecho una mala mirada, cada uno me evita con semblante digno.

Desde mi sitio tengo una perspectiva realmente buena de ambos y no puedo evitar evadirme deleitándome con ellos. Marcus es rubio, algo apagado, y lleva el pelo siempre muy bien peinado, creo que nunca lo he visto despeinado. Tiene la mandíbula cuadrada y los rasgos muy afilados, debajo de esas gafas negras que pocas veces se quita tiene unos ojos azules, pero no como los míos que son muy claros, los suyos son más como el mar embravecido. Nunca le he visto barba, ni

siquiera esos puntos que aparecen cuando empieza a salir, siempre tan pulcro. Tampoco le he visto nunca de paisano, pero tengo que reconocer que el traje negro le sienta como un guante, es muy alto y su cuerpo fibroso se marca bajo esa ropa tan cara. Siempre es correcto, creo que nunca le he visto perder los nervios, y sé que a veces se horroriza con las cosas que hago. Piensa que soy una princesa de cristal que se puede romper, mi hombre de hierro, siempre tan protector. No puedo evitar que un suspiro se escape de mis labios, pero parece que ellos no lo han advertido, mejor.

Luego fijo mi atención en el copiloto, Tímido, la verdad es que el mote le va que ni pintado. Sin embargo, es algo curioso en un hombre de este tamaño. Su rostro también es marcado, pero no tanto, tiene un hoyuelo en la barbilla que seguro es el causante de más de un anhelo. Sus ojos son grises y algo rasgados, rodeados de largas pestañas rubias, que hacen un conjunto perfecto con la barba que empieza a crecer descuidada en su rostro.

Lleva vaqueros y una camiseta de manga corta que deja al descubierto sus musculosos brazos llenos de tatuajes que te dan ganas de pasar la mano sobre ellos, y lo que no son las manos. Además de un culo que quita el hipo. Por lo poco que he visto de su personalidad, esa parte pudorosa en un hombre me encanta, creo que nunca he conocido a nadie así, ni siquiera de niña; los hombres que conocía no eran nada vergonzosos. Pero, por otro lado, es un hombre fuerte, tenaz, que no se deja pisar por nadie; lo ha demostrado claramente ante Marcus, en varias ocasiones ya.

Si me dieran a elegir no sabría decir cuál me gusta más, ya que los dos son perfectos a su manera, y para qué me voy a engañar, los dos me ponen como una moto.

¿Aunque quién dijo que hay que elegir?

—¿Vamos a ir todo el viaje sin hablar? Me aburro mucho.

Les digo y los chicos me miran por los espejos retrovisores, Tímido me sonríe fugazmente y Marcus frunce el entrecejo.

—Deberías dormir un rato, los últimos días han sido de locos y no has descansado nada —dice Marcus tan protector, a veces parece más mi madre que mi guardaespaldas.

—Ya dormiré cuando esté muerta. —Se que le he disgustado porque chasquea la lengua, mientras el copiloto suelta una risita—. Yo había pensado... no sé, en hablar de algo para pasar el rato.

—Claro, ¿de qué te gustaría hablar? —pregunta Tímido que en este momento me cae mejor.

Sé que es infantil pero no puedo evitar sacarle la lengua a Marcus en reproche.

—Pues no sé, por ejemplo... ¿Tenéis novia? ¿Sois heterosexuales o bisexuales? —Me coloco entre los dos asientos para escuchar sus respuestas ya que me interesan mucho.

El motero ha pasado al color berenjena de cero a cien en dos segundos. Marcus, que ya está más acostumbrado a mis excentricidades, ni se inmuta.

—Ella es así, más te vale que te acostumbres o lo vas a pasar muy mal, blandito. —Aprovecha Marcus para meterse con Tímido.

—No soy blandito, simplemente me ha pillado por sorpresa. —Se defiende echándole una mirada asesina.

—Vamos, chicos, no peléis, el sexo es algo natural, el mejor deporte que hay. Creo que somos adultos para poder charlar sobre ello. ¿No creéis?

—Claro que sí —contesta Marcus, que nunca, nunca, quiere hablar conmigo de esos temas. Tiene el premio anual de esquivar mis preguntas de sexo.

—Por supuesto —le secunda Tímido algo rojo, pero estoy segura de que no quiere aparentar ser menos al lado del otro después de lo que le ha dicho.

Es tan tierno que dan ganas de achucharlo, así que no puedo evitar sonreír.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? —pregunta Marcus.

—Mis preguntas, no habéis contestado.

Veo como mi jefe de seguridad toma aire profundamente antes de hablar.

—No, no tengo novia, no tengo tiempo para esas cosas, y soy heterosexual, Alice. —Le dedico mi mejor sonrisa ante su respuesta.

Hemos avanzado algo, aunque nunca conseguiré que me llame Ice como los demás.

—¿Y tú? —preguntó a Tímido que se voltea ligeramente para mirarme.

—Yo tampoco tengo novia, no he encontrado a la mujer adecuada y también soy heterosexual.

—Me sonrío enseñándome ese hoyuelo y tengo que agarrarme en el asiento trasero para no mordisquear sus labios.

—Genial, yo he hecho mis pinitos con mujeres. No puedes decir que algo no te gusta si no los has probado. —Me encojo de hombros—. Pero prefiero los hombres. Y ¿qué opináis de los tríos?

Está vez el que no se espera la pregunta es Marcus que, sin poder evitarlo, pega un volantazo y me caigo redonda hacia un lado. Yo que iba tan metida en mis sucios pensamientos, no lo he visto venir. Seguro que se me ha visto hasta el alma en la postura que he caído con el mini vestido que llevo. ¡La madre que lo parió! Es tan serio que a veces me tengo que plantear si no será virgen, aunque eso lo pienso más de Tímido que de Marcus. Del guardaespaldas he llegado a sospechar que le tienen que ir más los tíos que las mujeres, ya que he intentado ligar de todas las maneras con él.

Como puedo vuelvo a sentarme entre los asientos para echarle una mirada asesina, ni siquiera parece arrepentido.

—¿Entonces? —Marcus me mira por el retrovisor con una ceja levantada.

Como no le veo muy por la labor de contestar, cambio de objetivo y sonrío al motero, que me devuelve una sonrisa algo cortada.

—Yo he hecho uno, pero con dos mujeres —me responde puntualizando la palabra mujeres.

—Ya entiendo, a mí los hombres siempre me proponen hacer, pero con dos mujeres. Parece que es la fantasía de la mayoría, aunque debo deciros que es algo injusto, porque una mujer también tiene derecho a ser amada por dos hombres. —Siento dos pares de ojos clavados en mi persona—. No hablo de amor, no creo en ese sentimiento, creado por las tiendas para vender más en las fechas señaladas. Me refiero a venerar los cuerpos, dar placer, esa sensación de tocar el cielo con la punta de los dedos. Toda mujer debería poder sentir eso con dos hombres, sentirse totalmente colmada de atención. No es algo exclusivo de hombres.

Veo que sus miradas se cruzan durante un segundo, no ha sido mucho, pero estaban cargadas de significado, por lo que decido seguir.

—Además los hombres que participen pueden ser perfectamente heteros, no se tienen ni por qué tocar. El sexo es solo eso, un intercambio de fluidos y placer. —Madre mía, me estoy poniendo húmeda solo de pensar que estoy con estos dos.

—Alice, ¿por qué no te duermes? El cansancio de estos días está haciendo mella en ti. Estás delirando, si insinúas por tan solo un momento que este —refiriéndose a Tímido con tono despectivo— y yo vamos a hacer un trío contigo.

Me suelta Marcus y por la forma que tiene de apretar su mandíbula apostarí a que está enfadado, pero a mí su comportamiento me cabrea aún más.

—Te recuerdo que soy la que te paga, por si se te ha olvidado. Háblame con más respeto.

—Cuando dejes de comportarte como una coneja en celo buscando aparearse. —Entonces mi

sangre se hiela, Marcus nunca me ha hablado así. Pienso en sacar el cuchillo que asoma por debajo de mi vestido y cortar su garganta, no debo tolerar ese tipo de comportamiento.

Respiro un par de veces profundamente. Quizás me he pasado un poco, él me ha dado a entender muchas veces que no quiere nada conmigo, no debería presionarlo más con el tema.

—¡No vuelvas a hablarle así o te dejaré la cara que no te la va a reconocer ni tu madre! —lo amenaza Tímido, apretando el brazo de su sillón tanto, que tiene los nudillos blancos.

—Le hablaré como le tenga que hablar, soy su jefe de seguridad. Si se va insinuando así a los hombres es posible que termine un día rajada y muerta en un callejón oscuro —rebate Marcus.

—¿Qué estás insinuando de ella? —levanta la voz Tímido.

—¡Oh, vale ya, los dos! Me voy a dormir, sois como dos niños. Debería haber viajado con Mocososo.

—¿Ves? La lía y ahora se duerme. —Oigo a Marcus mientras me estoy quitando los tacones de más de quince centímetros para tumbarme en el amplió asiento trasero. Decido ignorarlo.

—Nota mental, cambiar de jefe de seguridad en cuanto vuelva a casa.

Oigo una carcajada, creo que es de Tímido.

—¿Lo he dicho en alto? —pregunto. A veces me pasa eso, quiero pensar algo y lo suelto sin más.

—¡Oh, sí! Deberías haber visto la cara del soldado de hierro. Por favor, la próxima vez que vayas a hacer algo de eso dímelo para poder grabarlo, su expresión no tiene precio.

Le oigo que vuelve a reír, pero también oigo un gruñido y no tengo que mirar para saber de dónde viene. Decido ignorarlos, voy a intentar dormir a ver si con un poco de suerte lo consigo. En mis sueños esos dos usarían su lengua para algo más que para sacarme de quicio.

Me acurruco bajo una manta suave de color azul, que Marcus se ha preocupado de traerme por si quería dormir durante el camino, y una almohada de lo más cómoda. El sueño no tarda en llegar y me rindo gustosa a él, a ver si me depara algunos recuerdos calientes y húmedos.

Capítulo 2

Alice



La habitación está oscura y huele mal. Una mezcla entre humedad en las paredes y pis, sin embargo, aunque es insoportable, es como si ese aroma viviera pegado a mí. Estoy sentada en mi cama, es un colchón viejo en el suelo, la gotera del techo al menos solo moja la parte de los pies. No sé si es de día o de noche, la persiana se rompió y mamá nunca la consiguió arreglar, pero creo ver que entra un poco de claridad por la parte de arriba. Tengo una lamparita pequeña, está muy vieja y algo rota, pero me da luz, con eso me basta, no me gusta la oscuridad. Me da miedo.

Enfrente de la cama tengo un espejo grande, está negro, pero puedo verme. Mi pelo rubio está muy sucio y revuelto, me pica mucho, pero cada vez que intento rascarlo me pego un tirón y me duele. Así que tengo que elegir entre que me pique o que me duela. Lo que pasa es que a veces se me olvida y meto la mano.

La camiseta que llevo me llega casi hasta los pies y ahora, en vez de blanca, tiene un tono amarillento tirando a negro, aunque hay una zona más amarilla que otra. Mamá decidió que ya era mayor para los pañales, pero anoche no llegué a hacer pipí al baño y me lo hice encima. Ahora está seco, pero la mancha le dirá a mamá lo que ha pasado. Ojalá llegara al lavabo para limpiarlo.

Oigo un ruido y me quedo muy quieta escuchando, hasta que me doy cuenta de que es mi tripita, no sé cuándo fue la última vez que comí. Mamá dice que la vaca de la leche se ha ido al cielo, por lo que ya no puedo tomar más leche. Me dejé antes de irse un trozo de pan, pero por más que lo chupo no me quita el hambre.

Ojalá venga pronto, la echo mucho de menos, ella sabe que no me gusta estar sola, pero ha ido a buscar trabajo. Yo ya sé que nos hace falta para poder tener una casa y poder comer. Así que me quedo solita, aunque no me guste. No voy a llorar porque ya soy mayor para eso. Esperaré a que venga, ya no puede tardar mucho más.

Oigo un ruidito en la otra parte de la habitación, me acerco despacio y veo que es Bobby, un ratoncito que vive en mi casa, mi único amigo. Él me hace compañía cuando mi mamá no está.

—Hola, Bobby, ¿tienes hambre?

El ratoncito me mira con sus grandes ojos y se frota las manitas delante de sí.

—Espera, no te vayas.

Voy corriendo hasta donde tengo mi pan y vuelvo junto a mi amigo, parece que sabe lo que

tengo para él, porque me está esperando. Me siento a su lado, no me tiene miedo, así que le empiezo a dar miguitas. El ratoncito se las empieza a comer y de vez en cuando hace ruiditos de agradecimiento que me hacen reír. No sé el rato que paso con mi amigo, hasta me deja que lo acaricie. He estado tan distraída que no me he dado cuenta de que ha vuelto mi madre hasta que oigo su risa fuerte.

Me levanto sujetándome apoyando mis manitas en el suelo y voy corriendo a buscarla, abro la puerta que está entornada, nunca la cierro porque no llego al picaporte. Oigo otra risa, parece que mamá no está sola, así que paro de correr y me acercó despacio.

Parece que las voces y risas vienen del salón. La otra persona creo que es un hombre, tiene una voz fuerte, pero a mamá parece que le cae bien porque se ríe. Me acerco despacito hasta la puerta del salón y veo que mi mamá está metiéndose un polvo por la nariz que está esparcido sobre la mesita baja. Justo detrás de ella hay un hombre que golpea en la espalda con su gran cuerpo, mamá pega un grito y yo me asusto mucho. Ese hombre está haciendo daño a mi mamá.

Me voy corriendo hacia ella, tengo que ayudarla.

—Mami, mami. ¡Deja a mi mamá!

—¡Alice, vuelve a tu cuarto! —me grita mi madre. Seguro que me protege para que el hombre malo no me haga daño a mí también.

—¡Suelta a mi mamá! —Me cuelgo de su brazo.

El hombre cuando me ve, de un manotazo me aparta y caigo.

—¡Odio a los niños! No me dijiste que tenías una piojosa.

Caigo y mi cabeza va directa a la mesa de cristal donde mamá aspiraba aquel polvo blanco. Todo va a cámara lenta, veo sin poder evitarlo como rompo el cristal, duele, pero lo que realmente noto cuando llego al suelo junto a todos los cristales, es como algo caliente sale de mi cabeza. Tengo mucho sueño, tanto, tanto sueño.

—¡Alice! ¡Hijo de puta! Es mi pequeña, ¿cómo te atreves? —Antes de dormirme oigo otro golpe, creo que mi mamá también va a sangrar.

El sueño cambia de escenario, el dolor desaparece.

Me vuelvo a ver, esta vez soy un poco mayor. Es mi cumpleaños, hoy cumpla diez años. Estoy muy contenta, mamá lleva un tiempo bien, casi parecemos una familia. Trabaja como camarera en una cafetería, a veces hace turnos dobles para que podamos vivir, pero estoy muy orgullosa de ella, lleva un tiempo sin tomar alcohol ni drogas. Sé que a veces le cuesta, pero el día que estuve a punto de morir, le hizo ver las cosas de otra manera.

Yo la ayudo en todo lo que puedo, voy al colegio, saco muy buenas notas para que ella se sienta muy orgullosa de mí. Cuando vuelvo recojo la casa y preparo la cena, para que ella pueda descansar después del trabajo.

Hoy solo trabaja por la mañana y es sábado, así que yo no tengo clase. He aprovechado para limpiar la casa y que esté todo reluciente para cuando ella llegue. Me he puesto el vestido azul que me ha cosido ella misma como regalo de cumpleaños, y me ha prometido que traerá una tarta para que lo celebremos. No tenemos muchas cosas, pero puedo decir que soy feliz con lo que tengo.

Ya casi es la hora de que venga del trabajo, así que he sacado la comida del horno y he puesto la mesa. Quiero que todo sea perfecto, que esté contenta y que sepa que yo lo estoy por los esfuerzos que hace por las dos.

Me miro en el espejo y sonrío, llevo mi largo pelo rubio con una diadema blanca para atrás, aunque se me ve la cicatriz en la frente, pero no me importa, este día no.

Miro el reloj de la cocina, mamá se retrasa. Seguramente haya ido a por la tarta al salir de

la cafetería, por eso tarda más, me digo para animarme.

Las siguientes dos horas pienso que es posible que su jefe le haya pedido que doble turno porque haya faltado una compañera. No puedo evitar sentirme algo triste, pero el trabajo es lo primero, es lo que nos da de comer.

Cuando ya han pasado cuatro horas no lo pienso más. Cojo monedas del bote de emergencia y me dirijo a la cabina más próxima a nuestra casa para llamar a la cafetería. Necesito saber que está bien, si algo malo le ha pasado... No puedo ni pensar en ello sin que me entren ganas de llorar. No tengo nada más en el mundo.

Marco el número, que llevo en un papel que siempre tengo pegado en la nevera por si ocurre algo, y espero que descuelguen. Cuando lo hacen se oye mucho ruido, ya es hora de que empiecen a servir las cenas en el sitio.

—Señor Anthony, soy Alice, perdone que le moleste. ¿Está mi madre trabajando turno doble? —No quería molestar al señor Anthony, que era el jefe de mi madre, pero estaba realmente preocupada.

—Alice, pequeña, ¿estás bien? —Conozco a todos los de la cafetería, he pasado muchas tardes allí con ellos mientras mi madre trabajaba.

—Sí, señor Anthony, solo es que mi madre no ha vuelto aún y estaba un poco preocupada. Pero no quiero molestar, sé que tienen mucho trabajo.

Oigo maldecir por lo bajo al otro lado de la línea, parece que se han retirado el auricular para que no lo oyera, pero aun así es inevitable.

—Alice, tu madre no ha venido hoy a trabajar, lo siento. ¿Quieres que llame a alguien?

—No, pero no puede ser, me dijo que tenía turno de mañana y luego iría a comprar una tarta por mi cumpleaños, después vendría a casa.

Creo que todo eso lo digo más para mí que para la persona al otro lado del teléfono.

—Hija, si necesitas algo llámame, ahora tengo que dejarte, estamos en hora punta.

—Gracias, señor Anthony, seguro que está bien y en breve volverá a casa.

Con esas palabras, que no me creo ni yo misma, cuelgo el teléfono. Vuelvo a casa cabizbaja, pensando qué ha podido pasar. ¿Y si esa mañana cuando mi madre salió a trabajar le pasó algo? No, no podía ser, habría venido la policía, o al menos eso quería pensar.

A lo mejor estaba preparando una sorpresa para mi cumpleaños. O quizás se había olvidado de mí. Para qué me iba a engañar pensando en cosas que sabía que no eran creíbles.

Cuando llego a casa me tiro en la cama, ni me desvisto, solo puedo llorar, lloro hasta que me quedo dormida y sin lágrimas. Mi madre siempre me falla por mucho que yo piense que no lo volverá a hacer.

No sé qué hora es cuando escucho ruidos en casa, pero debe ser bien entrada la noche ya que tengo la persiana subida y es noche cerrada.

Me quedo muy quieta para escuchar más atentamente, vuelvo a percibir los ruidos, son como grititos; me preocupo por si es mi madre, pero no puedo evitar que a mi mente vengan los recuerdos de lo que ocurrió la última vez que oí ruidos y me aventuré para ayudarla. Casi me cuesta mi vida.

Dudo si quedarme en la cama y dejar que se apañe sola, o ir a ayudarla. Estoy muy dolida con ella por lo que me ha hecho, y algo me dice que lo que me voy a encontrar solo va a hacer que me enfade más. Soy pequeña, pero muy inteligente para mi edad, he tenido que madurar a marchas forzadas.

La oigo gritar de nuevo, el amor por mi madre al final gana la batalla y me levanto como un resorte de la cama, salgo descalza por el pasillo. La habitación de mi madre está al final, tengo

que pasar antes por la cocina, mejor aprovecharé para coger un cuchillo. «Está vez no seré yo la que termine sangrando», me prometo a mí misma.

Con un cuchillo que es casi más grande que mi mano, me dirijo a la habitación de mi madre. La puerta está entornada, la vista que tengo desde allí es deplorable.

En la mesilla de noche hay una cuchara y una jeringuilla, distinta droga, misma mierda. Mi madre está tumbada en la cama con un vestido subido hasta las caderas y abierta de piernas. Entre ellas se encuentra un tío con un chaleco de motero, los pantalones a medio bajar, se le ve medio culo peludo. Hasta ahí todo parece normal.

La yonqui de mi madre ha vuelto a drogarse y ha terminado con otro mierda, follando. Sí, ella me explicó todo lo que tenía que saber sobre el sexo, suficiente para saber que no me quiero abrir nunca de piernas. Cuando me voy a girar para irme, con lágrimas de nuevo en los ojos, veo una de las manos del hombre en el cuello de mi madre, asfixiándola, eso hace que salte una alarma en mi cabeza. Escucho atentamente y oigo los resuellos de mi madre intentando coger aire.

No me lo pienso y me lanzo sobre él con mi cuchillo alzado como si fuera una espada y yo una guerrera. Pero los ojos de mi madre se agrandan, cosa que da una pista al tipo, que se gira a tiempo de parar mi brazo con una sola mano. Me quita el cuchillo y lo lanza lejos.

Me mira y pone una sonrisa lobuna, todo el vello de mi cuerpo se eriza, me alerta de que algo va realmente mal.

—No me dijiste que en casa había una minitú para la fiestecita —dice el tío relamiéndose sin soltar mi brazo.

—Mi hija no. —A mi madre le cuesta hablar, algo me dice que es por la droga, tiene la mirada cristalina y algo perdida.

—Oh, sí, tu hija sí. ¿Verdad que sí, pequeña? Seguro que aún nadie te ha abierto, lo tienes que tener apretadito y pequeñito.

El miedo me paraliza, quiero huir, pero sus dedos están clavados en mi blanda piel, ya veo aparecer las moraduras donde me está tocando. Miro a mi madre buscando ayuda, pero dudo mucho que pueda levantarse en unas cuantas horas.

El hombre me tira al suelo y se lanza encima de mí. Sus enormes manos manosean mi cuerpo, tengo miedo, pero sobre todo asco, algo en mi cabeza se activa; mi instinto de supervivencia. Necesito salir de esta. Busco algo con lo que defenderme, lo que sea. Este desgraciado mete la mano entre mis piernas y me arranca las braguitas haciéndome mucho daño, por un momento el dolor me desconcentra, pero entonces lo veo. El cuchillo no ha caído lejos de donde nos encontramos, y el desgraciado está tan concentrado intentando meterse entre mis pliegues, que no se da cuenta cuando alargo la mano y agarro el cuchillo.

No pienso, no necesito hacerlo, solo tengo un objetivo: sobrevivir.

Y de esa forma clavo el cuchillo en el cuello del tipo enorme que ha intentado violarme, mientras mi madre está tirada en la cama mirando todo sin poder ayudarme. En ese momento todo el amor que siento por ella no desaparece, pero sí que crece otro sentimiento dentro de mí igual de poderoso, el odio. Por todo lo que ha permitido, por las veces que me ha fallado, por anteponer las drogas y un rabo entre las piernas a su hija, que es capaz de hacer cualquier cosa por ella.

Como puedo me quito al tío de encima, pesa horrores. Con la mano me limpio la sangre que baña toda mi cara y me acerco hasta mi madre.

—Gracias, mamá, por tu regalo de cumpleaños.

Algo dentro de mí se muere ese día junto a aquel tipo.

Capítulo 3

Tímido



Cómo puede cambiar la vida de uno en un solo segundo. Ayer estaba tan tranquilo con mis temas del *club*, mis tatuajes, mis *piercings* y los asuntos menos legales, cuando apareció un torbellino rubio de mujer, armada con cuchillos y dio la vuelta a todo mi mundo.

Primero me pide que le agujeree una parte muy tierna de su anatomía. Y ¡joder!, casi me derramo sobre mis pantalones como un adolescente. He anillado el clítoris en infinidad de ocasiones, pero ninguna persona era ella. Todo en su ser es tan excitante que, aunque me intento resistir, me atrae como la luz a la polilla. Su apariencia es la de una muñeca de porcelana que se podría quebrar con el más sutil de los roces, pero en su interior vive un fuego que es abrasador y atrayente a partes iguales. Por eso cuando se ofreció a viajar a Glass Slipper no dudé ni por un segundo en apuntarme. Sé que es una locura, no pinto nada aquí. Ice tiene a su jefe de seguridad con ella, estoy seguro de que daría su vida por salvarla, pero, aun así, no puedo evitarlo; mi necesidad de protegerla es más fuerte que mi sentido común.

Al menos eso ha sido al principio, luego algo ha pasado con Marcus, ha intentado marcar territorio con Ice y eso me ha cabreado. Así que ahora, aparte de para protegerla, voy para que no se acerque a la mujer que es mía.

Luego ella, que es como una gran caja de sorpresas, nos ha hecho una serie de preguntas, que me han dejado bastante descolocado, sobre qué me parecería hacer un trío. A ver, que no soy ningún puritano, he hecho uno con dos mujeres, pero no es al tipo que ella se refería. Ice lo decía por Marcus y por mí. Al menos me he reído de la cara de su jefe de seguridad, tan recto que parece que lleva una recortada metida por el culo, ha sido todo un poema. Me encantaría darle placer de todas las maneras inimaginables, pero no podría soportar ver cómo ese tipo le pone una mano encima.

De vez en cuando nuestras miradas se encuentran en el retrovisor. Bueno, la mía con sus putas gafas negras. Por favor hace rato que anocheció, ¿a quién quiere impresionar? Ambos miramos a Ice que está dormida en el asiento trasero, debe estar soñando porque lleva un rato muy agitada. Este tipo no me cae bien, pero tengo que reconocer que parece que se preocupa por ella, punto para él. Aunque es su trabajo, le paga para ello, y algo me dice que no sale nada barato.

Sin previo aviso Alice se pone a gritar, son alaridos de dolor y terror. En cuanto la escucho me pongo muy nervioso y quiero llegar hasta ella. Pero soy tan grande que con el coche en marcha no puedo pasar a los asientos de detrás sin matarnos en el proceso.

—¡Para el puto coche! —grito a Marcus que parece tan tranquilo, que de lo único que tengo ganas es de cogerle de la chaqueta del traje y machacarle su cara perfecta de modelo de televisión.

Creo que por mi expresión se ha dado cuenta de que no bromeo y se echa a un lado en el arcén; Ice sigue chillando, dormida. No lo dudo y salto fuera del coche para meterme por la puerta de atrás. La cojo entre mis brazos para acunarla. No sé qué es lo que le hace daño, pero quiero absorberlo y resistirlo yo por ella. He tenido pesadillas, he visto a gente que las ha tenido, pero nunca he presenciado nada parecido.

—Ice, tranquila, es solo un sueño. Estás aquí, conmigo. —La mezo, acurrucada sobre mi pecho, mientras susurro sobre su oído intentando llegar hasta ella.

Tiembla, está sudando y aun así parece un cubito de hielo.

—Marcus, ¿qué le pasa? —pregunto desesperado.

—Está bien, se le pasará —dice y enciende la luz interior del coche.

—¿Que está bien? Estás de broma, ¿no?

—¿Tímido? —pregunta Ice, su voz es casi un susurro, pero aun así la escucho, y doy gracias por ello.

—Sí, soy yo. Estoy aquí, contigo.

Noto que respira de forma agitada, la separo de mi cuerpo para mirarla y su aspecto me impacta. Tiene el pelo pegado a su rostro a causa del sudor, está aún más pálida de lo que ya es, pero lo que más me llega al alma son sus ojos. Los tiene muy abiertos y cristalinos, su mirada es de puro terror y está perdida en algún lugar muy lejos de allí.

Su respiración en vez de relajarse por haber despertado cada vez es más acelerada, va a hiperventilar.

—Marcus, está teniendo un ataque de ansiedad.

—Lo sé —dice tan tranquilo y juro que, si no fuera porque estoy sujetando a Alice, lo mataría en ese mismo momento.

—Ice, respira conmigo. Necesito que te calmes. —Coloco su mano izquierda sobre mi corazón y yo pongo mi mano derecha sobre el suyo, que parece que se va a salir de su pecho de lo rápido que va—. Ahora despacio, siente mi corazón, inspira, espira, despacio.

Parece que mi voz le llega allí donde anda perdida, y poco a poco va tomando aire y soltándolo como yo lo estoy haciendo. Su ritmo cardiaco se acompasa con el mío. Cuando creo que ya está recuperada, la tomo de nuevo entre mis brazos y la atraigo hasta mi pecho, antes de dirigirme hasta el desgraciado que tengo enfrente.

—¿Cómo puedes verla sufrir de esta manera y no hacer nada? Eres un cabrón sin corazón —digo en tono bajo apretando los dientes para no ponerla nerviosa.

—No es la primera vez que la pasa, me tiene totalmente prohibido que la toque cuando le ocurre eso. Posiblemente cuando se recupere del todo te acuchille por lo que has hecho. —Subo las cejas ante sus palabras, por nada del mundo me esperaba esa contestación. Él se encoge de hombros—. Normalmente toma sus setas, con eso se siente bien bastante rápido. Pero no las ha traído, me dijo que quería estar lúcida para ayudar a su amiga.

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera aquí? —dice Ice apartándose de mi pecho. No parece enfadada, pero sí está algo sería, no tiene el mismo carácter afable de siempre. Pero ¿quién la puede culpar con lo que acaba de pasar?

—Lo siento, jefa —se disculpa Marcus.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado? ¿Quieres hablar de ello? —pregunto de forma atropellada. Ella suspira.

—Estoy bien, nada y no. Quiero que vayamos a buscar algún hotel en el camino y si tiene algún bar para tomar una botella de tequila os lo agradecería. No tendré setas, pero necesito unas copas. Cuando amanezca seguiremos el viaje.

Su respuesta me deja bastante cortado, solo asiento y salgo del asiento trasero para volver al mío propio. La verdad es que la Ice que veo ahora mismo es fría como el hielo. Marcus me echa una mirada que parece decir «te lo dije» y yo le miro enfadado.

Seguimos el viaje en el más absoluto silencio, Marcus ha quitado hasta la radio. Alice va mirando por la ventana, perdida en sus pensamientos en la noche estrellada. Yo no puedo evitar pensar que no entiendo nada de lo que ha ocurrido. Las pesadillas no hacen eso, no te dejan en un estado en el que parece que te acaba de perseguir un asesino en serie.

Y su cambio de actitud...

Quizás me he pasado tomándome demasiadas confianzas, pero ha sido superior a mí. Verla en ese estado... tenía que intentar ayudarla.

No tardamos en ver un motel en la carretera, no es que sea de cinco estrellas, pero he dormido en sitios peores, mucho peores. Y lo mejor es que hay un bar donde podremos comer algo y tomar unos tragos, porque después de lo ocurrido yo también lo necesito.

—Vamos al bar, luego sacaremos las cosas y nos registraremos en el motel. Pone veinticuatro horas, así que no tendremos problema —comenta Alice, y por una vez, estamos los tres de acuerdo.

Entramos en el bar que es un tugurio de los buenos, pero para comer y beber nos servirá. Buscamos una mesa apartada de la zona de música para estar más tranquilos y pedimos. Todos distintos tipos de hamburguesas y cervezas. Comemos en silencio. Alice ha recuperado algo el color y Marcus por fin se quita las gafas; aunque sus ojos son tan fríos como el hielo, casi que le prefiero con ellas puestas.

Esperamos que la camarera nos recoja los platos intercambiando miradas de vez en cuando.

—Tráiganos una botella de tequila y tres vasos de chupito —le pide Alice a la mesera.

—Yo no debería beber más, en unas horas tengo que conducir —se excusa Marcus.

—Tú vas a beber. Imagino que queréis saber qué ha ocurrido antes.

—No —contesta Marcus.

—Sí, claro que queremos —le digo yo echándole una mirada desaprobatoria al jefe de seguridad.

—Bien, pues lo haremos de la siguiente manera. Si queréis que os cuente sobre eso, me vais a tener que contar algo realmente jodido que os haya pasado en vuestra vida. Entonces crearemos un círculo de confianza y os contaré yo algo también, algo que nadie más sabe.

Me quedo pensando un momento sobre lo que nos pide. Realmente es algo justo, para crear un círculo de confianza se tiene que dar antes de recibir. Y quiero que ella confié en mí, así que lo haré.

—Me apunto —contesto de forma decidida.

—¿Marcus? —pregunta Alice y él me mira bastante mal.

—También —dice entre dientes a la vez que la camarera trae el pedido.

—Perfecto, que empiece el juego. ¿Quién comienza? —pregunta con una sonrisa melancólica mientras sirve tequila en los vasos.

—Yo —se adelanta el rubio. Bebe de un trago el chupito antes de empezar a hablar—. Mi

padre era militar, un alto cargo. Cuando era pequeño siempre estaba fuera de casa de misión, hasta que un día en una de ellas su pelotón murió al completo y él fue gravemente herido. Lo mandaron a casa de vuelta. Yo estaba feliz de tenerlo por fin en casa, aunque no era el mismo que recordaba de cuando era más pequeño. Mi madre me pedía que tuviera paciencia, su cuerpo iba sanando, pero su mente no lo hacía de la misma manera. Cuando terminó la rehabilitación no lo dejaron volver al servicio activo por su salud mental, por lo que su frustración creció y eso se vio reflejado en casa. La primera en notarlo fue mi madre, que recibió una paliza casi mortal por no hacerle la comida como él quería. Alegaba que las cosas se iban a empezar a hacer bien en esa casa, que nos habíamos relajado todo el tiempo que había estado fuera. Luego ya las palizas eran constantes, cualquier motivo era bueno para desahogar su rabia. Llegó un momento en el que pensábamos que nos pegaría por solo respirar. Siempre esperé que mi padre cambiara, o que mi madre le dejara y nos llevara lejos, pero nada de eso sucedió. Hasta que lo inevitable llegó, en una de esas tundas a mi padre se le fue la mano y mató a mi madre. Ese día hui de casa, tenía trece años. Y nunca más lo volví a ver.

Marcus tiene la mirada perdida mientras termina de relatar su pasado, Ice coge su mano y le da un leve apretón antes de llenar su vaso de nuevo y levantar el suyo propio para invitarnos a beber. Apuramos el contenido del líquido que quema mi garganta mientras baja.

—¿Tímido? —me anima ella.

Cojo aire antes de empezar mi historia.

—Yo tuve una infancia feliz, mis padres nos querían a mí y a mi hermano mayor. No teníamos mucho dinero, pero con lo poco que había, estábamos agradecidos. Estudiamos lo que pudimos hasta que decidimos dejarlo para ponernos a trabajar y ayudar a nuestra familia. Yo me busqué la vida para aprender a tatuar y anillar, mientras mi hermano Hernán andaba en negocios algo más turbios. Él pertenecía a una banda motera y mis padres andaban muy preocupados por él, así que decidí unirme a ellos. Bueno, era un novato por aquel entonces, pero estaba cerca de mi hermano, si algo bueno teníamos es que siempre nos cuidábamos el uno al otro. Allí también tenían negocios ilegales, pero al menos teníamos el respaldo del *club*, ya sabéis que es como una familia. Entonces la conocí, a Rosarito. Era la hermana de uno de los chicos de la asociación. Me costó meses que accediera a salir conmigo, pero al final lo hizo. Su hermano de poco me parte las piernas y los moteros se enfadaron, pero comprendieron que no era un rollo, estábamos enamorados. Entre nosotros se había forjado algo muy fuerte. Movía mi mundo, hubiera dado cualquier cosa por ella. Un día me dijo que íbamos a ser padres, y os juro que ese día fue el día más feliz de mi vida. Por fin tenía todo lo que podía desear en la vida, mi familia, la banda, mi hermano, mi mujer, todo lo que siempre había soñado. Al menos eso pensaba yo. Un día llegué pronto del trabajo y me encontré a Rosarito en la cama con otro, y no con cualquiera, era mi hermano, se me partió el alma. Quise matarlos a ambos, pero no lo hice, no podía matar al hijo que llevaba en su vientre, y tampoco dejar a mi madre sin su primogénito. Después de eso era un muerto en vida, intentó contarme mentiras, que la creyera, pero mi hermano al menos tuvo la decencia de decirme que siempre había estado acostándose con ella y que el hijo era suyo. Las fechas coincidían con un viaje que yo tuve que hacer y él se quedó. Yo estaba tan ciego que no me fijaba ni en esas cosas. —Levanto la cabeza y miro a Alice que me observa con tristeza.

—La verdad es que de una mujer te puedes esperar cualquier cosa, pero de tu hermano... La sangre debería pesar más que un calentón de pelotas —me dice Marcus. Me sorprende que se solidarice conmigo, pero realmente le estoy muy agradecido, así que brindo con él a la vez que asiento para darle la razón.

Alice está callada pensando, espero que ahora no se eche atrás, le estamos contando cosas

realmente jodidas. Poca gente conoce lo que me ocurrió, cambié de banda, de ciudad y dejé todo mi pasado atrás. De mi nueva familia solo Rian conoce mi vida anterior.

Los dos la observamos esperando que hable, ella nos devuelve la mirada y se encoge de hombros.

—Supongo que es lo justo para crear el círculo de confianza. Voy a resumir porque podríamos estar días aquí y no hay alcohol suficiente. Mi madre era una yonqui, desde que tengo uso de razón la recuerdo puesta y buscando un tío al que tirarse y que le diera algo de drogas o sexo, por decirlo de alguna manera que no suene demasiado mal. El único problema es que ese tipo de vida no es muy compatible con una hija pequeña. Sus amantes, como os podéis imaginar, eran lo peorcito que encontraba en cada casa, intentaron matarme y violarme, entre otras cosas.

—¿Lo hicieron? —pregunto intentando contener la rabia al saber cuál es el secreto que ella esconde.

Al principio me mira confundida.

—¿Violarme? —asiento—. No, con diez años maté al hijo de puta que se tiró encima de mí como un depredador para hacerlo, mientras mi madre estaba chutada sobre la cama viéndolo todo, pero sin poder hacer nada para remediarlo.

Al escuchar sus palabras mi estómago se revuelve sin control. Una madre debería ser el pilar de un hijo, protegerlo de todo mal. Pero al parecer la de Alice no solo no la protegía, sino que era la que le metía el peligro en casa directamente.

—¿Y qué pasó después? —pregunto intentando que nos cuente algo más. Veo que Marcus también está jodido con la situación, pero es más resistente que yo y consigue mantenerse callado para no interrumpirla.

—Bueno, cada vez que se llevaba un susto de estos intentaba cambiar, sé que lo intentaba de corazón, pero no podía, era una enferma. Me costó mucho entenderlo porque al principio la amaba sobre todas las cosas, pero luego el odio fue más grande que el amor. Al menos en casa intentaba comportarse y no me traía tipos ni más jeringuillas. Imagino que tampoco le apetecía demasiado limpiar la sangre de la moqueta si su hija, que empezó a adorar los cuchillos, decidía matar a alguno más de los desgraciados a los que se trajinaba. Como os he dicho el primero intentó matarme, el segundo violarme, pero el tercero sin duda fue el peor de todos. Aquel hombre, si se le puede llamar de esa manera, fue el definitivo.

Guarda silencio y en sus ojos veo que ha vuelto a aparecer esa lejanía y podría decir que terror.

—¿Qué te hizo ese hombre, Alice? —Esta vez es Marcus quien no puede evitarlo y le pregunta. Ella niega con la cabeza antes de contestar.

—Hay cosas que es mejor dejar enterradas en el pasado, a veces el diablo aparece si lo nombras. Además, os he contado muchas cosas, si queréis más información de esta bella damisela, tendremos que acostarnos.

Ahí está la Alice de siempre, la que hace bromas para distraernos de los temas importantes, pero hay que reconocer que lo hace de miedo. Yo me río y a Marcus, después de poner los ojos en blanco, también se le escapa una pequeña sonrisa.

—Camarera, otra botella por favor —le pido. Después de la información que hemos compartido creo que es lo único que nos hará entrar en calor.

Alice asiente encantada con mi idea y sigue bromeando intentando que olvidemos todo lo que acaba de pasar, pero no puedo evitar que se me haya grabado muy dentro. Me encantaría traerla hacia mí y abrazarla. Hacer que todo ese dolor se le borrara, pero algo me dice que ella no es de ese tipo de chicas y sin duda me apartaría; es una mujer fuerte, que no necesita a nadie para salir

de nada. Creo que ha sido un milagro que en el coche me dejara tenerla de la manera en lo que lo he hecho.

Lo mejor será seguir bebiendo.

Capítulo 4

Alice



Vamos a la recepción del hotel los tres borrachos como cubas. Voy cogida de los brazos de ambos para no caerme con los tacones, y les he obligado a cantar una estúpida canción que se me ha ocurrido por el camino. Han protestado un poco, pero tengo que reconocer que están preciosísimos entonando canciones infantiles.

Hasta Marcus parece que se ha sacado el palo del culo durante un rato, no recuerdo la última vez que me lo pasé tan bien con un tío. Normalmente mis encuentros con el sexo masculino son puramente sexuales, no hay charla, no hay amistad. Gracias a mi pasado cogí bastante aversión a todo lo relacionado con los hombres. Bueno, a follar no, soy humana y tengo necesidades, para qué nos vamos a engañar. Sin embargo, con ellos es distinto, es fácil abrirme y ser yo misma. Me puedo relajar durante un rato y divertirme.

Ha sido un día jodidamente difícil, hacía tiempo que no tenía un sueño tan vívido, pero ahí estaban ellos. Marcus me conoce, sabe que le prohibí tocarme cuando me ocurre esto, y es tan estricto que el día que se salte una regla será porque ha llegado el fin del mundo, pero aun así estaba ahí para mí. Y Tímido... simplemente ha sido algo que no tengo ni palabras para poder expresar lo que me ha hecho sentir, aun metida en mi pesadilla podía escuchar su voz. Es tan serena, que me ayudaba en el proceso de volver, pero cuando por fin lo he hecho y me he encontrado metida entre sus brazos, protegida, sintiendo cómo me acunaba; ha sido demasiado para mí, hasta me ha dado ansiedad. El pobre se ha pensado que era por la pesadilla, cuando era porque no estoy acostumbrada a que me traten de esa manera, ha sido muy fuerte para mí.

A decir verdad, si me preguntaran juraría que seguía soñando cuando me ha pasado eso, era demasiado bueno para ser verdad. Que alguien te trate de esa manera, con tanta ternura, sin ni siquiera conocerte. Casi se me para el corazón. Por todo eso, por la preocupación que he visto en sus rostros, he decidido compartir un poco de mi pasado con ellos. Nunca antes lo había hecho, ni siquiera con White, pero he necesitado hacerlo, darles algo a cambio. Aunque necesitaba conocer algo de ellos, saber si alguna parte de ellos estaba, aunque fuera una millonésima parte tan rota como lo estoy yo.

Entramos en la recepción, donde un tipo bastante gordo está dormido en la silla echada hacia

atrás. Estoy segura de que si le damos un pequeño sustito se cae redondo, aunque mejor ser buena, no quiero que me dé la peor habitación del sitio. Sin embargo, creo que todas van a ser igual de malas.

—Buenas noches —llama Marcus con un acento muy gracioso que le ha salido a causa de la bebida.

El tipo salta de la silla asustado.

—Deberías haber usado el timbre, Marcus, al señor de poco le da un infarto —le regaña y se ríe sabiendo que ha hecho una travesura. Esa parte pillina que estoy conociendo de él me gusta.

—Hola, ¿en qué les puedo ayudar? —pregunta el hombre bastante desaliñado.

—Queremos dos habitaciones, por favor —pide Marcus.

—¿Dos habitaciones? —pregunta Tímido algo confundido.

—Claro, una para ti y otra para Alice y para mí, soy su seguridad tengo que dormir cerca de ella para protegerla —contesta el rubio como si fuera la cosa más sensata del mundo y yo intento no reírme.

—No, no, de eso nada, en este viaje los dos la protegemos, así que, una sola habitación por favor —explica el motero.

El conserje, que no sabe muy bien qué hacer, me mira a mí.

—Sí, ya lo ve, soy una chica con suerte. —Me encojo de hombros—. ¿Tiene alguna habitación con tres camas?

Él niega con la cabeza, no parece sorprendido ya que por este tipo de moteles debe ver de todo.

—Pues deme la que tenga, ya nos apañaremos. Con la cogorza que llevamos, estos dos seguro que se duermen hasta de pie.

Miro a mis acompañantes y los dos asienten, seguro que prefieren dormir de pie a tener que irse alguno a otra habitación. Esta competición tonta que tienen entre ellos es de lo más divertida.

El hombre nos entrega las llaves, pasamos por el coche a por nuestras pequeñas maletas y subimos a la habitación, que se encuentra en la segunda planta. Desde que hemos salido de la recepción ambos están muy calladitos, posiblemente avergonzados de comportarse como dos niños. En fin, estoy tan cansada que por mí como si echan concursos de meadas; mientras que no me molesten, me da igual.

Llegamos a la habitación y, como me temía, solo hay una cama doble y un sofá bastante pequeño, al menos para uno de ellos. Yo sin tacones soy bastante pequeña, pero algo me dice que preferirán dormir en el suelo que compartir esa cama.

Creo que están pensando lo mismo porque echan una mirada al dormitorio y luego se miran.

—Bueno, ¿cómo lo hacemos? ¿Compartís la cama?

—Ni de coña —contesta Tímido.

—Yo dormiré en el suelo, estoy acostumbrado —resuelve Marcus.

—Yo en el sofá —dice el motero.

—Perfecto, pues toda la cama para mí. Ahora me voy a la ducha, si os dormís antes de que salga, espero que descanséis.

Me acerco primero a uno y luego al otro para depositar un beso en sus mejillas. No se lo esperan, Marcus se estremece un poco, aunque intenta que no se le note, y Tímido se sonroja. Me encantan.

Me doy una ducha rápida, necesito dormir más que el aire que respiro. Fuera parece que todo está tranquilo, al menos creo que no se están matando. Cuando salgo está todo apagado menos la luz de la mesita de noche. Tímido está encogido en el sofá, se sale por todos los lados, si es que

es enorme. Marcus está tumbado sobre la moqueta con un brazo detrás de la cabeza, dudo mucho que pueda dormir así. Además, solo de pensar en lo que puede haber en esa alfombra, me pica todo.

—¿Estáis bien, chicos? —pregunto y ambos me miran, Marcus parece que se va a romper el cuello.

—Alice, ¿eso es un pijama? ¿No tienes nada que te tape un poco más? —me pregunta horrorizado. A veces me hace dudar si es como un padre o si es gay.

Me miro y yo me veo bien, llevo un pijama corto de raso azul, es de tirantes y es cómodo y fresquito para dormir.

—Claro que es un pijama —protesto malhumorada—. ¿Con qué tipo de mujeres duermes?, ¿con las que se ponen bragas de cuello vuelto?

—No tienes remedio. Acuéstate por favor.

—Ice, no le hagas ni caso, estás preciosa —me halaga Tímido y le tiro un beso antes de irme a la cama.

Fuera hacía frío, pero con tres personas en la habitación el calor aumenta. Todos andamos despiertos, los oigo moverse. No sé si pegaremos ojo.

Es que menuda manía de querer protegerme, me llevo cuidando sola diez años. Deberíamos haber cogido tres habitaciones, mañana van a estar tan cansados que no van a valer para nada.

Me doy la vuelta, la vuelvo a dar. Qué noche más larga me espera.

—Ice, que estoy pensando, que quizás debería dormir contigo por si te vuelve a pasar lo de antes. Me refiero si te parece bien. Me quedaría más tranquilo —dice Tímido y no puedo evitar soltar una carcajada, creo que alguien quiere calentar mi cama y yo estoy más que dispuesta.

Quizás eso anime a Marcus a unirse, aunque lo veo tan raro, sería más fácil que se pusiera a nevar dentro de la habitación. Sé que tengo que contestar, Marcus no ha movido ni un solo músculo, parece que está pendiente de lo que yo diga. Qué gracioso.

—Claro. ¿Cómo te voy a dejar durmiendo en ese sofá, pobrecito mío? Marcus, ¿tú quieres venir? Seguro que estás incómodo en el suelo —le propongo mientras Tímido viene rápidamente y se mete en mi cama.

—Estoy bien —contesta de forma tensa.

Luego escucho que está rumiando algo por lo bajo, seguramente enfadado por haber dejado venir al otro a mi cama. Pues él lo ha querido, veremos si cuando empieza la acción se la quiere perder.

Tímido está solo con un bóxer y tengo que decir que con ropa es impresionante, pero sin ella está para comérselo. Se tumba en la cama, pero deja una distancia de seguridad. Es tan mono, es muy lanzado y atrevido, pero a la hora de la verdad sigue siendo un vergonzoso. Así que decido tomar yo la iniciativa. Sin asustarlo, claro.

—Tengo los pies fríos, ¿te importa si me acurruco contigo para entrar en calor?

En una habitación que está totalmente silenciosa se escucha todo, oigo un gruñido que proviene del suelo, y me parece escuchar a mi compañero de cama tragar saliva de forma exagerada.

—Por supuesto. —No espera a que me eche para atrás, él se acerca hasta mí y me abraza por detrás, modo cucharita.

Me tapa mis pequeños pies con los suyos que son enormes, espero que no se dé cuenta de que no los tengo fríos, aunque la mayoría de mujeres los tengan, yo soy de las raras y no me pasa. Pero cuando un hombre es tan vergonzoso una tiene que tirar de excusas. Estamos de tal manera acoplados que siento su aliento cálido sobre mi cuello, y no puedo evitar que mis pezones se ericen bajo la seda de mi pijama. Aunque parece que no soy la única que está sensible al roce.

Algo ha crecido bastante y está apretando contra mis nalgas.

Suavemente me rozo contra él y le escucho murmurar algo, pero sé que no es nada malo porque acto seguido empieza a depositar besos por mi espalda. Y a mí eso me pone mucho, aunque Tímido no lo sepa.

Sigue jugando de esa manera, pero parece que se anima a ir un paso más allá. Noto una de sus manos que sube por mi costado, acariciando mi suave pijama, me rodea el pecho y lo roza solo de pasada, lo hace aposta y yo tengo que morderme el labio para no gemir por aquel contacto. Vuelve a bajar la mano esta vez entre mis pechos, pero casi sin prestarles atención, como si no existieran; eso me frustra y a la vez me excita. Posiblemente, de estar solos en la habitación, ya me habría dado la vuelta y estaría besándolo e intentando cabalgarlo. Pero teniendo a un mirón, bueno, más bien a un escuchador, con nosotros, intento ser más discreta. Aunque tengo que admitir que saber que está ahí hace que me humedezca aún más.

Tímido mete la mano por debajo de mi fino pijama y, como un acto reflejo, abro las piernas. Él pasa sus duras manos por mi pubis, pero de forma superficial, me está provocando, no sabe que está jugando con fuego. Asciende por mi tripa, despacio, hasta mi pecho para volver a castigarme. ¡Oh, no!, otra vez no. Pero yo también sé jugar, aprieto mi culo contra su erección, que estoy segura de que está en todo su esplendor, y gime junto a mi oreja. ¡Oh, sí! Yo también sé jugar.

No tarda en reaccionar a mi ataque y coge uno de mis pechos, masajea el pezón antes de pellizcarlo. No puedo evitar pegar un gritito de placer. Y en ese momento mi guardia de seguridad no puede más. Se levanta tan rápido que no me da tiempo a darme cuenta hasta que lo tengo enfrente de mí. Agarra mi otro pecho libre y captura mi boca con la suya en un beso atormentador. Pega su cuerpo al mío, Tímido detrás, Marcus delante, nunca he sentido una sensación tan increíble.

Marcus devora mi boca mientras mi motero está lamiendo y mordisqueando mi cuello. Ya no me corto, ya gimo, lo necesito, son tantas sensaciones a la vez que si no me volvería loca.

—No deberías tener sexo con el *piercing* recién puesto, Ice —me susurra con la voz agitada Tímido.

—¿Se me va a caer si lo hago? —pregunto algo preocupada. En ese momento los dos han parado para que decida qué es lo que quiero hacer.

—No, pero hay que ir con cuidado para no hacerte daño y que no cojas infecciones. —explica el motero como si de un médico se tratara.

—Entonces ya sabéis, chicos, id con cuidado. —Por nada del mundo quiero que paren, no sé si esto se volverá a repetir, así que ni de coña voy a parar.

Marcus se entretiene en castigar mis pezones mientras me besa, más bien mientras me devora, y Tímido ha bajado la mano y la mete dentro de mis braguitas. Gruñe junto a mi oído, seguramente complacido porque estoy empapada y es por ellos. Separa mis pliegues suavemente y con sus dedos empieza frotar el centro de mi placer, justo debajo del *piercing*, y el roce me proporciona un placer que nunca había experimentado, brutal.

Me libero de la boca de Marcus y giro la cabeza para encontrar la hambrienta de mi otro compañero de cama. Los dos besan muy bien, cada uno a su manera, Tímido es tierno, pero a la vez muy excitante, y Marcus es tan dominante que me están volviendo loca. No consigo pensar con claridad. Sin darme cuenta mi pijama desaparece; no sé cómo y realmente me da igual, como si lo han hecho jirones.

Marcus se mete uno de mis pechos en su boca y empieza a succionar el pezón de una manera fuerte, casi dolorosa, pero que me da mucho placer. Tímido, cansado de usar sus dedos para acariciar mi humedad, me pone boca arriba, lo que facilita el trabajo también al otro. Baja, se

coloca entre mis piernas y hunde su lengua entre mis pliegues. Me arqueo contra su boca y contra la de Marcus, que sigue ahora torturando mi otro pezón.

Nunca he sentido nada parecido, tantas manos, tantas lenguas preocupadas en darme placer. Me siento especial, única, no es como nada que haya hecho antes en mi vida. Y no sé cómo he podido vivir con el sexo normal teniendo esto.

Pero yo también quiero participar, no quiero ser una muñeca tumbada para que le hagan todo, así que cojo el miembro de Marcus, que se le sale del bóxer, y hago que se acerque hasta mí para poder tenerlo entre mis labios. Tímido nos mira desde la posición que tiene entre mis piernas, y sé que esto le está excitando; a mí también, muchísimo.

Me cuesta meter su aparato en mi boca, es grande y yo la tengo pequeña, pero siempre me han gustado los retos. Una vez dentro, me preocupo de succionar a la vez que juego con mi lengua. Al principio él se mantiene quieto, pero cuando nota lo que le estoy haciendo se arquea hacia atrás y gime, de la manera que solo un hombre como él puede hacerlo. Tímido, que no aparta los ojos de nosotros, empieza el juego de los dedos, primero mete uno en mi vagina, que no tarda nada en adaptarse a él. Estoy tan húmeda que ahora mismo no hay resistencia, el segundo también es bien acogido por mi interior.

Después, con una mano levanta mis caderas y saca los dedos para volver a tocar mi clítoris, mientras baja su boca hasta la hendidura de atrás y lo empieza a lamer. Nunca me habían hecho eso y es algo que me está volviendo totalmente loca.

No soy ninguna puritana, me gusta experimentar y una vez probé el sexo anal, pero me dolió tanto que no volví a hacerlo. Pero lo que me hace Tímido es distinto, es algo que me pone tan cachonda, que no descarto que antes de que termine la noche, les esté rogando que me penetren los dos y sentirme totalmente llena.

Marcus mira lo que hace Tímido y puedo ver el brillo de deseo en sus ojos. Empieza a mover sus caderas sobre mi boca, como si le hiciera el amor, y yo lo acepto gustosa.

Antes de que me dé cuenta o pueda pensar en ello, Tímido ha introducido un dedo en mi ano; no me ha dolido nada, solo ha aumentado mi excitación. No tarda en meter un segundo mientras que, con la otra mano y su lengua, sigue tocando el resto de mi centro. ¡Por Dios, voy a estallar! Me están volviendo loca.

Ellos se miran y se hacen un asentimiento, ahora mismo les pertenezco, pueden hacer conmigo lo que quieran. Marcus saca el miembro de mi boca y yo protesto, pero me da un beso. Cambia la postura y se tumba sobre la cama, con la cabeza en los pies, sin palabras me pide que vaya y yo, con una confianza ciega y desbordada por la excitación que siento, acudo.

Tímido me indica que me ponga al revés de cómo está mi guardaespaldas, es decir, en un 69. Me pongo encima de él con las piernas abiertas sobre su boca, mientras yo tengo acceso total a su miembro.

Marcus posa sus manos sobre mis glúteos para acercar mi sexo a su boca hambrienta, mientras Tímido acaricia mis pechos por el espacio que queda entre nuestros cuerpos. Mi guardaespaldas no tarda en capturar mi clítoris con sus labios y libero un jadeo por el placer que eso me proporciona. No soy muy dueña de mis actos en este momento, pero con una de mis manos agarro su miembro y empiezo a acariciarlo de arriba abajo, primero despacio, para que sienta un poco del placer que yo estoy sintiendo. Paso mi lengua por la punta para castigarlo, para que esté al borde como yo.

Siento como se estremece bajo mi toque y sonrío antes de introducirme el miembro en la boca y succionar con ganas. Tímido deja de acariciar y pellizcar mis pezones, quiero protestar, ya que sus atenciones me estaban llevando al límite. En cambio, él tiene otros planes. Se coloca detrás de

mí, y noto su dureza justo en la entrada de mi sexo.

¡Oh, sí por favor! Estoy deseando que me penetre, noto la humedad deslizarse por mi sexo como si fuera lava líquida, no puedo más. Me siento febril por la excitación. Como no me follen ya, hablando mal y pronto, voy a explotar.

De una sola estocada se hunde en mí y yo grito de placer sobre el pene de Marcus, lo presiono más y eso le vuelve loco porque gruñe sobre mi clítoris. Estamos los tres perdidos en una vorágine de placer sin retorno. Como si fuéramos un reloj perfectamente sincronizado empezamos a aumentar el ritmo de nuestros quehaceres. El orgasmo está cerca, lo noto en cada fibra de mi ser, normalmente o lo tengo a través del clítoris, o de la vagina, pero hoy no sabría decir por dónde me va a llegar ya que el placer me tiene totalmente desbordada.

Marcus mordisquea mi clítoris con cuidado de no tocar el capuchón donde llevo el *piercing*, ya estoy deseando que se cure para que me puedan hacer esas cosas en él. Tímido me embiste a un ritmo brutal y yo creo que me voy a dislocar la mandíbula sobre el pene de mi guardaespaldas. Cuando el clímax llega como una oleada de fuego a mi cuerpo, los espasmos me recorren desde la punta de los pies y creo que voy a desfallecer, nunca he sentido algo así en mi vida, pero no, aun no, mis chicos tienen que llegar. Marcus no tarda mucho más en derramarse entre mis labios, y tiene un sabor delicioso, nunca me ha gustado el sabor, pero él tiene un gusto entre dulce y amargo que no rechazo. Tímido, con un último envite, también llega al deseado orgasmo. Creo que nunca he sentido nada tan maravilloso en mi vida como la sensación de unión que noto en este momento.

Como podemos, despacio y sonriendo, nos acomodamos en la cama. Yo en medio y ellos me abrazan cada uno a un lado. Creo que nunca he sido tan feliz.

Capítulo 5

Alice



Me despierto feliz, tengo agujetas en lugares que nunca pensé que podría tener y eso me hace sonreír. Miro a ambos lados y veo a mis príncipes azules, hemos pasado una noche inolvidable, no solo ha sido sexo. La complicidad entre nosotros ha sido total. No he sentido en ningún momento la necesidad de huir que me suele invadir después de compartir sexo con un hombre. No solo ha sido el mejor que he practicado en mi vida, sus caricias, lo cariñosos que son conmigo, me han hecho sentirme especial y única. Como una autentica princesa. Soy realista y sé que el amor no existe, pero creo que si fuera posible sería algo muy parecido a lo que he sentido esta noche.

Sin embargo, es hora de volver a la realidad. Lo hemos pasado bien, eso es todo. Ahora es momento de ponerse en marcha. Los dejaré dormir un poco más mientras me ducho, deben estar agotados.

Como puedo me escapo de sus enormes brazos, que me tienen agarrada como si fuera un tesoro al que hay que proteger. Cuando ya estoy fuera los observo, la verdad es que me encantan ambos, no podría elegir a uno de ellos.

Voy a buscar en mi bolsa ropa limpia, la habitación huele a sexo, a nuestros fluidos mezclados.

Me meto en la ducha y dejo que el agua caliente me recorra. Me gustaría ducharme como hago en casa, es decir, tirarme un buen rato, pero tenemos prisa; aún queda bastante camino por delante y mi amiga nos necesita. Así que me obligo a salir pronto y a vestirme y maquillarme lo más rápido posible. Cuando me estoy pintando la raya del ojo escucho gritos desde la habitación y de poco me saco un ojo.

Salgo corriendo hasta la habitación por si nos están atacando y encuentro a mis dos chicos en la cama abrazados y gritando.

—¿Qué os pasa? —pregunto mirándolos de forma acusatoria.

—¿Qué coño haces abrazándome? —le increpa Marcus.

—Tú me estás abrazando a mí, ¡suéltame! —grita Tímido.

Vaya dos discutiendo porque se han despertado abrazándose, pero ninguno se suelta.

—¿Y si os soltáis y ya está? Parecéis críos —los regaño, pero no puedo evitar reírme.

Los dos me miran y se sueltan como si el otro quemara. Se levantan desnudos y buscan la ropa interior por la habitación. Al final desisten y se van a por ropa limpia para ducharse. Se acercan a mí y me besan en los labios, primero uno y luego el otro.

—Buenos días, chicos. Venga, a la ducha que tenemos que ponernos en marcha. Ya que he visto que os gusta dormir abrazados os podíais duchar juntos, así ahorráis agua —bromeo, pero los dos me echan tal mirada que se me quitan las ganas de volver a hacerlo.

Continuamos la marcha, los chicos vuelven a estar serios y yo no entiendo el porqué. La noche ha sido muy especial, aunque quieran hacerse los locos sé que para ellos también, y ahora se vuelven a comportar como dos hombres de Cromañón. Nunca entenderé a los tíos.

—Chicos, ¿vais a ir todo el camino con cara de atún recién pescado? —Tímido no puede evitarlo y rompe a reír. Marcus, como siempre, mira con sus gafas a través del retrovisor, serio.

—Así que me comparas con un atún. Muy bonito, señorita —protesta el motero poniendo cara de dolido, que no me creo ni por un solo momento.

No puedo evitar sonreír, este hombre toca algo tierno dentro de mí que ni yo misma sabía que existía.

—A ver, tenemos que hablar sobre lo sucedido. —Marcus da un largo suspiro y veo que Tímido se sonroja—. Sé que es solo sexo, no pasa nada. Ha sido una noche increíble donde hemos compartido algo muy especial, al menos para mí. Sin embargo, lo que realmente me gustaría es que pudiéramos ser amigos, los tres. —Remarco bien esa palabra ya que es lo que creo que no entra en los planes de ninguno de ellos.

—Así que solo somos sexo para ti, ¿no? —pregunta Tímido sonriendo. Está bromeando, pero juraría que su voz suena algo dolida.

—Pero muy especial, no omitas esa parte. —Parece que eso mitiga algo el malestar que le han producido mis palabras. En Marcus, en cambio, como siempre no puedo detectar nada, es el soldado de hierro—. Tú qué me dices, ¿podremos ser amigos los tres?

—Lo que tú digas, jefa —contesta y es frío como el hielo. Creo que me gusta tanto porque a veces es muy parecido a mí.

Suspiro y me siento al lado de la ventana, empiezo a dudar de si fue buena idea la fiestecita de anoche.

Llegamos por la tarde a Glass Slipper, ya ha oscurecido cuando encontramos el bar donde nos dijo Mocosos que encontraríamos al hombre que buscábamos, el único que podía ayudar a White a desenmascarar a su madrastra.

Marcus nos pide que vayamos entrando, que tiene que coger unas cosas del maletero. Así que Tímido y yo nos vamos adelantando. Charlamos de esto y de aquello, la verdad es que, aunque es vergonzoso, siempre sabe qué decir para hacerme reír.

Nos adentramos en el bar y me recuerda a uno de esos que salen en las películas del viejo oeste, todo en madera y decorado con cosas de ese estilo. Hay muy poca gente, imagino que es lo normal, deben de estar cenando para luego ir a tomarse unas cervezas allí.

Miro alrededor buscando al hombre que nos describieron los chicos, pero no hay nadie que encaje con esa descripción. Seguro que no tarda en llegar, esperaremos.

—No está por aquí, esperemos que no tarde en llegar —le digo a Tímido, que parece igual de desilusionado que yo por no encontrar a nuestro objetivo allí.

—¿Una cerveza? —me pregunta con una sonrisa que me derrite.

—Eso ni se pregunta.

Nos acercamos a la barra, donde un hombre que debe tener más años que el sol es el que nos atiende.

—Por favor dos cervezas bien frías.

—Tres —rectifico.

Él hace una mueca. La verdad es que con lo grandones que son los dos, parecen dos críos enfadados por ver quién consigue el balón. Pues lo siento mucho, pero este balón no está en el mercado.

El anciano nos sirve las cervezas y me giro para ver si viene Marcus. Nada, ni rastro de él. Así que cojo la cerveza, limpio la boca de la botella, ya que creo que está incluso más limpia que el vaso que me ofrece el camarero, y la levanto para brindar con mi acompañante.

—Por que todo salga bien.

—Lo hará, ya lo verás.

Chocamos la cerveza antes de beber, me fijo en que Tímido no ha limpiado la boca de la suya. Nota mental: no besarlo hasta que se lave los dientes. Soy escrupulosa, lo sé; pero a saber las ratas, insectos o qué más, se han paseado por esas botellas, viendo el estado en el que se encuentra ese bar.

Nos terminamos la cerveza y pedimos otra mientras mi motero me cuenta chistes. Es realmente bueno en eso, Marcus aún no ha entrado y estoy preocupada. Debería ir a ver qué es lo que pasa.

—Debería haber entrado, lo mismo le ha pasado algo. Voy a ir a ver —informo a Tímido.

Pone los ojos en blanco, seguramente porque ahora él estaba en su salsa teniendo toda mi atención, aun así, asiente.

—No te preocupes, yo iré. Pide otra ronda —se ofrece y yo me giro para pedir, cuando una voz que pienso que es la de un fantasma suena detrás de mí.

—Hola, princesa, cuánto tiempo sin verte. —Tan solo con esas palabras ha conseguido que la sangre se congele dentro de mis venas.

Como puedo, moviéndome lo menos posible para que no se dé cuenta, saco mi móvil y mando un mensaje a White «*¡Ayuda, White! Me ha encontrado el Conejo Blanco*».

Sé que es la única oportunidad que tendré, solo espero que lo lea y que tenga oportunidad de ayudarme. Estoy jodida, muy, muy jodida.

Tengo que intentar escapar. Después de diez años no me puedo creer que me haya encontrado, siempre soy muy reservada con lo que hago y a dónde voy. Nunca dejo rastro para evitar que me encuentre. Y ahora lo ha hecho.

Me giro muy despacio, necesito evaluar la situación para ver a lo que me enfrento. Si escapé hace diez años, debería poder hacerlo ahora que he aprendido a defenderme y no tengo piedad ninguna, sobre todo si se trata de él.

Tengo las manos puestas sobre mis muslos, justo a la altura de donde termina mi falda muy corta; es donde llevo mis cuchillos y tengo que estar preparada por si tengo que sacarlos.

La situación es más desesperanzadora de lo que pensaba, el lugar se ha llenado de hombres armados, y lo han hecho de una manera silenciosa. Lo que me hace pensar que no ha sido una casualidad que estén aquí. Si me hubieran estado siguiendo, estarían él y un par de hombres, su seguridad privada. No, esto es otra cosa.

Sabía que me iba a encontrar aquí y se ha asegurado de que no pudiera escapar. Hago acopio de todas mis fuerzas para mirarlo directamente a la cara, esperaba no tener que volver a ver ese rostro nunca más. Está más mayor, pero sigue siendo joven, algo lógico ya que mi madre también lo era cuando lo conocí; y muy guapo, siempre lo fue, igual de desgraciado. Lo tiene todo.

Me mira con sus ojos verdes brillando, como si realmente el haberme encontrado fuera lo más

maravilloso que le hubiera pasado; como cuando es Navidad y encuentras bajo el árbol justamente el regalo que has pedido.

Mi mente, automáticamente, viaja en el tiempo sin que pueda hacer nada para detenerla, y tras un segundo, ya no estoy en aquel bar.

Después del incidente del día de mi cumpleaños mi madre intentó comportarse lo mejor posible, como si de alguna manera pudiera compensarme por todo lo ocurrido. Quizás en ese momento entendió que había llegado a mi límite, al menos yo también lo creí; en ese tiempo pensaba que ella no podría hacer nada peor.

Sin embargo, algo cambió dentro de mí el día que ese hombre intentó violarme, se rompió sin posibilidad de arreglarse. Siempre había buscado ayudar a mi madre, que me quisiera, ser lo suficientemente importante para ella como para que no tuviera que volver con ninguno de aquellos tipos, al alcohol o a esas mierdas que se metía y la destrozaban cada vez más. Después del incidente simplemente esperaba vivir lo suficiente para cumplir la mayoría de edad, momento en el que me marcharía sin mirar atrás.

Ese era mi plan, al menos hasta que mi madre llegó a casa con una noticia que cambiaría nuestras vidas para siempre.

Era raro, estaba más contenta de lo normal, con un brillo especial en los ojos en vez de con el cansancio habitual por tener que trabajar dobles turnos.

—Ven, hija, tenemos que hablar. —Esas simples palabras hicieron que mis piernas temblaran—. Ha ocurrido algo que cambiará nuestras vidas; para bien, claro.

Me acerqué hasta ella dejando el libro con el que había estado estudiando sobre la roída alfombra, para que me pudiera explicar con qué milagro iba a salvarnos de nuestra miserable vida. Que conste que no era la pobreza lo que me preocupaba, no quería ser rica ni poseer cosas bonitas, no puedes echar de menos lo que nunca has tenido. Lo que soñé desde que tenía uso de razón era tener una madre que me amara, y con la que ser feliz con lo poco que tuviéramos.

Me senté en silencio y crucé las manos frente a mi pequeño cuerpo, no tenía intención de decir nada, al menos por el momento.

—Alice, he conocido a alguien. —Lo sabía, puse automáticamente los ojos en blanco—. No, espera, por favor escúchame.

—Dime, madre. —Hacía ya mucho tiempo que no la llamaba mamá, exactamente, desde «el incidente».

Se restregó las manos, se notaba que estaba nerviosa.

—Verás, es un hombre encantador, que aparte tiene una muy buena posición. Llevo un tiempo viéndolo; me quiere mucho y yo a él también. Está deseando conocerte, y lo mejor de todo es que quiere cuidar de nosotras, para que nunca nos vuelva a faltar de nada.

Aunque solo era una niña, gracias a los reveses de la vida, hacía mucho que había comprendido que ni los unicornios, ni los príncipes azules existían; y, por supuesto, que la vida nunca te daba cosas tan buenas, al menos no a gente como nosotras. Por lo visto lo que yo había aprendido con tan solo trece años, mi madre con sus veintinueve no; era toda una soñadora que se creía sus propias fantasías.

—Madre, siento ser yo la que te tenga que decir esto, ya que tú eres la adulta y yo la niña, pero eso que quieres creer, no existe. Los hombres en general, pero en particular los que a ti te gustan, son como mínimo unos drogadictos o unos alcohólicos; y eso es lo más suave que te puedes esperar de ellos, te lo recuerdo. Te aseguro que ninguno de esos ejemplares piensa en cuidarnos, solo quieren pasar un buen rato entre tus piernas o tu boca. —Sabía que la había

dañado. Lo vi reflejado en su rostro, y aunque me jodía hacerla sufrir, siempre usaba una máscara con la que aparentaba que todo me importaba una mierda.

Prefería que sufriera un poco por mis palabras que a causa del siguiente tipo que decidiera meter en casa. El mismo que podría llegar a violarme o matarme, a mí o a ella, y eso no lo podía permitir.

—Él no es así, nos va a cuidar, te lo prometo. —Su voz estaba quebrada y no sabía si lo decía para convencerme a mí o a sí misma.

—Vale, lo que tú digas —le contesté de una manera despectiva—. Mientras no lo metas en casa, por mí puedes hacer lo que te dé la real gana.

Me fui a levantar y dejé de mirarla, por lo que no me dio tiempo a prever lo que se avecinó. Mi madre, con un solo movimiento, me dio una bofetada que me cruzó la cara. Me dolió mucho, pero sobre todo dañó mi orgullo. Era la primera vez que me pegaba, lo que no sabía en ese momento es que no sería la última.

—Me voy a casar con él, así que lo tratarás con el respeto que se merece. A partir de hoy va a ser parte de nuestra familia, se va a encargar de nosotras. Así que recoge tus cosas, solo las imprescindibles, compraremos todo lo necesario cuando estemos instaladas en su casa, nuestra nueva casa.

Asentí aún con la mano puesta sobre la mejilla que me ardía por el golpe recibido. Las palabras no me salían. Solo tenía ganas de llorar, por la rabia y la impotencia. Obedecí, aún me quedaban unos años para la mayoría de edad. No tenía dinero para poder huir en ese momento. Aunque no descarté que el nuevo novio de mi madre fuera otro desgraciado como los anteriores y me viera obligada a adelantar mi marcha. De ser así, le tendría que robar algo y me largaría. Una vez que estuviera lejos buscaría un trabajo de lo que fuera y sobreviviría.

Revisé mis cosas para decidir qué me llevaría. No es que tuviera muchas pertenencias para la mudanza, aun así, me quedé un buen rato mirándolas, pensando en todas las calamidades posibles que nos podían tocar. «¿Es que nunca se va a terminar mi mala suerte?», me pregunté mentalmente.

Miré mis libros, el único tesoro que tenía. Mi madre siempre que podía, y no se gastaba todo nuestro dinero en alcohol o drogas, me traía algún libro. Eran de segunda mano y, aunque estaban bastante desgastados, no me importaba, era una manera de huir de mi realidad. Ojalá pudiera escapar y vivir para siempre en un mundo de fantasía. Su favorito era uno donde nada era lo que parecía, se llamaba «El País de las Maravillas» y en él aparecían animales que hablaban, un gato, un sombrerero loco, una reina de corazones y un conejo blanco. El mundo al revés. Si pudiera elegir, sin duda viajaría allí.

Sin tener que pensarlo mucho, decidí que ese libro sería el que me acompañaría. Eso y una mochila con un poco de ropa, tampoco es que tuviera mucha donde elegir. Casi toda nos la daba la beneficencia.

Mi madre me llamó para que me diera prisa mientras eché un último vistazo a mi habitación. A veces pensamos que no se puede ir a peor cuando se toca fondo, pero sí que se puede.

Ella ya había salido a la calle, donde nos esperaba un hombre trajeado que la saludó de forma formal, casi como si fuera de la realeza.

En cuanto me vio repitió el gesto y yo asentí con la cabeza, no quería parecer una maleducada, aunque aún estuviera enfadada con mi madre. Él cogió mi equipaje y lo acomodó en el maletero, me costó separarme de él, era lo único que tenía. Aunque no pensaba que me fueran a robar teniendo en cuenta que nos llevaban en una limusina, yo ya no me fiaba de

nadie.

Fui mirando por la ventana, eso sí, me senté bastante lejos de mi progenitora; ella también estaba perdida en sus pensamientos, parecía triste. Por un momento me hubiera gustado que todo fuera como antes, haberme acercado a ella para consolarla. Hacerla sonreír, pero eso no volvería a ocurrir, nunca más.

El viaje no fue muy largo, nos dirigimos a las afueras porque habíamos dejado atrás la ciudad, el coche circuló por un camino asfaltado que me pareció interminable. Cuando finalizó llegamos a una gran verja negra, la cual abrieron al ver el vehículo del que se trataba. La misma que se cerró detrás de nosotros nada más pasar. Mi cuello adoptó posturas que creía imposibles para poder ver todo lo que nos rodeaba.

La propiedad debía ser inmensa, creo que más que un campo de fútbol, toda llena de jardines; veía árboles hasta donde me permitía la vista. Sin embargo, no fue lo único que vi, rodeando aquellos magníficos jardines había muros altos, tan altos que tenías que levantar el cuello para ver el fin, y cada ciertos metros tenían lo que parecían ser torres de vigilancia. Sabía lo que eran porque las había visto en películas.

¿Por qué tendrían esa seguridad? ¿Era para qué nadie entrara o saliera? Las preguntas se amontonaron en mi mente. ¿Quién era ese hombre?

Conforme nos acercábamos al camino de entrada de la casa aparecían más vigilantes; hombres que observaban nuestro avance. Bueno, casa no era la mejor palabra para definir aquello, era más bien una mansión. La más grande que hubiera visto, incluso en la televisión. Debía tener en ese momento la mandíbula a ras del suelo.

El chófer se detuvo frente las escaleras de entrada y el hombre trajeado de antes nos abrió la puerta para que bajáramos. Yo no estaba acostumbrada a ese tipo de atenciones, y aunque mi madre intentaba aparentar que sí, ella tampoco.

La notaba nerviosa, no habló en todo el camino. Yo también lo estaba, sentía miedo de lo que me fuera a encontrar, pero sobre todo de cómo se había comportado. Nunca fue una madre ejemplar, pero jamás me puso una mano encima. En alguna borrachera me había gritado, pero siempre fui una buena niña y me mantuve en silencio para no molestarla.

Tuve que reconocer mi parte de culpa en lo ocurrido esa mañana, pero cuando te decepcionan tantas veces en tu vida dejas de comportarte como debería hacerlo una niña de mi edad.

No sabía muy bien qué debía hacer en ese momento, el aspecto de esa casa me intimidaba bastante. Mi madre parecía esperar algo, así que me quedé pacientemente a su lado, esperando para ver qué ocurría. Mientras tanto no pude evitar que mi mente divagara sobre si allí viviría un rey o algo así; y de ser así, qué demonios hacía con mi madre.

Posiblemente solo fuera un sueño y no me hubiera despertado aún, aunque la bofetada que había recibido hacía un rato me pareció bastante real y dolorosa.

Sin poder seguir pensando en tonterías la puerta principal se abrió y empezaron a salir hombres vestidos de traje negro, como el que vino con nosotras en el coche. Caminaron de forma ordenada y totalmente sincronizada. Bajaron las escaleras y se colocaron a los lados para dejar un pasillo central por el que bajó otro hombre, el cual no iba vestido como los demás; llevaba un pantalón negro de vestir y una camisa blanca. Aunque era muy joven, posiblemente de la edad de mi madre, todos le profesaban un respeto digno de un rey.

No puedo negar que me sentí bastante intimidada e impresionada a partes iguales, el hombre que llegó hasta nosotras y nos sonrió era uno de los más guapos que había visto en mi vida. Con su blanca y perfecta dentadura, su piel bronceada y unos grandes ojos verdes.

Se acercó más a nosotras, pensó que besaría a mi madre, si se iban a casar sería lo normal, en cambio se acercó hasta mí y volvió a sonreír.

—Tú debes de ser Alice, es un placer conocerte por fin. Tu madre me ha hablado tanto de ti que es como si ya te conociera, lo que no me dijo es que eres una auténtica princesa. —Noté como me sonrojé por sus palabras, y por el hecho de que cogió mi diminuta mano entre las suyas, se la llevó a los labios y la besó como si fuera una princesa de verdad.

En ese momento se me olvidó todo lo que quería decirle, como por ejemplo que mi madre nunca me había hablado de él, o que si todo eso era algún tipo de cámara oculta, o peor aún, si iban a vender nuestros órganos en el mercado negro. Por un momento me olvidé de todo lo malo para perderme en aquel sueño de fantasía en el que mi madre vivía, y donde yo de verdad era una princesa.

—Mi nombre es As, encantado. Espero que tú y tu madre seáis muy felices en vuestra nueva casa.

Yo solo pude asentir, pensé en que para mí siempre sería el As de corazones^[1].

Una vez hechas las presentaciones me acompañaron a mi habitación, bueno, al palacio que iba a hacer de mi dormitorio. Me dejaron sola para que pudiera curiosear todo lo que quisiera. Y tuve que admitir que en ese momento sí que parecía que me había muerto y estaba en el cielo.

La estancia era más grande que toda mi casa entera y de un bonito color azul. No creo que fuera una coincidencia, ese era mi color favorito, posiblemente mi madre se lo había comentado. Hasta las paredes tenían un bonito color cielo.

Tenía una gran cama con dosel, dos mesillas de noche, un armario que llegaba de pared a pared, un escritorio enorme donde podría estudiar y un banco de lectura bajo una de las ventanas. Sentí que los ojos me picaban de felicidad, esas cosas no me pasaban a mí, tenía miedo de que en cualquier momento pasara algo malo, era demasiado perfecto.

Abrí el armario para guardar la poca ropa que había traído, y que en ese momento me daba la sensación de que no pegaba nada en aquel entorno, cuando me quedé sin aliento. El interior estaba lleno de ropa nueva, aún con sus etiquetas. La mayoría eran vestidos, preciosos, de todos los colores, muchos de ellos azules. Hacía tanto tiempo que no me ponía un vestido que ya no sabía ni cómo me vería con uno, pero la niña que vivía en mí y que pensaba que estaba muerta, estaba deseando verse con uno de ellos puesto.

Levanté los ojos al cielo, no era creyente, pero formulé un gracias con los labios a lo que quiera que existiera allí arriba por dejarme vivir aquello durara lo que durara.

Cuando un fuerte golpe me devuelve al presente.

Veo que han dejado a Tímido inconsciente, tiene el rostro bastante golpeado y me maldigo por haber divagado de esta manera. A Marcus no lo veo por ningún sitio, solo puedo pedir que por favor no le hayan matado. Cuando se trata del Conejo Blanco, todo es posible.

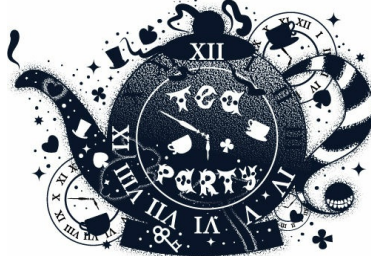
No me da tiempo a pensar en nada más, solo miro a As a los ojos mientras me dice:

—Lo siento, princesa.

Y uno de sus hombres, que se ha acercado por detrás sin que yo lo viera cuando he estado perdida en mis recuerdos, me golpea fuertemente en la cabeza. Antes de que todo se vuelva negro a mi alrededor, él me coge entre sus brazos.

Capítulo 6

Alice



Siento un martilleo en la parte posterior de mi cabeza mientras todo está negro. Me golpearon en ella, lo que explica el tremendo dolor que tengo. Prometo que le cortaré las dos manos por haberme tocado.

Antes de abrir los ojos y revelar que estoy consciente a mis agresores, necesito recoger toda la información que tenga. Es algo que aprendí cuando me adiestraron. De esta forma me olvidé de la vista y me centro en el resto de mis sentidos. Oigo varias respiraciones, son pausadas, posiblemente sean personas dormidas o inconscientes, seguramente mis amigos. No detecto ningún latido alterado en la habitación, lo que me hace pensar que estamos solos, pero no puedo estar cien por cien segura. Inspiro profundamente pero despacio, para que si hay alguien vigilando no detecte nada fuera de lo normal en mi respiración. Huele a limpio, demasiado, tengo el olfato muy desarrollado y distingo lejía, y otro desinfectante. Podrían habernos llevado a algún sitio médico donde sea necesaria ese tipo de limpieza, aunque conociendo como conozco a quien nos ha capturado podría ser cualquier lugar, es muy dado a las excentricidades.

Por último, me queda el tacto. Sé que estoy atada, tumbada exactamente sobre mis manos. No son cadenas, ni cuerdas con lo que me tienen sujeta, son más listos que eso, me tienen maniatada con bridas, que, aunque la gente piense lo contrario, es mucho más difícil deshacerse de ellas. Me duelen horrores los hombros por estar en esta postura, pero no me oirán quejarme. Palpo el suelo y es de frío cemento. Creo que me he confundido, no es un hospital, debe ser algún tipo de almacén o sótano.

Tengo que pensar en algún plan rápido para salir de aquí. Soy bastante flexible, por lo que, si confirmo que estamos solos en la habitación, puedo intentar pasar las manos por debajo de mis piernas y desatarme. No sé si aún tendré mis dagas, siento que llevo las fundas en los muslos, pero no su contenido. Me las hicieron a medida y de una aleación muy ligera para poder llevarlas escondidas en ese lugar, por lo que no puedo estar segura.

Se abre una puerta y oigo pasos, ralentizo aún más mi respiración. Gracias, técnicas de meditación que tardé mucho tiempo en dominar.

—Alice, puedes abrir los ojos. Quizás a los estúpidos de mis hombres los engañas, pero nosotros ya nos conocemos. Recuerda, somos familia. —Y ahí está el malnacido de mis pesadillas. Y, aunque el odio en mí es inmenso, vuelvo a sentirme como aquella niña de trece años a la que él atemorizaba.

Abro los ojos de mala gana y los clavo sobre los suyos, esperando que no demuestren miedo, sino el odio que siento por él. Está justo encima de mí, mirándome con su eterna sonrisa blanca, que antaño me engañó y conquistó, pero de la que ahora rompería hasta el último diente.

Aunque hace que todo mi ser se estremezca, me obligo a sacar mi parte asesina para retarlo,

está vez no huiré. «Moriremos uno de los dos; o él, o yo, o los dos», me juro a mí misma.

—¡Levántame ahora mismo y suéltame! —escupo mis palabras.

Su ceja se eleva mientras me observa, cuando hace eso parece frío como el hielo; al final sí que aprendí más cosas de él de que las que me gustaría. Se agacha y me levanta como si de una pluma se tratara. Observo rápidamente a mi alrededor, Tímido y Marcus están en la misma situación que yo, aunque por lo que veo mi motero es el que se ha llevado la peor parte. También hay hombres armados, ya me extrañaba que nos dejara solos, él nunca deja ningún hilo suelto. Aunque realmente los ha entrenado bien, por un momento pensé que estábamos solos. No se me puede ocurrir volver a subestimarlos, me puede costar la vida.

Hago un reconocimiento rápido a la sala. No es muy grande y tiene forma rectangular, no posee ninguna ventana, solamente se ilumina por la luz artificial de los halógenos. Solo hay una vía de escape, la puerta, pero parece blindada. No tiene calefacción, al menos a la vista, y sí que parece un sótano o, más bien, una habitación para guardar cosas del tipo que no quieres que salgan, como nosotros. Antes de que termine de reconocer el terreno, As me rodea entre sus poderosos brazos y huele mi cabello.

Echo la cabeza hacia atrás con todas mis fuerzas, esperando darle de lleno en la nariz y partírsela. No creo que tenga tanta suerte de matarle del golpe, pero nadie puede culpar a una dama por intentar defenderse.

Con gran destreza me esquivo, algo me decía que lo iba a hacer, siempre ha sido un gran maestro en varias artes marciales y el combate cuerpo a cuerpo. Mi corazón empieza a latir con fuerza, esperando a que llegue el castigo por haberlo atacado, en cambio su reacción me sorprende más aún.

—Cómo te he echado de menos, pequeña. Has crecido muchísimo desde la última vez que nos vimos. Menos mal que ya te he encontrado y por fin estás en casa. —Actúa como si nada malo pasara, como si no me hubiera secuestrado y dejado inconsciente junto a mis amigos.

Siempre supe que su cabeza no estaba bien, pero por aquel entonces solo era una adolescente; ahora, como mujer, lo puedo confirmar.

Cuando se separa de mí le miro, sus palabras han conseguido que cada pelo de mi cuerpo se erice. Realmente es como si lo que dice se lo creyera, y su voz parece la de un demente. Si me marché hace diez años fue por una razón, y sin duda el motivo fue él.

Voy a contestar cuando escucho un quejido detrás de mí, me giro y veo que mis amigos están recuperando la consciencia. Intento correr a su lado aun teniendo las manos atadas, pero el Conejo Blanco me detiene.

—¿Pero qué demonios? —protesta Tímido abriendo los ojos y maldice; imagino que porque le duele todo.

Marcus también los abre, pero no dice nada, seguramente está algo desorientado.

—Chicos, estoy aquí, siento lo que ha pasado, pero juro que os voy a sacar de aquí. —Les hago una promesa y es lo que pienso hacer, aunque sea lo último que haga.

Tímido me mira, se encoge de hombros y me sonríe para quitarle importancia al asunto. Aunque le conozco desde hace muy poco, sé que él es así, aunque estuviéramos ardiendo en el mismísimo infierno lo haría para que me sintiera mejor. Es adorable y me encantaría poder ahora mismo abrazarlo, a los dos. Si no fuera por mi culpa, ellos no estarían metidos en toda esta mierda.

—No sé quién cojones eres y me da igual. Pero como no apartes tus manos de ella en este mismo momento te las arrancaré y las usaré para golpearte las pelotas hasta que se amoraten —amenaza Tímido al ver que As me tiene entre sus brazos y que yo precisamente no estoy muy

cómoda.

Mi captor lo inspecciona, pero no pone ningún gesto que delate su siguiente movimiento. Eso es lo que lo hace tan letal, parece que nada le afecta, puede servirte un té y cortarte la garganta con la misma tranquilidad.

Aunque me siento ahora mismo la mujer más afortunada del mundo por tener a estos dos chicos a mi lado, por cómo me cuidan y me hacen sentir, no puedo dejar que él los mate, y sé que es algo que haría sin pestañear.

—Tímido, déjalo, por favor. Yo me ocupo.

—Eso, motero de mierda, no sé cómo mi pequeña ha dejado que le toques un solo pelo. Seguramente porque no ha estado bien desde que no ha estado con su familia, por eso se lo voy a perdonar. Pero a ti... cuando termine contigo me rogarás que te mate.

Tímido, lejos de acobardarse, escupe y As se acerca y le pega una patada en las tripas. Me lanzo a por él contra su espalda, y sin mirarme me empuja, me caigo de espaldas contra mis manos atadas. No quiero gritar, pero el dolor me atraviesa como un cuchillo.

—¡Déjalo! A los dos. Si los sueltas me quedaré. Te lo prometo —omito la parte de que solo hasta que le rebane el cuello y me dé un baño con su sangre y sus entrañas.

Eso le hace detenerse antes de volver a golpear a uno de los hombres que más me han importado en mi vida. Bueno, para ser sincera, son los únicos dos hombres que han significado algo para mí.

—¿Los dos? ¿Estás segura?

—Sí, señor —contesto de esa forma ya que sé que es lo que le gusta.

Se acerca hasta mí y me recoge con una delicadeza que me da más miedo que los golpes. Me acomoda en una silla, eso sí, sin soltarme.

—Sí, a los dos, por favor —ruego, y es de lo más difícil. Yo nunca suplico, ni por mi vida. No me enseñaron a hacerlo, pero por ellos haré lo que tenga que hacer.

—Qué interesante, Alice, que quieras salvar al hombre que lleva tanto tiempo vigilándote y pasándome información. El mismo que te ha entregado a mí esta noche.

Sus palabras son como cristales rotos sobre mi cuerpo, no puede ser. Busco con la mirada a mi jefe de seguridad, el mismo que ha sido mi amigo, mi familia y mi amante. Y, lo peor de todo, por el cual he empezado a sentir algo. Ha estado siempre del lado de este malnacido que me ha convertido en lo que soy, por el cual estoy rota y vacía por mucho que pasen los años.

Marcus me mira, parece que hay arrepentimiento en sus ojos, estoy segura de ello porque no creo que sea cierto lo que dice As, él diría y haría cualquier cosa para manipularme. Mi guardia de seguridad es mi familia, la que yo elijo para que me acompañe en el camino de la vida; se puede equivocar, pero nunca te vendería a tu peor enemigo. Él no...

—Alice, yo... lo siento tanto.

—¿Cómo has podido? Yo te metí en mi vida, en mi familia, en mi casa y hasta en mi cama. Confiaba en ti. —No quiero sonar débil, yo no lo soy, pero duele horrores. La presión en mi pecho es insoportable.

—Él me dijo que perdió a su hija, que una banda rival se la había llevado, que estaba muy preocupado porque no la había visto en años. Necesitaba que te buscara y que me asegurara de que estabas bien. Cuando te encontré solo me pidió que le dijera cómo te iba todo, que no te faltara de nada y que nadie te hiciera daño. Por eso pedí el puesto de jefe de seguridad, para poder siempre protegerte con mi vida si era necesario. Ayer, él me dijo que quería volver a encontrarse con su pequeña Ice, tenía miedo de que no le recordaras, quería que fuera una sorpresa —intenta explicarse.

—No vuelvas a llamarme así nunca más. No me secuestró nadie, me escapé yo, y me refugié con otra banda para poder sobrevivir y aprender a defenderme antes de que este psicópata me encontrara, Marcus. Y claro que lo recuerdo, nunca podré olvidarlo, él es el motivo de mis pesadillas. Me has traído con el mismísimo diablo.

Sus ojos parece que se van a salir de sus órbitas, realmente parece un buen actor y que mis palabras le están haciendo daño. No le creo, pero espero que así sea, ya que a mí me ha condenado al infierno.

Antes de que ninguno pueda reaccionar, Tímido, que está muy maltrecho por los golpes, se ha incorporado y se tira sobre Marcus. Aun atado le asesta un cabezazo que le da de lleno ya que el otro no se lo espera, la nariz de mi jefe de seguridad empieza a sangrar.

—Hijo de la gran puta, te voy a matar, ya sabía yo que no eras de fiar, no te la mereces.

El Conejo se acerca y se lo quita de encima, se lleva a mi motero a una silla parecida a la mía donde le dice a uno de sus hombres que lo ate. Es la misma mierda, pero de otro color. Al menos está atado a la silla y le liberan las manos de la espalda, no es mucho, pero por lo menos la sangre le volverá a fluir por esa zona.

Se dirige de nuevo a mi jefe de seguridad y aunque es todo un bloque de hierro, lo levanta por el cuello. As no está tan musculado, pero es muy fibroso y tiene un gran instinto asesino.

—Me ha parecido oír que te has aprovechado sexualmente de mi pequeña. Dime, ¿es eso verdad? —pregunta en un tono calmado que es más frío que el hielo.

—Sí, pero no es lo que usted piensa, yo siento algo por ella, hace mucho que es así. Pero no quería dar ningún paso hasta que le pudiese contar toda la verdad.

—¡Ja! —le grito, casi me lo creo. Qué buen actor.

—Nadie toca a mi pequeña, ella es pura —dice entre dientes y creo que es la primera vez que le veo perder los nervios desde que lo conozco. Me da miedo lo que pueda llegar a hacer. Aunque ahora mismo ese cabrón al que tiene cogido por el cuello se merece todo lo que le pase.

Tengo que hacer lo que sea, quiero que se vayan los dos de este lugar, yo me enfrentaré a él. Es mi problema, algo que debí volver a solucionar hace mucho tiempo. Mi lengua viperina toma el control de la situación. A ver qué hace con esto.

—¿Yo pura? ¿Has empezado a tomar drogas de diseño? —Se queda congelado. Él no está acostumbrado a esta Alice, el recuerda a la niña de dieciséis años que huyó acobardada—. Soy una mujer adulta a la que le encanta el sexo. Si veo a un hombre que está bueno pues me lo llevo por delante, es más, he visto que tienes algunos de tus hombres a los que me quiero pasar por la piedra. Así que, por favor, si liberas a estos dos que ya me he tirado, podrías llamar a tus guardias y yo me montaré una fiestecita privada. Si quieres puedes mirar, sé que vas de rollo padre, pero siempre me miraste como un perverso, sé que te encantaría.

Suelta a Marcus y me mira, tiene los ojos que se le van a salir de las cuencas. Bien, he llamado su atención, eso es lo que yo quería.

—Tienes que estar de broma, princesa, tú no eres así. Yo no te eduqué para que seas de esa forma —me replica perplejo.

—Claro que no, tú me enseñaste que tengo que respetarte, de otra manera, cualquier motivo de desobediencia, a tu entender, claro, sería motivo de castigo contra mi madre; una pobre loca, drogadicta a la que pegabas para tenerme a mí controlada. Discúlpame, pero tu versión de familia feliz y comieron perdices no es la que a mí me gusta. Yo soy la dueña de mi destino y en cuanto consiga desatarme, pienso matarte y volveré a mi casa a seguir con mi vida.

Todos me miran sorprendidos, al menos Tímido y Marcus, sus hombres ya deben saber de buena tinta cómo se las gasta. Aunque esperaba que mi jefe de seguridad estuviera mejor

informado cuando aceptaba un trabajo de este tipo.

As está perplejo, espero que le dé una apoplejía, aunque eso me quitaría el gran gusto que va a ser matarlo de forma lenta y dolorosa.

Se toma unos momentos antes de contestarme, pero siempre lo hace, él es así.

—Bueno, creo que tienes más cosas de mí de las que te gusta admitir, princesa. Te has montado un imperio del narcotráfico, con todo lo que tú odias las drogas, ¿verdad, pequeña? Aparte me han informado de que te has convertido en una letal asesina, no tienes piedad y disfrutas con ello. Creo que eso también es gracias a mí. No te puedes ni imaginar lo orgulloso que me siento de ti. Ni yo mismo lo hubiera hecho mejor, ahora podrás dirigir todo mi imperio a mi lado.

Soplo fuerte de auténtica desesperación y mi flequillo se me levanta y vuelve a caer. Es que realmente está más tarado de lo que pensaba, todo lo que tengo se lo debo al cártel rival que me acogió cuando hui de este desgraciado; encima piensa que soy así gracias a él. Tengo que matarlo. Disimulada, miro mis piernas para ver si tengo mis dagas y nada. Tonto no es, nunca lo fue.

—Antes de que eso ocurra, Conejo, me cortarías la yugular, no lo dudes. No volverás a disponer de mí nunca más. Ya no soy esa niña.

—Lo sé, has cambiado, pero cuando termine contigo volverás a serlo. Serás mi dulce niña. — Pongo los ojos en blanco—. ¡Traedla! —Ordena a uno de sus esbirros que sale de la habitación.

—Si piensas matarme de aburrimiento, tengo que decirte que lo haces muy bien. —Lleva una pistola en la parte trasera del pantalón, si lo consigo enfurecer lo suficiente para que se acerque a golpearme, quizás se la pueda quitar ahora que tengo las manos atadas por delante.

No contesta, solo me sonrío de aquella manera que quiere decir que él sabe algo que yo no.

—Por cierto, ¿sigues teniendo la picha floja? Imagino que sí, cuanto más mayor... Mi madre y yo siempre nos reíamos de eso.

Eso parece que hace que reaccione, los hombres y el gran ego por sus pitos. Mi madre nunca me dijo una puta mierda de este tarado, lo amaba y temía a partes iguales; pero no hay nada como meterte con la polla de un tío para desconcentrarlo.

Voy a seguir cuando la puerta se abre y entra el hombre con una mujer que arrastra los pies. Lleva el pelo sobre la cara, es posible que sea alguna de las prostitutas de As; aparte de las drogas, también tiene negocio de armas, trata de blancas y una lista interminable de cosas ilegales. La sientan y él se dirige hacia ella. Le levanta la cabeza desde el mentón y le retira el pelo de la cara.

—Alice, dile hola a mamá. Ya estamos todos, mi vida.

Ahogo un grito. Mi madre, la que pensaba que estaba muerta a manos de ese hombre desde hacía diez años, está sentada delante de mí; solo que su mirada está perdida en otro lugar, uno mucho más lejano que donde nos encontramos los demás. Y yo solo puedo pensar: «Mamá, llévame contigo».

Capítulo 7

Alice



Aunque quiero que mi cerebro piense algo con coherencia, en este momento solo me manda imágenes de mi madre desde que tengo uso de razón. Viéndolas pasar como una película, ninguna, ni en sus peores momentos de decadencia, ha tenido ese aspecto. Parece sana, incluso ya no tiene pinta de estar consumida por las drogas, pero es como si hubieran apagado el interruptor de dentro de su cabeza. O como si ahí adentro ya no viviera nadie. ¿Qué es lo que le ha hecho? Conociéndolo, cualquier cosa.

Pensé que estaba muerta, por eso hui esa noche, pero aquí está.

—¿Mamá? —Ya ni recuerdo la última vez que la llamé así.

No obtengo respuesta, ni una mirada, ni siquiera un parpadeo más rápido que el anterior.

—¿Qué le has hecho? —pregunto e intento mostrar ira, aunque tengo un nudo en la garganta que amenaza con matarme.

Yo no lloro, nunca, es algo que va en contra de mis creencias; pero verla ahí, sabiendo todo por lo que habrá pasado sin nadie que la protegiera, hace que se me encoja el corazón.

—Nada, princesa, ella por fin está en paz. Como estarás tú dentro de poco, y volveremos a ser una familia —me dice como si fuera lo más normal del mundo, mientras acaricia el largo cabello de mi madre.

—¡Te mataré, pero antes vas a sufrir, vas a pagar por todo lo que nos has hecho y lo que ella ha sufrido! —Saco mi odio porque no me quiero desmoronar, no soporto verla así, no poder acercarme y zarandearla para que me hable.

—Sé que no lo dices en serio, ahora estás cansada. Me encantaría desatarte, pero no quiero que te hagas daño a ti misma. Cuando todo haya terminado, volverás a tu habitación. Todos seremos muy felices, ya lo verás. —Creo que habla más para él mismo que para mí.

—¡Vete a la mierda!

—Descansa, mañana será un día largo. Ahora os traerán algo de comer y para la nariz de ese, aunque no sé si dejar que se desangre como el cerdo que es. —Apunta a Marcus.

Vale, es justo lo que necesito, que se vayan para pensar en un plan. Con mi madre así y este desgraciado no consigo tener una idea con claridad.

Los hombres van saliendo y se llevan a mi madre, el Conejo Blanco se acerca hasta mí y me da un beso en la frente, odio escupir, pero lo hago. Al menos eso no se lo espera, si hubiera tirado a morderle para arrancarle un trozo de cara seguro que me hubiera esquivado. Pero lo que hace me da mucha grima, se relame mi escupitajo que ha caído justo en su barbilla. ¿Hasta dónde llegará su

demencia? Es algo que me asusta pensar.

Abandona la habitación deseándome buenas noches. Miro a los chicos, pienso en si ir a patear a Marcus o no por lo que me ha hecho.

—Alice, tienes que escucharme. Sé que la he cagado, pero todo lo que he dicho es la verdad. Siento algo por ti, y de haber sabido que era un puto tarado nunca habría aceptado el trabajo.

Chasqueo la lengua y decido ignorarlo, aunque realmente me gustaría creerlo, porque yo también siento algo por él. Pero la traición se me antoja tan dura que no puedo perdonarlo.

Me quiero acercar a Tímido, pero sé que hay cámaras, que nos estarán vigilando y que si el psicópata ve que tengo un trato cariñoso con alguno de ellos no dudará en usarlo en mi contra, o para hacerme daño. No quiero arriesgarme a que les hagan nada.

—¡Cállate, cabrón! Da gracias a que estoy atado, pero como salgamos de aquí te voy a rajear hasta que no te reconozca ni la científica —me defiende Tímido, y mi corazón se enciende; nunca nadie me ha defendido, es una sensación nueva que hace que sienta calor dentro de mí.

—No te preocupes, déjalo. ¿Cómo te encuentras? —le pregunto mirando todas las heridas que le han causado por el simple hecho de estar a mi lado.

Me dedica una de sus mejores sonrisas con su labio superior hinchado. Me encantaría consolarlo.

—Bien, la verdad es que llevo un par de días sin hacer deporte y esto me sirve de entrenamiento —bromea y me hace reír, es tan especial.

—Sí, eso deben pensar ellos, creo que han encontrado nuevo saco de boxeo —digo siguiéndole la broma. Hace una mueca de tristeza y vuelvo a reír—. Siento de verdad haberos metido en esto, voy a sacaros de aquí. Hoy no podremos porque estoy segura de que detrás de esa puerta tiene todo un ejército. No me va a perder, esta vez no. Pero mañana, si intentan trasladarnos, os ayudaré a escapar.

—No vamos a ir a ningún sitio sin ti —protesta Marcus, pero su voz suena bastante tímida, seguramente porque sabe que estamos bastante tensos, él y yo.

—En eso tengo que darle la razón al imbécil —secunda mi motero—. Por cierto, ¿de dónde has sacado a ese tarado? Has dicho que era el responsable de tus pesadillas. ¿No me lo vas a contar? Creo que es el momento.

La verdad es que no tengo muchas ganas de recordar los momentos vividos junto a ese hombre, pero se lo debo, es lo mínimo que puedo hacer después de que ha recibido una paliza por mi culpa. Y al otro tampoco le vendrá mal conocer por quién se ha vendido.

—¿Seguro que quieres saberlo? Es bastante largo.

—Pues creo que por esta noche no tenemos planes. Te pediría una cita, pero creo que no nos dejan salir. —Se encoge de hombros con una sonrisa.

Omito la parte de que yo no tengo citas con chicos, no quiero dañar sus sentimientos en estos momentos. Aunque han despertado en mí emociones desconocidas, no creo en el amor. Mi madre creía en él y digamos que no le fue demasiado bien, por lo que perdí la fe completamente en eso. Sin embargo, desde que han empezado a despertar en mí ciertos sentimientos, me replanteo muchas cosas.

Me pongo todo lo cómoda que puedo en la silla y les empiezo a contar lo ocurrido desde mi cumpleaños, que fue donde me quedé la otra noche. Cómo mi madre llegó con la noticia de haber conocido al hombre que cambiaría nuestra vida y que nos iba a cuidar. Nuestra mudanza y cómo todo parecía un cuento de hadas.

Pero si algo debería haber aprendido cuando me mudé a ese palacio, es que nada demasiado bueno es lo que parece.

La verdad es que mi cuarto era espectacular. Tenía profesores particulares de todas las asignaturas que daban en el colegio y me enseñaban solo a mí; por lo que en poco tiempo había superado el nivel educativo de alguien de mi edad.

Siempre lucía preciosos vestidos y tenía juguetes muy caros, pero lo mejor de todo era que poseía una librería que prácticamente era mía. Bueno, As también la usaba, le gustaba leer casi tanto como a mí.

Hasta una Navidad me regalaron una gatita a la que llamé Diana. No podía ser más feliz, pero no por lo material; mi madre no había vuelto a drogarse, ni a beber, parecía otra. Le encantaba pasar horas en el jardín y cuidar las rosas, plantaba rosas blancas, porque las rojas nunca crecían allí, pero ella era feliz de todas formas. Y estaba enamorada, por fin la veía como nunca antes. Era una mujer totalmente diferente, la madre que siempre quise tener. Hasta la volví a llamar mamá.

As era bastante estricto con mi educación, y la verdad, hasta un poco maniático. Donde otra persona solo vería un error de niño, algo sin importancia, para él era algo grave que se debía corregir de forma inmediata. Era algo que me molestaba, pero él nos daba mucho, así que intentaba cumplir todas sus normas, algunas bastante estúpidas, para que todo lo que habíamos construido no desapareciera.

Todo era maravilloso, como en mi cuento del País de las Maravillas, como siempre había soñado. Al menos hasta esa noche, en que todo se torció y por fin conocí al verdadero Conejo Blanco.

Mi madre se había constipado en el jardín por lo que se había acostado pronto, As estaba en su despacho reunido con algunos hombres que llevaban traje y yo tenía hambre. Teníamos servicio, pero no quería molestar a nadie, con casi catorce años ya era mayor, así que me puse a hacerme la cena. Algo sencillo, solo un filete, pero creo que me pasé con el aceite y todo empezó a salpicar, la encimera, el suelo, todo se puso perdido.

Pensé que no pasaría nada, lo limpiaría todo antes de que nadie lo viera. Pero no me dio tiempo, cuando me di cuenta, unos ojos verdes me miraban desde la oscuridad. Me quedé muda, sin saber qué hacer, seguro que me iba a regañar por haber formado ese desastre. Sin embargo, fue peor de lo que esperaba.

—¡Qué demonios estás haciendo! —Se acercó hasta mí y detecté que había algo distinto en su voz, me dio la sensación de que había bebido. Sus ojos rojos me lo confirmaron.

Nunca antes lo vi bebido, siempre era un hombre tan recto. Él y mi madre no bebían alcohol nunca, seguramente porque sabía el problema que tenía ella con la bebida. No sé por qué, pero verlo así me asustó. Siempre me había dado mucho respeto, él tenía el poder de hacerte sentir así, pero en ese momento lo sentí aún más.

—Yo... yo... lo siento. Solo me quería hacer la cena.

—Tú —arrastraba las palabras—. Tú eres la responsable de que nuestro matrimonio se estropee.

Y esas simples palabras me dolieron más que si me hubiera abofeteado. Estaba insinuando que su matrimonio se podía romper, que todo lo que teníamos podía desaparecer, y todo por mi culpa. Sin poder evitarlo salí corriendo, pero no llegué muy lejos antes de encontrarme a mi madre.

Me vio llorando desconsolada y ella, preocupada, me preguntó qué me pasaba. Sabía que yo no lloraba, no desde hacía mucho tiempo. Le conté lo que me había pasado y ella, como una exhalación, se marchó directa a la cocina a buscarlo, quería defenderme. Y eso de alguna manera hizo que mi corazón se llenara de calor, esa era la madre que siempre quise tener.

Sabía que no estaba bien espiar, pero aun así, me fui detrás de ella. Me preocupaba que le pasaría algo, tenía el presentimiento de que ese hombre podía ser peligroso.

Ella llegó junto a él y empezó a increparle por lo que me había dicho, él a su vez también gritaba y yo solo podía sentir miedo. No lo vi venir, todo ocurrió muy rápido. As cogió lo primero que tenía a mano, un plato de porcelana blanca, y lo rompió sobre la cabeza de mi madre. «¡Dios mío! ¿Cómo había sido capaz de hacerle eso?».

Lo que ocurrió después estaba algo borroso. Ella salió de la cocina corriendo y me cogió del brazo, me llevó a mi cuarto y me pidió que me encerrara hasta que volviera, que no abriera bajo ninguna circunstancia. Y yo, temerosa, la obedecí.

Sin embargo, no pude parar de llorar mientras pensaba en que la mataría. Por fin había visto el verdadero rostro de aquel tipo, y era el de un monstruo.

Mi madre no tardó en volver, se encerró conmigo en mi cuarto mientras ese desgraciado aporreaba la puerta. Después de llorar muchas horas y con el miedo de saber que si conseguía entrar nos mataría, al final, de puro agotamiento me dormí.

Y aunque ese día pareció horrible, el siguiente fue peor. Cuando bajé con miedo al no encontrar a mi madre a mi lado, pensando que le había pasado algo, sin saber qué hacer ni a quién acudir, me los encontré desayunando como si nada hubiera pasado; sonriéndose y mirándose como si estuvieran igual de enamorados que el primer día.

En ese momento supe que estaba en el infierno, y lo peor de todo era que me encontraba en él sola.

Me fui enfadada a mi habitación, no quería ver a mi madre y mucho menos a él.

Ella al ver que no bajaba vino a buscarme, le dije que se marchara, que no quería volver a verla, pero aun así entró.

Ella lo excusó, me dijo que había tenido problemas en un negocio y estaba mal, pero que nos quería muchísimo, que haría cualquier cosa por nosotras.

Desde luego no hay más ciego que el que no quiere ver; le había estampado un plato en la cabeza y aun así ella pensaba eso. En ese momento supe que mi madre se negaba a ver la realidad, y que esa no sería la última vez.

No me equivoqué, esa noche fue el principio del fin. Aunque mi madre aparentaba que eran felices delante de mí, las peleas eran continuas, igual que los golpes. La frase que más escuchaba era: «Me quiere más que a su vida, es solo que en el momento del enfado no sabe lo que hace». Y yo pensaba, «¿realmente ella se lo creerá? Si eso es amar, no quiero saber nada del amor».

Lo odiaba con todas mis fuerzas, pero lo peor era que a ella también. Él no me ponía una mano encima, pero sabía que algo dentro de mí había cambiado y eso parecía que le enfadaba aún más. Por lo que consiguió envenenar a mi madre, que cualquier manía de él, que eran muchísimas, se engrandecieran y se convirtieran en mi castigo. Entonces ella comenzó a pegarme. No una bofetada, se ensañaba conmigo, imagino que para pagar toda la frustración que con él no podía.

Y así fueron mis siguientes años. Cualquier palabra o gesto que el Conejo Blanco considerara incorrecto era motivo para que fuera cruelmente castigada, por lo que llegué a vivir en constante alerta; vivía con el miedo de pensar por dónde vendría el siguiente golpe. Perdí las ganas de leer, casi no hablaba. No es que nunca hubiera sido una chica muy habladora, pero en ese momento me refugié en mí misma y en mi gata Diana, era lo único bueno que me quedaba.

Cumplí los dieciséis años y no hacía las cosas que harían los jóvenes de mi edad. Las pocas

personas que veía eran las que iban a la mansión y no eran muchas. Los de seguridad, aunque veían todo lo que ocurría allí, hacían como si no se enteraran de nada; por una parte, los entendía, ¿quién querría enfrentarse a aquel psicópata y a su mujer que estaba igual de loca? Ella, además, había vuelto a beber y a drogarse, creo que de eso era también responsable As. No porque ella fuera una santa, no, pero era una buena manera de que no se enfrentara nunca a él y tenerla bajo su yugo.

A veces también venían los socios del Conejo Blanco, la mayoría me daban miedo, tenían cara de asesinos a sueldo. Sin embargo, había una mujer que sabía que a él no le caía bien porque se le escapó a mi madre una vez; debía ser de la competencia. A mí, en cambio, me pareció la mujer más amable y dulce del mundo.

Tenía curiosidad ya que no solía ver muchas mujeres por allí, así que, un día que ella estaba esperando a ser atendida me quede mirándola; era preciosa, con su pelo rubio corto de punta y los ojos muy azules. Tenía cara de hada, como las que aparecían en los cuentos que leía cuando era más pequeña. La curiosidad nunca fue una buena idea, y aquella mujer me pilló mirando. Esperé que se enfadara, o peor aún, que le contara a mi padrastro que la estaba espiando. Solo de pensar en el castigo que recibiría no pude evitar que mi cuerpo se pusiera a temblar.

—Hola —me saludó a la vez que me sonrió. Tenía la sonrisa más tierna que había visto en mi vida.

Algo en mi interior pareció liberar mil kilos de peso, le devolví una tímida sonrisa.

—Hola —respondí en apenas un susurro.

—Pero ¿qué tenemos aquí? Qué niña tan bonita, ¿cómo te llamas? —Su voz era melodiosa y cantarina.

No pude evitarlo, tenía algo que me atraía hacia ella, así que me acerqué despacio. Tenía miedo, esa sensación nunca me abandonaba, pero por alguna extraña razón quería verla más de cerca.

—Alice, ¿y usted? —pregunté ya junto a ella.

—Me llamo Tinker Bell, aunque tú me puedes llamar Bell; ese nombre es solo para mis mejores amigas. —Siguió sonriendo, al menos hasta que vio algo en mí que la hizo ponerse seria, incluso frunció el ceño enfadada.

Sin poder evitarlo retrocedí unos pasos con miedo a que me golpeara.

—¿Quién te ha hecho eso? ¿Ha sido él? —Entonces me di cuenta de que hablaba de mis brazos arañados y amoratados. Como nunca veía a nadie que no fuera de la casa no se me pasaba por la cabeza el tener que taparme.

Me encogí de hombros e hice acopio de todas mis fuerzas para no llorar. Nadie, nunca, se había preocupado por mí, y que una desconocida lo estuviera haciendo, para mí era algo que me hizo sentir tan rara que no podía evitarlo.

—Él es el marido de mi madre... —dije, no sabía hasta dónde podía contar, creía que podía confiar en ella, pero ya no estaba segura de nada. No sabía qué consecuencias podría tener para mí hablar demasiado.

—Ven, cielo —me pidió sonriendo otra vez.

Me acerqué con paso temeroso y cuando llegué junto a ella me tomó entre sus brazos, estar ahí me hizo sentir por primera vez en mi vida en casa, protegida, y recé porque nunca terminara. Puso su boca muy cerca de mi oído, para que nadie la oyera, ni siquiera sus hombres de seguridad.

—Alice, sé que tu padrastro es un hijo de puta, si me necesitas solo tienes que llamarme, este es mi número. —Puso dentro de mi mano una especie de tarjeta—. Vendré a por ti y nunca

te encontrará, te lo prometo. Ahora tienes que irte porque no va a tardar en salir. Esconde mi tarjeta como si te fuera la vida en ello, porque realmente es así.

Me apartó de ella para mirarme a los ojos, que estaban liberando lágrimas sin poder hacer nada por remediarlo.

—¿Lo harás? —me preguntó.

—Te lo prometo —contesté y ella besó mi frente.

Salí corriendo porque sabía que tenía razón, él no tardaría en salir, pero por fin pensé que mi vida no estaba acabada. Era el primer día en años que no quería morirme, por fin tenía esperanza. En ese momento aún no sabía que tendría que llamarla tan pronto.

Pasé el resto del día en mi habitación, soñando cómo sería mi vida cuando cumpliera los dieciocho años y me fuera de casa, Tinker Bell me acogería y por fin podría ser feliz. Aún me quedaban dos años, pero la verdad era que la esperanza era el mejor motor para poder esperar.

La reunión del Conejo Blanco se alargó hasta bien entrada la noche y no había visto a mi madre en todo el día. A veces no sabía si un día aparecería muerta de una sobredosis, cosa que me daba bastante miedo, sobre todo porque me dejaría sola con el enfermo de su marido.

Los gritos comenzaron cuando me estaba quedando dormida sobre la cama. No me había cambiado ni de ropa, tampoco había cenado, pero era algo que hacía muy a menudo, intentaba tener el mínimo contacto con ellos. «No voy a intervenir», me repetía una y otra vez. Mi madre me castigaba brutalmente y seguía con ese hombre por más que la había rogado mil veces que nos marcháramos, así que no sería yo la que intercediera en aquella bronca.

La oí gritar, no un grito de rabia, era un grito de dolor. Y aunque me había prometido que no me metería no pude evitarlo; era mi madre, y por mucho que la odiara por lo que me hacía vivir, también la quería. Quizás yo también estuviera enferma de la cabeza.

Bajé corriendo las escaleras, mi gata me siguió como si fuera mi caballería. Los encontré en la planta de abajo, él con los ojos inyectados en sangre, el alcohol se olía desde donde estaba. Mi madre estaba tirada en el suelo, llorando, y se agarraba el brazo con una mueca de dolor.

Sin pensarlo, una parte de mí que desconocía hasta ese momento y que me pedía sangre, su sangre, hizo que me lanzara sobre él. Le empecé a golpear todo lo que mis flacuchos y maltrechos brazos me dejaban. La rabia y la adrenalina habían poseído mi cuerpo y mis sentidos, ya no era Alice, era una asesina; si nadie me detenía lo mataría, lo sabía.

Sin embargo, él era mucho más fuerte que yo y me dio un puñetazo que impactó en mi cara y me lanzó directa contra el suelo. No lloré, no me dolió, en ese momento estaba tan eufórica que el dolor no me alcanzaba. Pensé que, si sobrevivía, cosa que seriamente dudaba, después me dolería.

Mi gata, como si fuera un perro, se lanzó a atacarlo por lo que me acaba de hacer y él, como si fuera el mismísimo demonio, la agarró por el cuello y se lo partió con un solo chasquido.

Me quedé paralizada, la había matado, no podía ser. No entendía por qué me extrañaba, era un loco, un asesino. Mi madre se levantó como pudo y fue directa a por él.

—¡No toques a mi hija! ¡Te mataré, hijo de puta!

Y ahí estaba mi madre, defendiéndome por primera vez en mi vida, y a mí se me encogió el corazón. Tenía que salvarla o correría la misma suerte que Diana, y eso no lo podía permitir. Me levanté como pude del suelo, y todo empezó a moverse frente a mis ojos a cámara lenta.

El Conejo Blanco cogió a mi madre del cuello mientras ella no paraba de golpearlo; la tenía exactamente igual que a mi pequeña gata, y la lanzó con mucha fuerza. Quise correr

hacia ella, pero por más que lo hice no llegué, la vi caer y no me dio tiempo a amortiguar su caída.

Su cabeza impactó contra la escalera y un charco de sangre empezó a acumularse debajo de ella. No me lo podía creer, la había matado, había matado a mi madre por intentar defenderme. No podía parar de mirarla. Se me encogió el corazón, me sentí paralizada, al menos hasta que él habló y me trajo de nuevo a la realidad.

—Alice, princesa. —Su voz era espesa a causa del alcohol—. Yo lo siento, cariño, ha sido un accidente, te lo juro.

Lo miré, quería matarlo, pero sabía que ahora mismo solo correría la misma suerte que lo único que tenía en la vida, mi madre y mi gata.

—Algún día te mataré, te lo juro —le hice una promesa.

Salí corriendo, intentó detenerme, pero yo corría más rápido. Vivíamos en una fortaleza de la que era imposible escapar, pero parecía que por una vez en la vida el destino quería estar de mi parte. En la puerta de salida había un coche negro que, cuando me vio llegar corriendo, abrió la puerta de atrás. Era la mujer que hacía unas horas me había dado esperanza; y con ella escapé de aquel infierno.

—¡Dios mío, Alice, lo siento tanto! —me dice Tímido y hace que vuelva a la actualidad.

Es tan tierno cómo me mira, tiene el rostro totalmente conmocionado por mi historia. No es lo que buscaba, nunca he querido que nadie sienta lastima por mí, odio ese sentimiento, pero era necesario que lo supieran.

—No te preocupes, gracias a todo aquello soy la mujer fuerte que conocéis hoy en día. Bell me apoyó, me adiestró y me ayudó a comenzar mi negocio. Realmente fue la madre que nunca tuve.

—Alice, perdóname por favor, si hubiera sabido el tipo de hombre que es, te juro que nunca te hubiera traído aquí, tienes que creerme. —Marcus realmente parece destrozado por la culpa, y quiero creerlo, pero la verdad es que nunca he confiado en nadie. Y ahora que por fin empiezo a creer en algunas pocas personas, ocurre esto.

—No lo sé, Marcus, dame tiempo. —Estoy que no me reconozco, normalmente habría matado a una persona por mucho menos que eso.

Bell fue cariñosa, buena y me dio mucho amor, pero por otro lado me enseñó a ser letal, para que nunca nadie me pudiera volver a hacer el daño que había recibido de pequeña.

Aunque hay cosas que nunca desaparecen por mucho que te adiestren; no soporto los gritos, cuando alguien me chilla los cables dentro de mi cabeza hacen cortocircuito y es mejor que no tenga nada afilado cerca. También el estado de alerta nunca me abandona, siempre estoy pensando por dónde llegará el siguiente golpe, y eso que he practicado mil técnicas de relajación, yoga e incluso he asistido a terapia. Pero bueno, imagino que hay cosas que te dejan cicatrices en el alma y te acompañan durante toda tu vida.

Capítulo 8

Marcus



Mientras esta joven nos abre su corazón para narrarnos lo duro que fue su pasado, yo solo tengo ganas de golpearme contra el cemento de la pared hasta abrirme el cráneo en dos. Nunca lo tuvo fácil, pero lo que vivió junto al desalmado que me contrató fue el putito infierno, y yo se la he servido en bandeja de plata.

¿Cómo alguien podría ser capaz de hacer daño a una persona como ella? Aunque siempre parece una mujer fuerte, dura y letal, yo, que he tenido el privilegio de conocerla íntimamente y ser su sombra día y noche, sé que debajo de toda aquella muralla, existe un alma dulce que debería ser cuidada y venerada, no maltratada de una manera tan cruel.

Encima ella se cree responsable de que nos veamos metidos en este aprieto, cuando realmente el único responsable aquí soy yo.

Cuando el Conejo Blanco me encontró hace unos años, solo vi a un padre preocupado por la desaparición de su joven hija. La verdad es que tampoco suelo hacer averiguaciones sobre mis clientes, soy un mercenario, un hombre sin honor al que solo le mueve el dinero; algo que normalmente no me avergüenza, al menos hasta ahora.

Cuando conocí a Alice, me conquistó desde el primer momento. No es solo su belleza exterior que es algo descomunal. Es divertida, inteligente, fuerte y tiene un punto de locura que me hizo perder la cabeza sin retorno. Así que me encontré enamorado de una mujer que era totalmente inaccesible para mí, primero porque era mi trabajo y no podía mezclar las cosas, o eso me decía a mí mismo; pero creo que la segunda razón era por la que nunca me atreví a dar el paso por mucho que ella insistiera. Ella no cree en el amor, cosa que ahora entiendo conociendo su pasado, es una

persona que solo disfruta del sexo sin compromiso. Me parece bien, una mujer tiene tanto derecho como un hombre a disfrutar de su sexualidad como quiera, pero yo no podía ser solo eso para ella.

Necesitaba más, aunque cada vez que la veía con un hombre me dieran ganas de arrancarles la piel a tiras, solo me podía conformar con vivir junto a ella y protegerla. Mejor eso que no tenerla.

Cuando apareció Tímido en escena, ocurrió algo, vi que Alice estaba distinta, pero es que algo también cambió en mí. Cuando fui testigo de cómo tonteaban, mi cerebro me dio la orden de que no permitiera que se la quedara. No sé qué vio en él, pero está claro que era algo más que físico, y yo siempre había querido ser eso para ella. No podía permitirlo.

Si nunca pensé en tenerla, mucho menos en compartirla, pero cuando vi que era lo que quería empezó a no parecerme tan mala idea; es como cuando te gusta algo mucho y quieres tenerlo a cualquier precio. Quién sabe, lo mismo de aquella manera se enamoraba de mí, o sentía algo más que deseo. Cuando vi que Tímido se metió en su cama, las pocas dudas que me quedaban desaparecieron automáticamente, no iba a desperdiciar esa oportunidad.

Pensé que la experiencia sería horrible, tener que ver en directo como otro hombre la tocaba, la poseía, pero tengo que reconocer que es lo más morboso que he visto en mi vida. Verla disfrutar de aquella manera, tan libre, sin aquellas pesadillas que siempre la persiguen y la atormentan. Es algo que sería capaz de repetir el resto de días de mi vida.

Quiero hablar con ella, pero sé que me rechazará, es normal. Voy a decirle algo cuando la puerta se abre y entran varios hombres, llevan algo de comida y agua, todo en platos de plástico para que no podamos usar nada como un arma.

Lo siguiente que hacen es desatarnos, cosa que me hace pensar que están demasiado seguros de que no escaparemos, poco conocen a la fierecilla. Estoy convencido de que ya está ideando varias maneras de salir de aquí.

Me están desatando a mí cuando la veo que se lanza directa a la espalda de uno de los guardias y muerde con ansia su cuello, como si fuera un animal que se siente acorralado y tiene que atacar para poder escapar. El tipo grita, y no es un alarido de sorpresa, es de dolor, Ice no tarda en tirar y arrancar un trozo de carne con sus dientes. La sangre sale a borbotones mientras los compañeros del hombre intentan quitársela de encima. Ella está agarrada como un koala, con las piernas y los brazos.

Nuestros ojos se cruzan, entonces ella me hace un gesto, apenas perceptible, pero yo ya la conozco. Mira ligeramente hacia la puerta, es una señal para que huyamos. Por eso ha reaccionado de esa manera, sabía que tendría a todos los guardias entretenidos para que Tímido y yo pudiéramos huir. ¿De verdad cree que la abandonaría? Y algo me dice que el motero tampoco lo hará.

Tímido y yo nos miramos y sin palabras nos entendemos, no la vamos a dejar aquí. Así que, sin pensarlo dos veces, nos abalanzamos sobre los tipos que están tirando de Alice, que pelea como puede contra ellos. Nunca he visto una mujer igual.

Me lanzo sobre la espalda de uno que tira fuertemente de ella, no la han golpeado, cosa que creo que es a causa de su padrastro. Seguro que les tiene prohibido que le peguen. Pero nadie nos va a detener a nosotros, así que tiro del tipo y cuando se gira confundido le pego un puñetazo con todas mis fuerzas en su nariz. Se lleva las manos a ella y castigo sus costillas con varios ganchos. Tímido está haciendo lo suyo con otro y Ice le ha pegado una patada en las pelotas a otro de los guardias, cuando ha conseguido descolgarla del hombre que se está desangrando vivo por el cuello.

Los golpes van y vienen a una gran velocidad, no podemos entretenernos, si esperamos más tiempo vendrán sus compañeros en cuanto vean que están tardando.

—Tenemos que irnos, chicos, no tardarán en venir refuerzos —grito y los demás me miran y asienten.

Cogemos las armas que llevan los guardias que yacen en el suelo y corremos hacia la puerta. Ya fuera nos encontramos en un pasillo, Tímido va delante, Alice en medio y yo en la retaguardia.

En cuanto llegamos al final del pasillo y vamos a girar, sale un tío armado que le pega con el cañón de la pistola al motero en la cabeza.

—Alto todos o le vuelo los sesos a vuestro amiguito.

—¡Suéltalo ahora mismo o te juro que te arrancaré el corazón y me lo comeré! —La voz de Ice es fría como el hielo y más con toda la boca manchada de sangre.

Si yo fuera ese tipo me lo estaría haciendo encima en este momento.

—No, zorra, vosotros vais a soltar las armas o voy a decorar las paredes de tu padre con un nuevo tono, color cerebro. ¿Qué te parece?

La veo dudar, a la Alice que yo conozco no le gusta que le den órdenes. Si fuera lista nos dejaría morir y escaparía ella. El Conejo Blanco solo la quiere a ella, y viendo lo que le ha hecho a su madre, no quiero ni pensar en lo que tiene preparado para Ice.

Pone los brazos en jarras y desafía al tipo grande con la mirada antes de hablar, ella no se intimida ante nada.

—Vale, tú ganas, suéltalos y yo iré contigo. Seguro que mi padrastro —recalca cada sílaba de la palabra para que sepa que no es su padre— estará muy orgulloso de que me hayas capturado. A lo mejor te da hasta una medalla por ser un buen *boy scout*.

El tipo la mira con lo que parece admiración en los ojos, no me extraña, pocas mujeres tienen tantas pelotas como ella.

—Mejor, no os voy a soltar a ninguno. El jefe estará más que satisfecho, a ver si me deja que su preciosa hija me la coma.

Alice ni pestañea, solo ensancha su sonrisa sangrienta.

—Bueno, haberlo dicho antes, para eso no necesitamos a mi padre, me encanta comer pollas. Hagamos un trato, si los sueltas, te haré la mejor mamada que te hará nadie en tu vida.

—¡Alice, no! —grita Tímido—. Tienes que huir.

—Tiene razón, el Conejo Blanco solo te quiere a ti, tienes que marcharte —añado yo.

Ella nos mira con sus grandes ojos azules, en ese momento no hay ni un ápice de malicia como cuando mira al tipo ese.

—Sois mis chicos, yo no abandono a la gente que quiero.

Y sus palabras me llegan muy adentro, nos quiere, y es capaz de dar su vida por nosotros. Y ese hecho hace que la ame aún más. Ice, la mujer de hielo, nunca ha querido a nadie, nunca abre su corazón, pero ahora está dando todo por nosotros. Tengo que salvarla y estoy seguro de que Tímido siente lo mismo que yo.

—No los voy a soltar, pero creo que aceptaré tu ofrecimiento de comérmela, tienes cara de que se te debe dar muy bien.

Tímido se revuelve, pero el hombre aprieta más el cañón de la pistola indicando que no aguantará ninguna tontería.

—Bueno, pues vamos a ello —contesta Alice y me mira, es algo fugaz, pero me guiña un ojo con disimulo.

Seguramente tiene un plan, tengo que estar alerta para estar preparado cuando ella actúe, aunque pensar en que se va a acercar al miembro de otro tío que no seamos Tímido o yo hace que se me lleven los demonios.

—Vamos a la sala, allí estaremos más tranquilos —indica el hombre mientras nos señala el

camino con el arma.

Obedientemente nos dirigimos de nuevo a nuestra prisión, no creo que esté muy contento cuando vea a sus compañeros muertos. Aunque ahora debe tener toda la sangre acumulada en la entrepierna y es posible que le dé hasta igual.

Entramos en la sala y el tipo observa a sus compañeros con una ceja levantada, pero como había supuesto no es lo que más le preocupa en este momento.

—Vosotros dos, sentaos en esa pared de allí y no os mováis. Voy a tener todo el rato la pistola apuntando a su preciosa cabecita rubia, así que, si intentáis algo, os dejo sin muñequita. Estoy seguro de que os la folláis los dos. ¿A qué sí?

Los dos le miramos mal, daría cualquier cosa por quitarle hasta el último diente que tiene en su asquerosa boca por hablar así de ella, pero no podemos arriesgarnos a hacer un movimiento en falso y que este estúpido le vuele la tapa de los sesos.

—Claro que me los follo, y se las como, ya te he dicho que me encanta. Como ahora te lo voy a hacer a ti. —Le sonrío.

Desde luego la mente de Ice funciona de otra manera, cualquier mujer estaría atemorizada, o pesarosa, ella en cambio parece decidida, incluso parece que lo esté disfrutando.

Una vez que nos sentamos en la pared más alejada de la puerta de salida, Alice se arrodilla frente al tipo, con su corto vestido lleno de sangre, a juego con su cara. Con gran ímpetu le desabrocha los pantalones y le saca la polla. Yo tengo que reprimir una arcada. Ya está empalmado, seguro que por la anticipación de lo que le esperaba.

La masajea de arriba abajo, mientras le mira a los ojos juguetona, el tío tiene el deseo reflejado en sus ojos de salido. No tarda en llevársela a la boca y yo me agarro fuertemente los pantalones de vestir para no ir y partirle el cráneo a ese cabrón.

Ella la chupa como si fuera el mejor manjar del mundo, mientras crece mi rabia. El tipo no tarda en aligerar el agarre de la pistola, hijo de puta, debe estar tocando el cielo con la punta de los dedos. Voy a levantarme para intentar desarmarlo cuando Ice me mira y me hace una señal negativa casi imperceptible.

El hombre cierra los ojos entre gruñidos de placer, qué asco me está dando.

—¡Oh, sí, eres una zorrita realmente buena!

Y en ese momento ella cierra la mandíbula sobre la polla del tío y tira, con todas sus fuerzas, como quien está arrancando un trozo de carne de un costillar. Cuando escupe el miembro del tipo no puedo evitar encogerme, me ha dolido hasta a mí solo de verlo.

—¡Hija de la gran puta! —grita como un poseso y cae al suelo intentando sujetarse donde antes se encontraban sus joyas de la corona.

La sangre sale a raudales y Alice tiene ahora la cara mucho más manchada de esta.

Nos levantamos corriendo para ir a su encuentro, es nuestra oportunidad para escapar. Menos mal que el tipo ha soltado la pistola cuando se ha ido a agarrar sus partes, si no seguro que nos dejaría como un colador por lo que ha hecho.

—Te he dicho que me gusta comer pollas, literalmente hablando. Y, por cierto, no había visto una tan pequeña en mi vida —se burla antes de que Tímido y yo la agarremos cada uno de un brazo para salir de allí cuanto antes.

El hombre no tardará en morir desangrado, pero sus gritos seguro que han alertado ya a media casa; cosa por la que no le culpo, si estuviera en su lugar haría lo mismo. Hasta me da un poco de pena, pero poca.

Vamos corriendo hacia fuera y Alice lleva una maléfica sonrisa en su rostro, cuando se le borra de un plumazo. El Conejo Blanco aparece en la puerta de la habitación rodeado de hombres

armados. ¡Mierda!

Capítulo 9

El Conejo Blanco



No me puedo creer que por fin Alice esté en casa. He estado tantos años buscándola, preguntándome si estaría muerta y en caso de no estarlo, en qué tipo de mujer se habría convertido. Cuando Marcus me contó que la había encontrado y todo el imperio de narcotráfico que había creado mi princesa, casi lloro de la emoción. Ella ha seguido mis pasos, no podría estar más orgulloso y quiero pensar que la educación que le di es lo que la ha convertido en lo que es hoy en día.

Y no es solo que tenga una mente privilegiada para los negocios, tampoco que sea la mujer más bella que haya existido nunca, es que también es una letal asesina, su reputación la precede y es que es fría como el hielo. Menos mal que la encontré cuando aún era moldeable, de haber seguido con el desecho de su madre se habría convertido en un desperdicio humano. De ahí que me enfadara tanto la noche que su madre dijo que me quería abandonar, no lo podía permitir.

Aguanté a esa zorra drogadicta y borracha por mi pequeña Alice. Es más, aún la tengo por ella, aunque nunca fue una madre ejemplar sé que la quiere, lo único es que ahora es más manejable para mí.

Alice pronto también lo será. No tanto, no quiero que pierda del todo su chispa, entonces no sería mi chica.

Estoy tan nervioso por tenerla al fin que no voy a poder pegar ojo en toda la noche, me siento casi tan eufórico como cuando era apenas un adolescente y mi padre me dio un arma para que cometiera mi primer asesinato. La adrenalina golpea fuertemente contra mis sienes.

Por fin vamos a ser una familia, ella y yo. Tendremos nuestros propios hijos que serán perfectos, no puede ser de otra manera. Creo que me prepararé una copa y me fumaré un purito a ver si templo los nervios para conciliar el sueño, mañana será un gran día y quiero estar a la altura.

Sin embargo, no me da tiempo a servirme la bebida cuando uno de mis hombres irrumpe de

forma abrupta en mi dormitorio, por su expresión me da a entender que algo muy malo ha tenido que pasar.

—Señor —saluda de forma formal, saben que para mí es muy importante la educación, aun en momentos de crisis.

—¿Qué ocurre? —pregunto a la vez que le saludo con un gesto de la cabeza.

—Su hi..., su invitada está creando graves problemas entre nuestros hombres.

Es difícil de creer viendo lo pequeña y delicada que parece, pero sé que la enseñé bien, y aunque son mis hombres los que están sufriendo en sus manos, no puedo evitar que mi pecho se hinche con orgullo al confirmar en primera persona de lo que es capaz.

—Seguro que no es tan grave, vamos a ver qué ha hecho mi pequeña. Es bastante traviesa, de pequeña ya lo era. —Parece que mi hombre por un momento me quiere contradecir, pero se lo piensa mejor, me alegro. No tengo ganas de manchar mis paredes con su sangre.

Sigo a mi hombre de seguridad hasta la sala desde donde vigilan toda la mansión por las cámaras, seguramente quiere enseñarme algo. Espero que no me haga perder el tiempo, no quiero que desaparezca el buen humor que poseo esta noche.

Una vez allí toquetea uno de los ordenadores para mostrarme lo que ha ocurrido en la sala donde estaba Alice; mi princesa le ha arrancado literalmente un trozo de cuello a uno de mis hombres y se ha desangrado. Han noqueado al resto de hombres y han huido. Es algo bastante salvaje. Sin embargo, tengo que reconocer que verla actuar de esa forma me ha puesto duro de inmediato, me encantaría clavarle fuertemente dentro de ella mientras beso esa boca llena de sangre. Aunque ahora tengo que concentrarme en encontrarla.

Sacudo la cabeza para alejar el calentón de mi mente, algo difícil, creo que nunca he estado tan excitado en mi vida. Por eso sé que ella es la mujer de mi vida, siempre lo supe. Solo tenía que esperar a que creciera hasta convertirse en la gran mujer que es ahora.

—¿Dónde están? —pregunto impaciente por verla. Espero que estos estúpidos no la hayan dejado escapar o prometo que voy a realizar una auténtica carnicería.

—Aquí. —Mi hombre cambia de cámara y veo como Royer los ha encontrado y los ha llevado a punta de pistola de nuevo a la habitación donde estaban encerrados.

Lo que ocurre después me deja paralizado, Alice se pone de rodillas frente mi hombre el cual la encañona en la cabeza para que le chupe la polla. Le voy sacar las cuerdas vocales por el culo por eso.

Voy a salir para allá cuando la cara de placer de Royer cambia por una de auténtico dolor, mi princesa le ha arrancado su miembro de un mordisco. ¡Dios mío cómo la quiero! Voy a matar a todos los incompetentes de mis hombres, aquí la única que tiene algún valor es ella. Nunca he conocido a nadie con tantos cojones como mi princesa. Y aunque sé que aún no me acepta, es porque no sabe realmente lo que le conviene; pero en cuanto termine con ella, todo estará bien y estaremos juntos para siempre.

—Llama a los hombres y al Doctor, empezaremos hoy mismo el tratamiento —decreto y mi hombre obedece.

Voy rápido junto con los guardias a la habitación, cuando Alice me ve parece que ha vuelto a ser una niña y la he pillado con las manos en la masa haciendo algo malo. Está adorable y a la vez tan *sexy*. Espero que no pierda del todo su forma de ser, me mataría que no fuera realmente ella. Solo necesita unos retoques.

—Bueno, bueno, veo que no os podemos dejar solos. Iba a esperar a mañana para que descansaras, princesa, pero si espero posiblemente me dejes sin hombres. A ver, no me entiendas mal, creo que, si son unos incompetentes, mejor muertos, pero los necesito hasta que... digamos,

estés más receptiva. Luego te dejaré que hagas lo que quieras con ellos.

Ella me mira con una ceja levantada, se pone en pie y retrocede varios pasos antes de contestarme.

—Cuando dices receptiva, ¿te refieres a un muñeco de goma como has hecho con mi madre? —pregunta envalentonada, tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas por no ir y besar sus labios ensangrentados.

—No, querida, tu madre sabes que era una enferma; esta es la única manera de que no siguiera dañando su mente y su cuerpo. Ahora ella es más feliz así. Verás, te lo enseñaré. ¡Cogedlos!

Mis hombres se dirigen hacia ellos, que luchan, pero es una tontería, nosotros tenemos armas y ellos no.

—¿Dónde nos llevas? —pregunta Marcus.

La verdad es que a ellos no los necesito para nada, pero algo me dice que a ella le importan y los podría utilizar en mi propio beneficio. Al menos el motero, el otro la ha traicionado, no creo que confíe en él. Es más, se lo podía dar para que lo mate como regalo de compromiso.

Vamos al laboratorio donde nos espera el Doctor, ya tiene todo preparado cuando llegamos.

Tiene preparadas tres camillas, con sus respectivas conexiones a la máquina.

—Alice, bienvenida —la saluda el Doctor.

—¿Quién demonios es usted? Y ¿qué coño es esto? —pregunta forcejeando cuando mis hombres la tumban y la atan fuertemente para no tener más «imprevistos».

—Disculpa, no me he presentado, qué maleducado, es por los nervios. Estaba deseando conocerte y poder usar contigo mi mayor invento hasta la fecha. Me llaman el Doctor. Aunque le corresponde a tu padre presentarte este gran invento, ya que fue idea suya.

El hombre de pelo blanco me sonrío con su dentadura amarillenta para enfatizar sus palabras.

—Dice la verdad, gasté mucho tiempo y dinero en dar con alguien que consiguiera fabricar un aparato capaz de manipular la mente humana, hasta que di con él. La gente suele tener muchos escrúpulos sobre eso, pero el Doctor no. Es un chacal, por eso me gusta tanto. —Se vuelve hacia la máquina y continúa hablando—. Alice, este aparato se llama El País de las Maravillas en tu honor. Hice que lo llamaran así porque era tu libro favorito de niña. ¿Recuerdas? —me explica el Conejo Blanco feliz, como si tuviera que estarle hasta agradecida.

—¡Eres un puto tarado! ¿Lo sabes? No sé lo que intentas, pero no va a suceder. Conseguiré escapar y te mataré, te lo juro. —No puedo evitar sonreír, cuanto más rebelde es, más me gusta.

—Cariño, cuando termine contigo el Doctor, no querrás más que estar a mi lado. Incluso matarás a tus amigos, que estarán aquí esperando a que vuelvas.

—Hijo de puta —grita ella.

—No, de eso nada. Lo que le vayas a hacer a ella nosotros también lo pasaremos —afirma Marcus.

—Así es, no la dejaremos sola. Eres un psicópata, y te aseguro que, si conseguimos salir de alguna manera de esta, pagarás por todo lo que le has hecho a esta chica.

—Me encanta, es tan poético que los dos te quieran acompañar. Bueno, quizás nos sirvan luego de entretenimiento o como tus criados. —Me encojo de hombros—. Doctor, seguro que podrá solo hacer que se vuelva algo más dócil, pero sin perder su carácter, ¿verdad?

—Así es, confíe en mí, nunca le he fallado. Además, usted estará allí en todo momento de forma consciente para guiar que siga el camino correcto. Todo saldrá a pedir de boca. Ya lo verá.

Me siento en una silla que se reclina, yo no necesito ataduras, ya que voy a participar de forma voluntaria y consciente para conseguir los resultados deseados. El Doctor nos coloca a todos una especie de aro en la cabeza, del que se despliegan varias agujas que traspasan el cráneo y se

hunden en puntos estratégicos del cerebro. Todos gritan por el dolor, yo no, siempre me ha parecido algo estimulante, disfruto con ello. Acto seguido les coloca una vía por donde les irá suministrando unos medicamentos para obligarlos a dormir.

Veo como los tres se miran, parece que intentan retener esa visión en sus retinas por si no se vuelven a ver. Es enternecedor la verdad, bueno, lo sería si me importaran lo más mínimo. Al único que mi princesa tiene que mirar así es a mí, así que cuanto antes hagan efecto las drogas, antes dejarán de hacerlo.

—Chicos, gracias por acompañarme; y si no volvemos a vernos, quiero que sepáis que sois muy importantes para mí, los dos. No me imagino un mundo sin vosotros, así que, si hoy he de morir, no tengo miedo porque estoy con la gente que quiero estar.

Los hombres intentan forcejear una vez más contra sus ataduras, aunque se nota que ya han empezado a hacer estragos en ellos las drogas, la fuerza va desapareciendo de sus cuerpos.

—Ice, te quiero —le dice el motero antes de caer inconsciente.

—Alice, no dejaré que mueras, te lo juro. —Es lo último que puede pronunciar Marcus antes de seguir al otro.

Mi princesa es la última en caer y derrama una lágrima cuando lo hace.

Capítulo 10

Alice



Estoy en un bonito prado y el sol brilla, hace un día tan maravilloso que me tumbo sobre las flores y aspiro el olor. El pomposo vestido azul que llevo se esparce sobre la hierba dándome una apariencia de princesa.

Me he traído mi libro favorito para pasar la tarde mientras mamá hace lo mismo, pero el sol provoca que tenga pereza y solo quiera holgazanear de esa forma. Total, no hago daño a nadie. Así que cierro los ojos y dejo que los rayos calienten mi tez blanca. Creo que me estoy quedando profundamente dormida con el canto de los pajaritos, no existe un lugar mejor en el mundo, pero algo me saca de mi ensoñación.

Es como un repiqueteo, un golpecito suave pero constante. Abro los ojos mientras me coloco una mano en forma de visera para poder ver de qué se trata. Tengo que pestañear varias veces, ya que lo que veo no puede ser algo posible.

Enfrente de mí tengo un conejo que da con su patita nerviosamente sobre el suelo, hasta ahí vamos bien, es blanco y esponjoso, dan ganas de achucharlo; pero algo me dice que me he tenido que dormir porque el adorable conejito lleva un chaleco azul, con una chaqueta a juego que encaja perfectamente con su pequeño cuerpecito. Me mira atentamente como esperando algo.

No sé qué decirle a un conejo con un minitraje, la verdad, aunque sí es un sueño qué más da. Sin embargo, no me da tiempo a hablar, lo hace antes él, cosa que me deja de piedra.

—¡Ya se me hizo tarde, me voy, me voy, me voy! —grita mientras mira un reloj.

—No entiendo nada, ¿por qué se le puede hacer tarde a un conejo? —me digo más para mí misma que para mi acompañante peludo.

Abre tanto los ojos cuando ve la hora, que es casi cómico.

—¿No ves?, ¿no ves? Ya son más de las tres —vuelve a decir a voces mientras sale corriendo rápidamente a través de la hierba.

Pienso durante un segundo si debería seguirle o no, al final decido hacerlo; total, no creo que

haga daño a nadie si curioso un poco, es mi sueño, al fin y al cabo.

Me levanto y corro de prisa tras el esponjoso animalito al que tengo que mirar con cuidado de no perder de vista ya que es muy veloz.

Llega hasta un árbol muy grande y veo que se mete por un agujero, qué raro, los conejos no suelen hacer sus madrigueras en los árboles, pero nunca se sabe. Tengo que echar un vistazo.

Cuando llego hasta donde se ha metido veo que es bastante pequeño, aunque yo también, por lo que puedo adentrarme un poco para echar un pequeño vistazo. No creo que a nadie le importe, además el conejo parecía impaciente porque lo siguiera.

Me pongo de rodillas y entro por la hendidura que está muy oscura. Me parece escuchar al conejo correr, qué raro, no puede hacerlo en un sitio tan estrecho; pero cuando me meto un poco más mis manos dejan de palpar el suelo y caigo en picado.

No puedo evitar que un grito salga de mi garganta, la sensación de ingravidez es total, empiezo a caer al vacío y me regaño mentalmente porque mi curiosidad siempre me mete en serios problemas, ahora probablemente me mate.

Según voy cayendo voy viendo muebles que están suspendidos en el aire, entonces recuerdo que estoy soñando, por lo que no pasa nada; aunque caiga no me pasará nada. Veo que llego al fondo y, aunque no creo que sea real, no puedo evitar que mi corazón lata desbocado por ver tan cerca el suelo.

Pero justo antes de tocar fondo aparece una cama de la nada donde reboto y caigo plácidamente. Me quedo unos segundos tumbada calmando mi corazón desbocado, cuando caigo en buscar al conejo; si estoy en este apuro es por seguirlo. Seguro que él ha caído antes que yo, no quiero perderle la pista, así que de un brinco me levanto de la mullida cama.

Estoy en una especie de bosque, aunque no se parece en nada a donde me encontraba tumbada plácidamente tan solo un rato antes. Aquí las cosas son mucho más brillantes, incluso las plantas tienen colores raros. Algunas flores, por ejemplo, tienen el tallo morado y la flor verde. Es como el mundo al revés, aunque en el mundo de los sueños todo es posible.

Me parece verlo a lo lejos, al menos su peluda y pomposa cola blanca. Me apresuro para acortar el camino que nos separa. Dejo de verlo cuando se mete en una arboleda frondosa, en ese sitio incluso cuesta que entre la luz del sol debido a la espesa vegetación. Me paro un momento, tengo la respiración agitada por la carrera.

Miro en todas las direcciones para saber por dónde seguir ahora, pero no veo ni rastro del conejo.

—¿Señor conejo? ¿Dónde está? —Quizás parece tonto que le llame, pero si un conejo lleva traje y puede hablar, evidentemente también me puede contestar.

No obtengo respuesta, me giro y suelto un grito cuando enfrente de mí tengo a dos niños de más o menos mi edad. Son gemelos y, aunque se parecen, no sé por qué me da la sensación de que son totalmente distintos, qué raro.

—Hola, ¿habéis visto a un conejo corriendo por aquí?

—Oh, no, no, lo primero es presentarse, un apretón de manos y luego decir tu nombre. —Cada uno de ellos me toma una mano dando énfasis a lo que han dicho.

Qué raros que son.

—Está bien. Me llamo Alice, ¿y vosotros? —pregunto aún con mis manos sujetas; no es un contacto desagradable, es más bien reconfortante, familiar.

—¿Nosotros? —dice curioso uno de ellos.

—¿Quiere conocernos? —pregunta el otro asombrado.

—Claro, parecéis muy amables, por qué no iba a querer conoceros. —Sus sonrisas se

ensanchan, y tengo que reconocer que son los niños más guapos que he visto nunca. Cuando sea mayor quiero tener un novio como ellos.

—Somos Tweedledum y Tweedledee, encantados. —Y vuelven a apretar mis manos con entusiasmo.

—Encantada. Ahora, si me disculpáis, tengo que encontrar al conejo blanco.

—¿Por qué?

—Porque tengo curiosidad de saber dónde va tan rápido el conejo vestido.

—Mejor te podrías quedar con nosotros, podemos jugar a lo que quieras; al escondite, o quizás a esconder el botón. ¿Quieres?

—Me encantaría, pero ahora me tengo que marchar, si deajo que se aleje mucho nunca lo encontraré.

Me despido amablemente soltando mis manos y les dedico una sonrisa. Aunque hay algo dentro de mí que me dice que me quede con ellos, estoy metida en esto por seguir al conejo, así que tengo que encontrarlo.

—Hasta luego.

Cuando me voy a marchar los escucho cuchichear, pero en un tono alto para que yo los oiga.

—Es curiosa, las demás también eran curiosas y no les fue muy bien.

—¿Las demás? —Me giro de forma automática para preguntar.

—¿Qué? —pregunta uno de ellos, aunque para mí son diferentes no sé cuál es cada uno.

—Habéis dicho las demás, ¿a qué os referís?

—A nada, no hemos dicho nada. Pero quizás te podemos acompañar un ratito, así no vas sola; aquí nunca nada es lo que parece. ¿Tú que dices, Tweedledee?

—Nada es lo que parece, Alice, ¿quieres que te acompañemos?

Estos niños me están volviendo loca, dicen cosas que luego niegan haber dicho y responden mis preguntas con otras preguntas. Aunque si lo pienso bien, me sentiría más segura si me acompañan. La verdad es que después de ver que los animales hablan y que las plantas son de todos los colores menos de los que deberían, quizás sea lo mejor.

—Sí, me gustaría mucho que me acompañaseis.

—¡Bien! —Esta vez los dos hablan al unísono.

—¿Por dónde vamos? —pregunto, un poco sin saber por dónde seguir.

—Por allí —dice uno señalando a la izquierda.

—No, no, mejor por aquí —dice el otro señalando a la derecha.

Bueno, creo que en esto no me van a ser de mucha ayuda; así que tomo el camino del centro y ellos me siguen muy de cerca alegremente, como si fueran mis guardaespaldas, mientras entonan una canción.

No pasa mucho rato cuando encontramos un camino de adoquines color dorado. No sé a dónde pueden conducir, pero lo mejor que puedo hacer es seguirlo, a algún sitio me llevará. Mis compañeros de viaje no han vuelto a hablar, solo cantan bonitas canciones que me hacen aún más feliz por haber decidido que me acompañaran.

El camino me lleva hasta una casa rodeada por una valla de color blanco con una puerta rosa. La casa es preciosa, de dos pisos y de colores pastel, con bonitas ventanas en color blanco y cristales impolutos.

Estoy admirando las vistas cuando por la puerta de madera de la casa sale el conejo blanco dando voces. Menos mal, ya había perdido la esperanza de encontrarlo. Al principio no lo escucho bien, pero él se va acercando a mí.

—Mari Ann, ¡qué demonios estás haciendo aquí! Corre inmediatamente a la casa y tráeme un

par de guantes, los he perdido con la carrera, si llego sin ellos me cortarán la cabeza.

No sé por qué no le corrijo, lo veo tan preocupado y triste que salgo corriendo en dirección a la casa para ayudarlo a encontrar lo que me ha pedido. Ni siquiera me paro a decirle que no me llamo Mari Ann; seguramente me ha confundido con su criada, eso es por los nervios.

No me fijo si mis amigos me siguen, pero creo que no, ya no oigo las canciones tras de mí. Bueno, me apresuraré, le traeré lo que me ha pedido y así le podré preguntar a dónde se dirige con tanta prisa. Quizás me deje que le acompañe.

Entro por la puertecita de la casa, que está abierta, y subo corriendo las escaleras de caracol que me llevan hasta el piso de arriba. Es un espacio abierto, toda esa planta es un bonito dormitorio con una cama pequeñita para el conejo.

Rebusco entre los cajones hasta que encuentro un par de guantes blancos, se va a poner muy contento cuando se los lleve. Junto a la cómoda encuentro una caja de pastitas, y en ese momento mi tripa ruje de hambre, hace ya muchas horas que no como. Son muy pequeñas, pero bueno, si cojo una no se dará cuenta. Cuando me la acerco a la boca veo que tiene algo escrito: «Cómeme». Bueno eso es señal de que tengo que hacerlo.

Así que de un solo bocado me la meto en la boca. Cuando termino de tragar la pasta, que está deliciosa, oigo que el conejo me llama a gritos desde fuera de la casa; bueno, más bien, llama a su criada. Voy a bajar cuando algo muy extraño me empieza a ocurrir, mi cuerpo empieza a crecer y a crecer sin parar, hasta que mi cabeza sale por el techo de la casita y mis piernas por las ventanas de la planta de abajo.

El conejo, que ve eso, se pone a gritar como un loco.

—¡Dios mío! Un monstruo, un gigante en mi casa. ¡Dodo, Dodo!

¿Quién será Dodo? ¿Es que no ve que no soy un monstruo? Que soy yo.

—¿Qué ocurre, amigo? —pregunta la voz del que tiene que ser el tal Dodo.

—¡Mira, un gigante, un monstruo! —grita de nuevo el peludo blanco.

—¡Oh, sí! Realmente tienes a un gigante metido en tu casa, pero no te preocupes, tiene fácil solución.

—Ah, ¿sí?

—Sí, claro, lo sacaremos por la chimenea.

—¿Por la chimenea? —pregunta el conejo incrédulo.

—Claro que sí. Bill, ven aquí.

Veo acercarse al tal Bill, que es una lagartija con ropa de deshollinador y una larga escalera.

—¿Me ha llamado, jefe? —pregunta risueña la lagartija.

Yo miro todo horrorizada. ¿Cómo piensan sacarme por la chimenea? Eso es imposible, no entro.

—Sí, Bill, tú has entrado alguna vez en una chimenea, ¿verdad? —pregunta Dodo que, ahora que lo miro bien, me doy cuenta de que es un pájaro.

—Claro, ese es mi trabajo —contesta orgulloso.

—Perfecto. —Se lo lleva y coloca la escalera—. Ahora súbete por esa escalera y saca al monstruo de los cabellos rubios.

—Claro, yo saco al monstruo de los cabellos rubios. —Cuando sigue subiendo y me ve baja corriendo y chillando como un loco—. No, no, mejor no lo sacamos.

Dodo lo coge según llega al suelo y lo carga en brazos, a la vez que sube con él las escaleras.

—No te preocupes, subiremos juntos. Solo tienes que entrar por la chimenea, coger al monstruo y sacarlo. Esto puede ser lo más importante de tu carrera, ¿no crees?

La lagartija se queda unos segundos pensando y después vuelve a sonreír inocentemente.

—Sí, tiene razón.

No le da tiempo a decir nada más porque Dodo ya lo ha tirado por el agujero. El hollín entra como una avalancha por la chimenea y me da de lleno en toda la nariz, lo que hace que me pique muchísimo. No puedo soportarlo, voy a estornudar. Lo hago, y es tan fuerte, que el pobre Bill sale volando despedido hacia el cielo.

—Bueno, tendremos que tomar otras medidas más drásticas —propone Dodo mientras se rasca pensativo la barbilla.

—Sí, lo que sea. Pero rápido, voy a llegar tarde.

—Tenemos que... quemar la casa, eso es, le prenderemos fuego.

—¡Oh, no por favor! —grito desde el tejado.

—Eso, quemar la casa —afirma el conejo hasta que se da cuenta de lo que ha dicho—. ¿Cómo que quemar mi casa?

—Sí, sí —Dodo está totalmente convencido, tanto que empieza a romper muebles para hacer leña.

Me van a prender fuego, no puede ser. Voy a morir en casa de ese conejo por haberlo seguido. Dicen que la curiosidad mató al gato, pero en este momento me va a matar a mí. Tengo tantas ganas de llorar, y no veo a mis amigos por ningún lado. ¿Qué les habrá pasado?

Empiezan a prender fuego a todo, y ya casi no puedo aguantar más las lágrimas. Pero en ese momento mis salvadores aparecen, suben la escalera rápidamente hasta llegar a mí.

—¡Alice, Alice! Pensábamos que no llegábamos a tiempo. Tienes que comer esto, corre. —dice uno de los gemelos.

—Pero me da miedo comer y crecer más —contesto medio llorando.

—Te prometo que no será así, nosotros nunca te fallaremos, te lo juro —me dice el otro.

Y no sé por qué, pero estoy segura de que dicen la verdad. Así que abro la boca sin dudar y dejo que me pongan lo que me traen dentro. Engullo lo más rápido que puedo ya que las llamas empiezan a calentar mis pies.

Y sin más demora empiezo a encoger hasta que vuelvo a mi tamaño habitual. Me toco todo el cuerpo para asegurarme de que es real. Todo gracias a mis amigos.

El conejo loco me va a escuchar, de poco me quema viva, yo a él no le he hecho nada.

Salgo enfurecida de la casa para enfrentarme a él. Lo veo mirando su reloj y gritando como un loco.

—¡Dios mío!, ¡qué tarde es! Me voy, me voy, me voy. Estoy acá teniendo que estar allá.

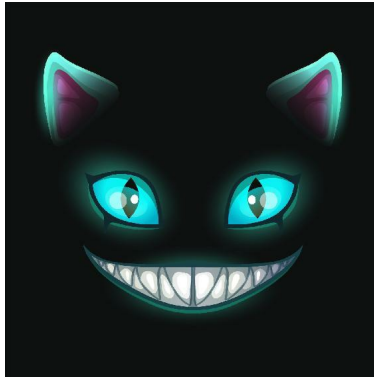
Y sin darme tiempo a decirle todo lo que opino de él, sale corriendo como un loco y se adentra en el bosque de nuevo. Este me va a escuchar, ahora lo perseguiré para decirle lo mal que me cae y lo desagradable que es.

—Vamos, chicos.

Y a mi lado ya están mis fieles amigos.

Capítulo 11

Alice



Nos internamos en el bosque y no puedo evitar darme cuenta de que los distintos tipos de flores me miran y sonríen. Otras entonan bonitas canciones, me encantaría quedarme a hablar con ellas, pero no puedo retrasarme más, tengo que arreglar las cosas con el conejo y después pedirle que me diga cómo volver a casa; si no mi madre se preocupará y no quiero que lo haga.

Llegamos a un árbol inmenso lleno de carteles de direcciones. De nuevo estoy perdida, no sé qué camino ha cogido el conejo y estoy cansada, no sé qué hacer.

Entonces empiezo a ver luces de colores a mi alrededor y oigo una voz que canta, pero no veo a nadie. Los chicos también miran en todas direcciones para saber de dónde viene.

—¿Buscabas algo? —Me giro y en la oscuridad de un árbol, veo una sonrisa inmensa y blanca.

—Yo, yo solo estaba...

—No te preocupes. —En ese momento aparecen dos ojos y poco a poco va haciéndose visible un cuerpo de gato.

—¿Quién eres? —le pregunto sorprendida.

—Solo soy un gato risón. ¿Y tú?

—Yo soy Alice, encantada.

—Pero no eres la misma Alice, ¿verdad? —me pregunta mientras con su cola se rodea y hace que su cuerpo aparezca y desaparezca.

—¿Te refieres a que he crecido y luego me he hecho pequeña? —pregunto intrigada.

—¿Crees que el ser grande o pequeña, te hace ser distinta?

Lo que me dice me hace pensar por un momento en sí, cuando creces o te haces más pequeño, cambias.

—No, creo que no. Solo cuando cambias o te haces mayor eres distinto, y aun así creo que nunca llegas a ser distinto del todo. —No sé si me habrá entendido, porque casi ni yo me entiendo.

—Entonces no me refiero a eso. Pero no te lo puedo decir, tienes que adivinarlo tú, o mejor dicho recordarlo.

—¿Recordar? —La verdad es que tengo todo el rato esa sensación de que se me está olvidando algo, pero además una cuestión muy importante.

—Sí, pequeña.

No creo que me vaya a decir más de lo que me dice, así que decido seguir con mi búsqueda para ver si puedo volver a casa. Quizás se me ha olvidado hacer algo allí y por eso tengo esa sensación que me atenaza el estómago.

—Señor gato, ¿me podría decir por favor por dónde se fue el conejo?

El gato da una voltereta en el aire, es como si para él no existiera la gravedad, y me mira luego atentamente.

—¿Seguro que es lo que quieres? ¿Quieres seguir al conejo blanco, Alice?

—Sí, sí que quiero. Hasta que no lo encuentre no podré volver a casa y estoy segura de que algo se me ha tenido que olvidar hacer allí.

—A veces el mejor camino en la vida es retroceder, pero si quieres seguirlo, deberías ir por allí —me contesta señalando un camino. La verdad es que es muy enigmático, pero cada vez que pienso en sus palabras, algo tira de mi mente, es como si dentro de mí estuvieran todas las respuestas que él me da.

—Gracias, señor gato.

—Aunque quizás no se fue por ahí, a lo mejor deberías preguntar al Sombrerero Loco, querida. —Me señala un cartel que pone Sombrerero Loco.

Oír esa palabra hace que se me pongan todos los pelos del cuerpo de punta.

—No quiero tener nada que ver con locos —digo sin pensar.

—Bueno, a veces los locos son los más cuerdos, y estoy seguro de que él te podrá ayudar mucho en tu búsqueda, dulce Alice.

—Deberíamos ir, Alice —me dice uno de los gemelos.

—Sí, yo también lo creo —secunda el otro.

La verdad es que no tengo ganas de juntarme con ningún loco, no sé por qué, pero la mera palabra ya me da escalofríos; pero el gato sin duda sabe cosas que yo desconozco. Así que me guste o no tendré que ir y enfrentarme a mis miedos.

—De acuerdo iremos. ¿Le volveré a ver, señor gato?

—Siempre que me necesites. —Se toca la cabeza—. Piensa en mí y allí estaré.

Sin más desaparece en la oscuridad. Qué raro es todo en este mundo.

—Vamos, amigos, vayamos a ver al Sombrerero Loco.

Los dos hermanos me abrazan para reconfortarme y, aunque siento el frío calando mis huesos, tengo que admitir que da resultado. Me gusta que estén conmigo.

Seguimos el camino que indica el cartel que nos llevará a conocer a un nuevo personaje de este mundo tan disparatado. Sigue haciendo sol, pero juraría que llevo ya muchas horas aquí, debería ser ya de noche, o incluso haber amanecido un nuevo día, aunque aquí nada parece funcionar como en mi mundo.

Camino de la mano de mis amigos, eso me hace sentirme bien y feliz, a la par que protegida. Cuando llevamos un rato caminando empezamos a escuchar una voces y gritos de júbilo.

Nos acercamos más al lugar de donde provienen esos ruidos y vemos una casa muy similar a la del conejo, solo espero no correr la misma suerte. Miro a mis amigos esperando alguna reacción sobre lo que opinan. Y entonces descubro una pequeña diferencia entre ellos. Cuando los observo con detenimiento uno de ellos se sonroja y el otro saca pecho. Me hace gracia, no puedo evitarlo, pero ahora tengo una manera de diferenciarlos.

—¿Me podéis decir ahora vuestros nombres? Por favor.

Ellos me miran algo sorprendidos, incluso algo dolidos porque no sepa cómo se llaman, quizás es eso, pero creo que a partir de ahora sabré diferenciarlos.

—Yo soy Tweedledum —me dice el que saca el pecho de forma valiente.

—Y yo Tweedledee —contesta el tímido.

—Genial, ahora no os volveré a confundir, os lo prometo.

Me acerco a ellos y les doy a cada uno un suave beso en sus mejillas, cosa que creo que les

gusta porque ensanchan sus sonrisas.

—¿Seguimos? —les pregunto y ellos afirman con la cabeza.

Andamos hasta la puertecita de entrada al jardín de la casa. No esperamos a ser invitados, solo pido que no nos metamos en más líos, no sé si lo soportaré sin ponerme a llorar como una magdalena.

Rodeamos el jardín hasta que encontramos de dónde viene toda esa fiesta que están montando. Encontramos una mesa tan larga que en ella podrían sentarse más de quince comensales, aunque solo dos sillas están ocupadas. Hay un conejo trajeado con largas orejas que tiene hacia abajo y un hombre con el pelo muy alborotado y un sombrero de chistera.

El traje de los dos es de un color muy llamativo; o les da igual lo que piensen los demás sobre sus pintas, o realmente están fatal de la cabeza. Espero que sea la primera opción y que no sea tan malo como mi mente calcula.

Me acerco un poco temerosa, hablan pegando muchas voces y sus risas son totalmente histéricas.

—Buenas tardes. —Imagino que es por la tarde— ¿El Sombrerero?

El conejo abre tanto los ojos que parece que se le van a salir de las orbitas, parece que es algo asustadizo y no le gustan las visitas. Sin demorarse saca de una de las teteras un pequeño ratón que va armado con una miniespada y me apunta valientemente, teniendo en cuenta que soy como mil veces más grande que él.

—¡Quieta ahí, señorita, o sufrirá a manos de mi espada! —me amenaza el pequeño roedor. Y prometo que intento evitarlo, pero me río.

—Liebre, ¿has visto qué desfachatez? Se está riendo de nosotros.

—Ya veo —contesta la liebre muy ofendida.

—No, de verdad, lo siento, no era mi intención. Solo es que se ve tan adorable con su pequeña espadita y su traje de guerrero, pero nunca me reiría de nadie aposta.

Los dos me miden con la mirada de arriba abajo pensando si creerme o no, cuando por fin parecen ceder; al menos un poco.

—¿Quién eres? —pregunta la liebre.

—Me llamo Alice, y estos son mis amigos Tweedledum y Tweedledee, hemos venido a ver al Sombrerero —omito la parte del «Loco», si fuera él no me gustaría ese tipo de apelativo.

—Si queréis ver al Sombrerero Loco tenéis que quedaros a tomar el té, es de mala educación no hacerlo —nos dice el ratoncito.

Me da bastante miedo comer o beber algo en este mundo por si vuelvo a cambiar de tamaño, pero no quiero ofender más a nuestros anfitriones.

—Por supuesto, sería genial tomar un té, ¿verdad, chicos? —Ellos se encogen de hombros como diciendo «si tú lo dices».

Liebre y ratoncito se ponen a dar saltos como lo que son, unos locos, mientras nos acompañan a tomar asiento en la mesa.

—¡Sombrerero, Sombrero, tenemos visita a tomar el té!

El hombre se gira para mirarnos, solo que no es un hombre, es una mujer. Tiene los cabellos rubios, de un color más oscuro que el mío, cortos y muy enmarañados, y unos grandes ojos azules, que lleva exageradamente pintados de colores morados. Cuando me ve ensancha mucho la sonrisa, como quien ve a alguien a quien lleva mucho tiempo esperando. Es raro, pero yo también siento una sensación familiar que revolotea en mi estómago al mirarla. Todo en aquel mundo me lo parece, pero claro, debe ser lo normal; si al final todo se trata de un sueño creado por mi mente, me lo tiene que parecer.

Voy a darle la mano cuando ella me sorprende y me coge entre sus brazos.

—Hola, Alice, has tardado tanto tiempo en venir a verme —me dice y yo me quedo paralizada entre sus flacuchos brazos.

—Usted... Usted, ¿me conoce? —pregunto algo insegura.

—¿Tú no te conoces? —pregunta ella a su vez.

Ya estamos otra vez con más incógnitas a mis preguntas, me van a volver loca en este lugar.

—Yo sí, claro que me conozco. La cuestión es que usted ha dicho: «Hola, Alice, has tardado tanto tiempo en venir a verme». Si dice eso es porque me tiene que conocer de algo.

—¿Yo? No, yo solo soy un Sombrerero Loco. ¿Quieres un té? —La alegría ha abandonado su bonito pero maltrecho rostro.

Sé que me está mintiendo y necesito que me cuente la verdad, por lo que voy a intentar seguirle el juego.

—Claro, eso sería genial. —Le dedico mi mejor sonrisa y ella me coge de la mano y me acompaña a la silla que está junto a la suya para que me acomode.

Toma asiento y, en una taza rota por varios sitios, va a servirme el humeante brebaje de la tetera, pero cuando la inclina no sale nada. Esto es de locos.

—Sopla, querida, no te vayas a quemar. —Y mi cara es un poema. Realmente tiene que estar peor de lo que imaginaba, seguramente solo ha oído mi nombre cuando hablaba con el ratoncito y la liebre, no creo que me conozca.

Hago que soplo mi bebida inexistente y miro hacia donde están mis amigos conversando animadamente con los otros ocupantes de la mesa. Vuelvo a observar a la Sombrerera, que se mira distraída las mangas holgadas de su camisa que salen por su chaqueta.

No veo que esté por la labor de hablar, así que intento yo romper el incómodo silencio que se ha instaurado entre nosotras.

—Está delicioso el té, muchas gracias. Veo que tienen todo decorado muy bonito, ¿celebran algo? —Parece que mis palabras le gustan porque me mira de nuevo y sonrío.

—Sí, estamos celebran el no cumpleaños.

—¿Será el cumpleaños? —pregunto algo confundida.

—No, no, el no cumpleaños —me corrige muy segura.

—¿Y en qué consiste celebrar el no cumpleaños?

—Pues verás, tu cumpleaños es solo un día al año, pero aún te quedan 364 días para celebrar tu no cumpleaños. Así es más divertido, ¿no crees? —dice entusiasmada.

—La verdad es que, viéndolo así, tiene mucho sentido —le digo y parece que eso la pone muy contenta; el verla sonreír calienta mi corazón.

—Alice, ¿te quedarás con nosotros? Tengo una habitación para ti y tus amigos si quieres —me ofrece encantada.

—Qué amable eres, la verdad es que nos encantaría, pero no puedo. Estoy buscando algo, bueno, mejor dicho, a alguien. Quizás tú me puedas ayudar a encontrarlo.

Por un momento parece ponerse triste, pero enseguida se recupera cuando le digo que me puede ayudar.

—Claro, preciosa, ¿en qué te puedo ayudar? —se ofrece tan cariñosa.

—Pues verás, estoy buscando al conejo blanco, llegué a este lugar persiguiéndolo. Va corriendo con mucha prisa, así que ahora no sé dónde está.

Su semblante se va oscureciendo y atemorizando con cada palabra que pronuncio; no entiendo el motivo, pero me preocupa.

—¿Estás bien? —Dejo los formalismos a un lado y tomo su mano.

—Tienes que alejarte de él, no es lo que parece. Si le sigues acabarás como yo.

Pienso en sus palabras, ¿a qué se refiere cuando dice «como yo»? No lo sé, solo que está completamente atemorizada.

—¿A qué te refieres? Por favor me lo tienes que decir, me tienes que ayudar.

Ella mira a todos los lados asustada, como si alguien en aquel bosque nos pudiera escuchar. Se acerca a mí para susurrarme.

—Alice, no puedo contarlo, me destruiría; pero tienes que recordar, no eres la misma Alice. El conejo está en la corte de la reina de corazones, si vas allí perderás la cabeza, como yo la perdí.

Sus palabras me paralizan. ¿Será que desde entonces es el sombrero loco, porque le hicieron perder la cabeza? Y si sigo al conejo correré la misma suerte. Pero de otra forma, si no lo hago, no podré volver a casa, y empiezo ya a estar agotada de permanecer en este mundo sin sentido.

—Sé que lo que voy a pedirte es demasiado, pero por favor, ¿me podrías acompañar? Aunque sea peligroso, algo me dice que el conejo es el único que puede hacer que vuelva a mi casa. Y quiero salir ya de este maldito lugar.

Ella se levanta y se coloca junto a mí, me coge entre sus brazos y me arrulla.

—Aún a sabiendas de que puedo perecer, todos estos años me han dado tiempo para pensar, y no hay nada que no haría por ti, mi pequeña Alice; daría mi vida sin pensarlo. Total, también sería mejor que vivir en esta cárcel —dice tocándose la chistera.

¿Años? ¿De qué habla? Creo que en cierto modo ha perdido la cabeza y no se sitúa muy bien en el tiempo y el espacio. Aun así, la necesito, sé que es así. A todos ellos, no quiero perderlos.

Después de abrazarnos durante largo rato, mientras yo derramo lágrimas con la sensación de haber recuperado algo que había perdido hace mucho tiempo, nos ponemos en marcha. Hasta el pequeño ratoncito viene, armado con su espada en caso de tener que defendernos.

Capítulo 12

Alice



El camino se me hace bastante ameno, las risas y las bromas no paran de fluir, me siento como en casa y con mi familia. La verdad es que no recuerdo haberme sentido nunca tan bien, es como si no me faltara nada en el mundo, me encanta.

Noto cuando estamos acercándonos a nuestro destino ya que el cuerpo del Sombrerero se tensa a mi lado. Quizás sea imperceptible para los demás, pero para mí es palpable.

Miro al frente y puedo divisar el castillo que se cierne increíble frente a nosotros, es muy oscuro y da bastante miedo. Eso sí, los jardines que lo rodean son inmensos e impresionantes, todos llenos de rosas blancas. Por lo menos el aire está inundado de olor floral, cosa que no hace que el sitio parezca menos lúgubre.

—¿Estás bien? —le pregunto a la Sombrerera.

Ella me mira con sus grandes ojos azules que tanto me recuerdan a los míos. Parece que haría cualquier cosa antes que ir a ese castillo, y eso me encoge el corazón. Me está acompañando a un sitio al que parece atemorizarle ir, pero lo hace por mí. Tal vez deberíamos irnos y no mirar atrás, quizás lo debería hacer por mis amigos, no quiero que les pase nada, ellos están arriesgando su vida por mí, no es justo.

Pienso en las posibilidades que tenemos cuando ella se encoge de hombros e intenta ponerme su mejor sonrisa. Si no voy, nunca podré volver a mi casa, y vale que no es que tenga la mejor vida del mundo y que esta gente se ha convertido en una nueva familia para mí, pero este no es mi mundo.

Sin pensar en ello abrazo a la Sombrerera antes de girarme y dirigirme a todos mis nuevos amigos.

—Chicos, me habéis acompañado hasta aquí, me habéis protegido cuando os he necesitado de verdad, pero este sitio es peligroso, y lo mejor para todos es que siga este camino sola. Me alegra mucho haberos conocido, pero tengo que volver a mi casa, este no es mi mundo, y mi madre debe

estar muerta de preocupación en este momento. Así que lo mejor es que nos despedamos aquí.

Todos me miran con distintas expresiones en sus rostros, pero sin duda comparten mi pena.

—Nosotros vamos contigo, Alice. Como te dijimos haríamos cualquier cosa por ti, incluso dar nuestra vida por ti. —La frase la dicen los dos, un trozo cada uno. Esa debe ser la sincronización que dicen que comparten los gemelos, aunque para mí sean tan distintos.

Les sonrío y ahí está, mi chico que saca pecho y el otro que se sonroja, estoy deseando achucharlos, pero sé que los demás tienen algo más que decir.

Miro a la liebre y al ratoncito que me miran pensativos, pero el pequeño espadachín da un paso hacia mí para hablar.

—Nosotros también iremos, lo único que nos puede quitar la reina es la vida, ya nos lo quitó todo en el pasado. Antes nosotros vivíamos en el palacio y éramos gente de bien, ahora solo nos queda sobrevivir en el bosque como tarados; así que es hora de que alguien le dé su merecido. — Me pican los ojos ante las palabras de todos ellos, pero tengo que ser valiente como mis amigos y no flaquear.

Por fin me enfrento a la Sombrerera, que es la que más me preocupa. Entendería perfectamente que no viniera, su estado parece realmente delicado.

—Yo tengo mucho miedo, no te lo voy a negar. Yo vivía aquí junto a mis amigos y perdí la cabeza, de esa forma me podían tener bajo control. Gracias a que escapé y por lo menos queda algo de mi esencia aquí. —Se toca la chistera—. Sé que es posible que no salgamos con vida de esto, pero también sé que prefiero morir protegiéndote que quedarme asustada escondida en el bosque. Nunca más dejaré que nadie te dañe, Alice, te lo juro.

No puedo evitarlo y esta vez sí que me pongo a llorar, suena como si me quisiera, como si todos los hicieran. No dejaré que nadie les haga daño, aunque sea lo último que haga.

—Os juro, amigos míos, que haré todo lo que sea necesario para que no os pasé nada. Derrocaremos a la reina de corazones y todos podréis volver a tener vuestra vida.

Todos nos fundimos en un tierno abrazo, hasta el pequeño ratoncito se abraza a mi pie. Me seco las lágrimas con determinación y nos encaminamos hacia el castillo, hoy se decidirá nuestro futuro.

Según nos acercamos solo se escuchan los cuervos que sobrevuelan la fortaleza. Está rodeado por una fosa de color rojo con cosas flotando. No puedo evitar mirarlo curiosa. Sí, lo admito, es un gran defecto.

—Son cabezas, Alice, y lo rojo es la sangre de los que la han perdido —me confiesa la Sombrera.

Tengo que ahogar un grito que amenaza con abandonar mi garganta. Por favor, ¿quién podría hacer algo tan horrible? Aunque creo que tengo la respuesta.

—Pero si os cortó la cabeza, ¿cómo la tenéis sobre los hombros? —pregunto y me siento algo estúpida por no haber caído antes en ese detalle. Ya que lo que estoy viendo flotando en ese lago de sangre son cabezas.

—Aquí nada es lo que parece, Alice, aunque ella te corte la cabeza, lo que se queda realmente es tu cordura, tu alma, pero las nuestras no están aquí. Los tesoros los guarda en el salón del trono, son sus reliquias. Así puede mirarlos siempre que quiere y extraer de ellos recuerdos.

Me quedo pensando en lo que me ha contado la Sombrerera, quizás si solo les ha robado su cordura y su alma, si las libero puedan ser libres. De esa forma podrían volver a ser felices, y yo me iría a casa mucho más feliz y tranquila. Decidido que eso es lo que tengo que hacer, aparte de deshacerme de la reina. Parece fácil decirlo, claro, pero para una niña de doce años es algo bastante complicado. Aunque seguro que algo se me ocurre.

—Sigamos, todo va a salir bien. —Intento sonar convencida, realmente más de lo que me siento.

Voy mirando a todas partes, es raro que un castillo no esté custodiado por guardias por todos los lados. En un sitio normal nos habrían visto desde kilómetros de distancia y posiblemente ya estaríamos metidos en las mazmorras, pero aquí no, aquí nadie ha salido en nuestra búsqueda.

Llegamos a un puente levadizo, que sirve de entrada en la muralla del gran castillo negro. Caminamos por él pendientes de todo por si nos atacan en cualquier momento, pero nada sucede, es como si quisieran que llegáramos hasta allí.

En los jardines vemos a unos hombres que no parecen soldados, más bien parecen siervos vestidos con harapos. Están pintando las rosas blancas de rojo, pero la pintura que utilizan es demasiado líquida por lo que nunca quedan cubiertas. Es algo muy extraño.

—Es sangre, la reina pone a sus presos por toda la eternidad a pintar las rosas con la promesa de que si se vuelven rojas se podrán ir, pero la sangre no es lo bastante consistente para cubrirlas, por lo que nunca serán libres. Su crueldad no conoce límites. —me cuenta la liebre.

Ellos conocen el camino, así que solo tengo que seguirlos. Caminamos juntos, es como si de alguna manera, así nos pudiéramos proteger de lo que se nos avecina.

—¿Y no tiene guardias? Me sorprende que un castillo tan grande no esté custodiado —pregunto inquieta intentando hablar de algo, aunque intento hacerlo en voz baja.

—Solo unos pocos y siempre están en la sala del trono. Llegaremos hasta allí sin problema, luego lo que suceda ya es otro cantar —cuenta el ratoncito y yo trago saliva pensando en lo que nos espera.

Una vez dentro del castillo vemos que es aún más siniestro que por fuera. Parece como si la luz del sol se negara a entrar en ese lugar, aunque los ventanales van hasta los altos techos y están impolutos. El aire huele a rancio, a húmedo, a cerrado, es como pegajoso; ojalá salgamos rápido de este sitio.

No se oye nada y eso me preocupa casi más que si se escucharan gritos retumbando por las paredes, eso al menos iría acorde con lo inhóspito que es.

Seguimos andando por un pasillo de piedra, lo único que se escuchan son nuestras pisadas. Al final del mismo se encuentran dos grandes puertas que se elevan hasta el techo, de madera, pero teñidas de rojo. No sé qué manía tiene esta mujer con dicho color, pero se lo debería hacer mirar.

Cuando llegamos junto a ellas, todos nos miramos, como esperando a ver quién es el valiente que da el primer paso. Creo que lo justo es que lo haga yo, ya que soy la que ha insistido en venir hasta aquí.

Coloco mis pequeñas manos sobre esas puertas tan inmensas y empujo, nada sucede, pesan demasiado; una cosa es querer hacerlo y otra muy distinta poder. No sé por qué pensé que se moverían sin más cuando yo las tocara.

Mis amigos no tardan en unirse a mí en mi intento de abrirlas y juntos lo conseguimos.

La sala del trono es aún más oscura que el resto del castillo, pero la tienen toda llena de candelabros de pie para intentar alumbrar un poco. Una gran alfombra se extiende desde nosotros hasta el trono y, haciendo pasillo a ambos lados, están varios soldados armados.

No son muchos, pero claro son muchos más que nosotros, que no tenemos ni armas y la mitad somos niños.

—Esperad detrás de mí —les ordeno.

Voy andando despacio, no quiero llegar tan cerca como para que uno de los guardias me pueda atrapar, pero sí quiero poder mirar a los ojos a la que ha hecho daño a mis amigos. Y a su amigo el conejo que veo que está junto a ella en el trono.

Pero según voy andando la sorpresa crece más y más. Como sucedió con el Sombrero Loco, que no era un hombre sino una mujer, la Reina de Corazones no es una mujer; es un hombre de pelo canoso y sonrisa amarillenta. Automáticamente todos los pelos de mi cuerpo se erizan, no lo conozco, pero hay algo en él que me dice que huya todo lo rápido que pueda y que no mire atrás nunca.

Todos me observan acercarme, pero ninguno mueve un solo músculo; quieren que esté aquí, me esperaban.

Mis amigos se mantienen cerca de mí, pero detrás, tal y como les he pedido. Noto que están alerta por si tienen que defenderse, no morirán sin luchar.

—Querida Alice, por fin has venido, pensé que nunca llegarías —me dice el Rey de Corazones enseñando más dientes de los que me gustaría ver.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué me esperabas si se puede saber? Yo no te conozco de nada —pregunto con cierta repugnancia, no me gusta nada ese tipo, no me fío nada de él.

—Porque este es tu hogar, nunca debiste irte, aquí está tu familia. Pero lo vamos a solucionar, te quedarás aquí para siempre.

—Estás más loco que la gente a la que le robas la cordura, esta no es mi casa y nunca lo será. Yo voy a volver a mi hogar en cuanto ese conejo blanco me lleve de vuelta —increpo.

Miro disimuladamente donde están los trofeos del Rey de Corazones, quizás solo tengo que romper las urnas de cristal que los contienen para liberarlos, pero no estoy segura de ello. ¿Cómo estarlo? Pero entonces creo que hay alguien que sí puede ayudarme. El gato risón, él me dijo que si lo necesitaba alguna vez, solo tendría que pensar en él. Así que eso hago, pongo mi mejor cara de póker para que el resto no me lo note y le llamo.

«Risón, ¡te necesito, ven por favor!». No sé si funcionara, pero si algo he aprendido en el tiempo que llevo en este mundo de locos, es que todo es posible. En unos pocos segundos empieza a aparecer delante de todos, pero es como medio transparente y parece que soy la única de los presentes que puede verlo.

«Dime, pequeña Alicia», dice mientras acaricia a la gente con su cola medio transparente. Tengo que aguantar las ganas de reírme al pensar que no son conscientes de lo que yo veo. Quizás yo también he perdido la cabeza.

«Necesito tu ayuda, quiero ayudar a mis amigos. Si libero sus cabezas de los cristales donde están metidos, ¿serán libres?»

Él me mira y su sonrisa refulge como si fuera fluorescente.

«Pequeña Alice, con todos los problemas que tienes ahora mismo y lo que te preocupa es salvar a tus amigos. Pensé que con los años habías aprendido a no querer a nadie para que así nunca pudieran llegar hasta ti. Y mírate, de nuevo tienes doce años y te tienen contra las cuerdas porque te has permitido volver a querer».

«No sé por qué dices todo eso, gato, pero ¿qué sentido tiene si no la vida sin amor? ¿Si no eres capaz de entregar tu vida por la gente que amas? Si me vas a ayudar dime, si no márchate, ya tengo bastantes problemas».

Él se ríe, su risa parece retumbar por todas las paredes de piedra, aunque nadie lo escuche. Y me enfada que encima se esté burlando de mí.

«No me río de ti, Alice, solo es que todas las respuestas que buscas están dentro de tu cabeza, solo tienes que sacarlas; y para ello tienes que desenmascarar al Conejo Blanco. Él es la clave. Pero hazlo rápido, ya vienen a por ti».

Y en ese momento veo cómo se abalanzan a por mí los guardias, pero mis amigos se interponen antes de que lleguen a cogirme.

Tengo que darme prisa o los matarán a todos.

Capítulo 13

Alice



Todo pasa como a cámara lenta, aunque seguramente no esté sucediendo de esa manera.

Los guardias van a por mis amigos con sus armas alzadas y los de mi bando van con las manos vacías, menos el ratoncito; cosa que no me consuela mucho, la verdad. Mientras tanto se oyen los gritos del monarca que ha perdido su palidez y ahora parece a punto de explotar de lo rojo que está.

—¡Que le corten la cabeza! —Y sin duda con eso se refiere a mí. Tengo que darme prisa, no sé cuánto tardarán en alcanzarme.

Me dirijo corriendo al lugar donde están las cabezas embotelladas, la primera que tengo que recuperar y que me llama la atención por encima de las demás, es la de la Sombrerera. El envase es muy grande y pesa mucho por el líquido que contiene, aun así, saco fuerzas de donde no las tengo para cogerlo.

Cuando estoy a punto de conseguirlo noto como algo se cuelga de mi pierna y me clava las uñas. Miro para abajo sorprendida y veo que es el maldito conejo, el mismo que me ha metido en todo este lío.

Como puedo zarandeo la pierna intentando liberarme de su agarre, si no al final caeré al suelo y no podré llevar a cabo mi plan.

En una de las sacudidas consigo lanzar al vuelo al conejo que se golpea con la pared y se le abre la chaqueta. Cuando ocurre esto deja al descubierto una camisa con el dibujo de un naipe, el de un as, el as de corazones para ser más exactos. En ese momento me mareo y siento que todo empieza a dar vueltas.

Aunque intento sostenerme es imposible, y el bote con la cabeza de la Sombrerera sale disparado en dirección al suelo, causando un gran estruendo cuando impacta contra él y se rompe. El líquido que la guardaba moja mis pies cuando el conejo y el rey empiezan a gritar alarmados.

—¡Cogedla! —gritan llenos de preocupación.

Entonces la Sombrerera empieza a desaparecer de esta habitación. Pero antes de irse me mira con lágrimas en los ojos y me dice «gracias»; aunque no se la oye, solo lo pronuncia con los labios.

Todo se nubla en mi mente, entonces empiezan a pasar imágenes por mi cabeza, el Conejo Blanco, no el peludito mono de traje, mi padrastro, cada una de las veces que me jodió la vida. Es realmente el mismo que me ha traído hasta aquí, el que le hizo daño a mi madre.

¡Oh, mi madre! ¡Dios, mi madre! Me fui de casa dándola por muerta y la dejé con el diablo que aprovechó mi ausencia para quitarle su voluntad y su cordura. Ella es la Sombrerera Loca, por eso me era tan familiar. Los recuerdos pasan ahora por mi mente como si los pudiera revivir de nuevo: cómo la he abrazado, su preocupación por mí, cómo me ha defendido delante de los guardias y del monstruo que más teme en la vida, sus palabras están grabadas a fuego en mi alma: «Aún a sabiendas de que pueda perecer, todos estos años me han dado tiempo para pensar y no hay nada que no haría por ti, mi pequeña Alice; daría mi vida sin pensarlo». Por fin es mi madre, la madre que siempre quise tener.

Mientras mi mente divaga recuperando todos los recuerdos que me habían sido robados, los soldados aprovechan el momento y me agarran, pero me da igual. He salvado a mi madre; quizás ahora tenga la oportunidad de salvarse, de ser feliz, la que nunca tuvo realmente.

En ese momento mi cuerpo empieza a cambiar, noto cómo me desarrollo, cómo me vuelvo una mujer y mis amigos también. Tweedledum y Tweedledee son realmente Tímido y Marcus, mis chicos. ¡Dios, cómo los quiero! Me han ayudado y seguido durante todo este camino de locos. Tengo que salvarlos, no puedo dejar que mueran por nada.

Pero no son los únicos que cambian, el Conejo Blanco, As, también está volviendo a su forma original.

Intento liberarme del agarre que me tiene oprimida, lo mataré con mis propias manos, ya no soy la niña de doce años, ahora soy de nuevo Ice, la dura asesina sin corazón.

El monarca es el Doctor, por eso me sonaba tanto, y está aquí para arrebatarme mi voluntad y mi cordura como a mi madre, pero antes muerta.

Los guardias me arrastran hasta el trono, yo giro mi cabeza para ver a los chicos, a los cuales han reducido en el suelo no sin que antes hayan recibido unos buenos golpes; al final van a tener complejo de saco de boxeo

—Chicos, gracias por venir conmigo, os quiero tanto... Ojalá tuviera tiempo para demostrároslo —confieso y me duele el pecho solo de pensar que no los volveré a ver.

—Nosotros a ti también, Alice. Todo va a salir bien, saldremos de aquí, te lo juro —me promete Marcus mirándome con sus ojos azules llenos de amor.

—Así es, Ice, te trataremos como la princesa que eres, nadie nunca más te volverá a dañar. Yo también te lo juro. Te amamos con toda nuestra alma, hoy y siempre. —Esta vez es Tímido el que me abre su corazón y las lágrimas corren por mis mejillas.

Este viaje, aunque siniestro y doloroso, me ha servido para darme cuenta de que amar no es malo, que mi corazón no está tan roto en pedazos como para no poder hacer hueco a la gente que me quiere. Ahora solo falta que podamos sobrevivir para que sea capaz de devolver un poco de todo lo que me han dado.

Me obligan a arrodillarme frente a As y al Doctor, aun así, levanto orgullosa la cabeza. A mí nadie me va humillar nunca más, el miedo que le he tenido a este hombre durante tanto tiempo ahora se ve superado por el odio que siento hacia él.

—Mi pequeña Alice, aunque no me creas esto no ha salido como yo quería. La idea era que vinieras y quisieras quedarte en casa por tu propia voluntad, con tu familia. Juntos formaríamos un

gran equipo.

—Eres un puto enfermo, tú nunca fuiste nada mío. Mi familia son ellos y mi madre, para mí estabas muerto desde el mismo día en que me fui de tu casa para no volver —le digo con toda la rabia que recorre mi cuerpo. Parece que mis palabras le hacen daño de alguna manera, al menos no parece el mismo hombre impasible de siempre.

—Pues menuda familia te has buscado, Alice. Tu madre una puta yonqui, borracha, que se prostituía por una dosis. Nunca te quiso, ¿cuándo te vas a dar cuenta? Si yo no hubiera aparecido en tu vida habrías acabado como ella, o peor, quizás ahora estarías muerta en una cuneta a manos de algún chulo de tu madre.

Sus palabras me hacen daño, y él lo sabe. Me las dice porque sabe cómo me van a afectar, pero no le voy a dejar que me hiera nunca más. Mi madre me quiere, lo sé, solo estaba enferma. Ahora soy una adulta y lo entiendo, nunca dejó de quererme, solamente tenía un problema con el que una niña no podía ayudarla. Pero él, que sí podía, nunca lo hizo porque no le interesaba. La necesitaba débil, dependiente, porque de esa manera me controlaba a mí que siempre fui realmente a la que ansiaba.

—Oye, Conejo, ¿vas a terminar? No sé si tu idea es matarme, pero me estás matando de aburrimiento, prefiero que me hagan un mal *cunnilingus* a tener que aguantarte. —Intento seguir poniéndolo nervioso, quizás de esa manera consiga que cometa una estupidez y liberar a mis amigos.

Un tic nervioso aparece en su mandíbula, pero lo controla estratégicamente para no perder los nervios. Qué cabrón más listo. Pero nadie es perfecto, y yo he aprendido a tener mucha paciencia. Dicen que la venganza se sirve en plato frío, pues yo lo he dejado enfriar demasiado tiempo.

—¿Y estos dos despojos? ¿No me dirás que los prefieres antes que a mí? Un motero tatuador y un mercenario. ¿Qué pueden darte ellos, Alice? Aparte de echarte un polvo y pasar a la siguiente, ellos no pueden darte lo que te mereces. Tú eres una princesa y mereces que te traten como tal, y yo puedo dártelo, tendrás lo que siempre has soñado.

Me lo dice realmente convencido, como si sus palabras fueran a convencerme definitivamente. Me da rabia, siempre pensé que mi madre estaba loca, pero no lo estaba, el único loco que había era As; mi madre solo estaba enferma y era adicta, pero este es un psicópata de los buenos. Tengo que acercarme a él, lo voy a matar con mis propias manos.

—Estos dos, como tú los llamas de una forma tan despectiva, me han dado más en tan solo unos días que tú en todos los años que convivimos, porque sus corazones no están podridos como el tuyo. ¿Y quieres saber lo que realmente quiero en el mundo? ¿Lo que me haría feliz sobre todas las cosas?

Sí, realmente está muy enfermo mentalmente, porque aun con todo lo que le digo me sonrío esperanzado.

—¿El qué, mi amor?

—Quiero tu cabeza cercenada en una bandeja de plata. La disecaré y la pondré todos los días en la mesa donde cene con mis dos hombres y con mi madre. Dime, ¿me complacerás?

Grita, sé que lo he llevado al límite, veremos si ahora comete el error que espero para poder liberarme.

—¡Traedlos! Veremos qué haces cuando los deje a los dos tan tontos que se les caiga hasta la baba —grita y los guardias corren a obedecer. La verdad es que yo tampoco le he visto nunca tan alterado y da algo de miedo, pero no, ya no me va a atemorizar nunca más.

—Como siempre tienes que escudarte en otros para llegar hasta mí, porque te faltan los huevos para enfrentarte a la pequeña Alice, ¿verdad? —lo provocho de nuevo, no puedo permitir que les

haga daño, a ellos no, prefiero morir yo.

Él no puede más, se acerca con paso firme hasta mí y echa el brazo hacia atrás. Sé que va a doler, pero le pongo la cara para que sepa que no me voy a encoger de miedo nunca más. La bofetada cae sobre mí como si fuera plomo, el impacto me hace voltearme y no tarda en saberme la boca a óxido, estoy sangrando, me ha partido el labio. Sin embargo, aguanto bien el dolor, no me va a oír gritar.

—¡Alice! —grita Marcus.

—¿Estás bien? —pregunta mi dulce Tímido.

—Claro que sí, solo es un maricón que es valiente porque me tienen sujeta dos guardias, no tiene cojones para enfrentarse a mí directamente. —Le desafío con la mirada.

—Para, Ice, por favor, al final te va a matar —me suplica Tímido, que intenta soltarse del agarre de los guardias y solo recibe una patada en el estómago.

Marcus intenta ayudar, pero recibe el mismo trato. Estoy desesperada y rota por ayudarlos, no sé qué más hacer.

Piensa, Alice, piensa. El Doctor ya les ha colocado en la cabeza unos aparatos que imagino serán para borrar todo lo que los convierte en ellos. Entonces se me ocurre algo y rezo porque funcione.

—Si les haces daño, no me entregaré a ti —digo rápidamente, espero que no me note lo nerviosa que estoy.

—Pues te lavaré el cerebro. Pero serás mía, Alice, de una manera u otra —decreta él. Se nota que está agotado y desesperado por todo esto.

—Si les sueltas y les dejas vivir iré contigo por voluntad propia. Si sé algo es que lo que te gusta de mí es mi carácter, no quieres un muñeco, para eso ya tenías a mi madre y no se te veía muy contento.

—No te creo, siempre intentarás matarme. Me odias, me lo has demostrado —contesta dubitativo

—Siempre te querré matar, no nos vamos a engañar, ni te voy a prometer amor eterno porque te estaría mintiendo. Pero si te doy mi palabra de que no intentaré matarte lo cumpliré. Al final sí saque algo de ti y es que siempre cumplo mi palabra; si te has estado informando tanto sobre mí lo sabrás.

Él parece pensar mi propuesta durante unos segundos, sé que es lo que más desea en el mundo, pero es una gran decisión ya que siempre tendrá que dormir con un ojo abierto sin saber cuándo le dará el golpe de gracia.

Parece que le convence porque le hace una señal a los hombres para que me suelten y me coge él. Cuando me tiene entre sus brazos me besa, es un beso duro y frío, mezclado con la sangre que aún mana por mi boca. Lo odio, pero tengo que hacerlo para liberar a los chicos.

Algo me saca de mis pensamientos, es como una brisa fresca, noto como mi cuerpo se empieza a hacer menos sólido entre las manos del Conejo Blanco. Todo comienza a desvanecerse a mi alrededor.

—¿Qué coño pasa, Doctor? —brama As enfadado.

—No lo sé, señor, algo está saliendo mal.

Es lo último que escucho antes de desaparecer.

Capítulo 14

Alice



Tengo los ojos pesados, como si llevara días durmiendo, y el cuerpo parece que es un bloque de hormigón. Aunque me apetece quedarme así tumbada y quizás volver a dormir, algo me dice que hay algo importante que tengo que hacer.

—Alice, cariño, despierta. Tienes que despertar, rápido. —Es la voz de mi madre, tiene que ser un sueño.

Me fuerzo a abrir los ojos, que me cuesta horrores, e intento enfocarla; vuelvo a estar en la habitación del Doctor y me encuentro entre los brazos de mi madre. Me toco la cabeza rápidamente para ver si tengo el aparato que me pusieron para meterme en la máquina, pero no está, seguramente me lo ha quitado ella.

—Mamá, ¿eres tú? ¿Estás bien? —le pregunto mientras la abrazo y lloro por la alegría de ver que vuelve a ser ella, no ese muñeco inerte en que la había convertido As.

—Sí, mi vida, soy yo, gracias a ti que me salvaste. Pero tenemos que darnos prisa, As y el Doctor no tardaran en despertar. Me he encargado de los guardias, pero si ellos despiertan estamos muertas —me dice y sé que está totalmente atemorizada, tengo que terminar con esto ya, nunca más nos va a hacer daño.

—Mamá, despierta a mis amigos, yo tengo algo que hacer.

Ella me mira sin saber muy bien qué hacer, pero no me cuestiona, solo asiente.

Mi madre se ha encargado de liberarme, así que busco desesperada por la sala algo con lo que llevar a cabo lo que quiero hacer, entonces lo veo. El desgraciado de As lleva mis cuchillos en el bolsillo de su chaqueta. Voy hacia la silla donde está tumbado y de un salto me pongo en cuclillas sobre él.

Cojo mis cuchillos y coloco el filo de uno de ellos sobre su cuello, aprieto y una gota de sangre moja su filo. En ese momento despierta y sus ojos me miran con miedo. Sí señor, por primera vez veo temor en su mirada, como el animalito que se ve acorralado por un depredador. Bien, así es como quiero que se sienta exactamente.

—Alice, pequeña, podemos hablar de esto, creo que todos hemos perdido los nervios. Seguro que se puede arreglar.

—No hay nada de qué hablar, para lo único que voy a utilizar tus cuerdas vocales es para hacer un tirachinas. ¿Te ha quedado claro? —digo clavando más mi cuchillo. Sé que ahora mismo parezco una adicta, una yonqui de su miedo y su dolor, pero es que lo necesito; que él sienta una milésima parte de lo que mi madre y yo sufrimos durante todos esos años.

—Por favor, te daré lo que quieras, dinero, joyas, una mansión, todo lo que siempre hayas podido desear, solo tienes que pedírmelo y será tuyo.

—Pues creo que a eso ya te he contestado hace un ratito, pero dame un segundo. Mamá, ¿tú quieres algo de este desgraciado antes de que lo habrá en canal? —pregunto a mi madre. Ya que ella le ha tenido que aguantar aún más años que yo y se llevó las palizas más duras, me parece justo.

Lo observa y solo veo miedo en sus ojos cuando lo mira, así que eso es suficiente respuesta para mí. Nadie daña a los que yo quiero y sale vivo de ello.

—Despídete, a partir de ahora se te recordará como el conejo rojo.

Mi cuchillo se va a deslizar por su cuello como si fuera mantequilla, cuando un gran estruendo suena en la puerta de la habitación.

Un montón de hombres armados entran en la sala registrando cada uno de los puntos para ver si hay alguien armado. Entonces entra ¿White? ¡Dios mío, cómo me alegro de verla! Por fin ha llegado, aunque el *look* que lleva no me gusta nada, es demasiado serio para ella, aunque a saber qué ha tenido que hacer para poder llegar hasta aquí. Eso sí, los hombres con los que va no me suenan de nada. Es posible que haya pedido refuerzos.

Sin embargo, me da igual, todo ha salido bien. Estoy con toda la gente que quiero y voy a llevar a cabo mi venganza, no puedo pedir nada más.

—Señorita, ¡suelte el arma y levante las manos! —me grita White muy enfadada. Normalmente me reíría, pero joder, ahora no es el momento para sus juegucitos, no estoy de humor.

—White, joder, ahora no. Este es el malnacido por el que tengo pesadillas desde que soy pequeña y voy a terminar con él ahora mismo. Luego jugaremos a los disfraces todo lo que quieras. Por cierto, cámbiate de ropa, esos pantalones de vestir te hacen el culo gordo.

White abre los ojos de forma desmesurada y me mira como si hubiera perdido un tornillo o todos ellos.

—Señorita, no se lo voy a repetir, suelte el arma ahora mismo, no quiero tener que abatirla.

Yo quiero mucho a mi amiga, pero digamos que no me ha pillado en mi mejor día y me está empezando a tocar las narices. No será la primera vez ni la última que nos damos, pero ahora no es el momento.

—¡Ice! —Oigo una voz que grita en el pasillo.

No puede ser, suena como White, creo que aún estoy soñando en la maldita máquina del tío este. Si White está viniendo por el pasillo, ¿quién coño es esta que me mira con la frente arrugada?

En un momento la sala se llena de moteros armados y mi amiga, la verdadera White, entra con su pistola en mano y vestida de cuero; sí señor, esto está mucho mejor.

Es un momento tenso, todos se miran y se apuntan unos a otros. Pero lo mejor de todo es cuando las dos gotas de agua se ven; si estuviéramos en una serie de dibujos animados sus mandíbulas tocarían el suelo, literalmente.

—¿White, menos mal que has venido! ¿Le puedes explicar a tu gemela mala y con mal gusto para vestir, que tengo que matar al hijo de la gran puta de mi padrastro?

White desvía un segundo los ojos para mirarme y pasa del alivio al asombro y luego a la preocupación.

—¿Pero se puede saber qué demonios te ha pasado? Estás cubierta de sangre, incluida la boca. Espera, no sé si quiero saberlo.

—¿Pues tú que crees? He estado intentando que no me maten. ¿O te crees que he estado en una fiesta vampírica poniéndome hasta el culo de sangre?

—¡Podéis callaros las dos! Tú, ¿quién eres y por qué tienes mi cara? —dice la gemela de White.

—Pues eso mismo me gustaría saber a mí, pero ahora mismo creo que tenemos otros problemas. ¿No crees?

—Sí, pero tu amiga quiere matar a As, alias el Conejo Blanco, el mayor narcotraficante, proxeneta y asesino de todo Pircasen al que llevo años siguiendo la pista. Así que lo siento, pero no, eso no puede pasar.

Me quedo pensando un momento. A ver, entiendo a la chica, por sus pintas debe ser policía y mi padrastro es para ella su broche de oro, pero no me puede quitar mi venganza, eso no lo permitiré. Y si me tengo que llevar por delante a la hermana de White para conseguirlo lo haré.

Creo que mi amiga me conoce mejor de lo que creo porque me hace un gesto negativo con la cabeza y me dice que espere con los labios, de una forma sutil para que solo yo la vea.

—¿Podemos hablar? Me refiero, le diremos a mis hombres y a los tuyos que salgan y nos quedaremos los demás. Yo guardare el arma y hablaremos. ¿Te parece? —le propone White.

—¿Y por qué debería hacer eso? Soy policía, lo único que tengo que hacer es detenerlo, y a vosotros por obstrucción a la justicia, y asunto resuelto. —No está convencida, lo sé porque se muerde el labio, nerviosa. No quiere hacerlo, pero tiene que ser fuerte delante de sus hombres, eso es algo que comparte con White sin saberlo.

—Porque, a menos que te hayas hecho una operación de belleza estética para parecerte a mí, somos hermanas, más que eso, somos gemelas; así que creo que puedes confiar en mí si te digo que hablemos solas sin tanta testosterona. —Sí que se parecen más de lo que quieren reconocer. La poli le dedica una sonrisa cómplice a White.

—Todos, salid de la habitación y esperad órdenes.

—Pero, sargento... —protesta uno que es un dos por dos con cara de guapete.

—He dicho ahora. —White sonrío a su hermana, a ella también le toca hacer eso mucho en la banda.

—Venga, vosotros también —ordena White.

—Princess —le advierte uno de los chicos.

—Ahora. —Es su única contestación y todos salen.

La poli la mira una vez que han salido todos. White se guarda la pistola en su funda antes de hablar, para que vea que puede confiar en ella.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Snow White, aunque prefiero solo White.

—Yo Red Rose, aunque prefiero solo Red.

Se miran ambas sorprendidas por los nombres que tienen.

—Encantada. Bueno, luego tendremos que averiguar por qué somos gemelas y no sabíamos que la otra existía, pero ahora tenemos que arreglar esto. Ese desgraciado que está debajo de mi amiga no se merece otro futuro que la muerte. Sí, ya sé que eres policía, y bla, bla, bla. La justicia, por desgracia, no le hará pagar todo el daño que ha hecho, ni a ellas ni a las familias de la gente cuyas vidas ha arruinado. Prometemos darte todo su imperio, contactos, trapos sucios, nombres, todo, si dejas que Alice haga lo que tiene que hacer. Tú solo tendrás que decir que fue en defensa propia y te llevarás igualmente los méritos del caso.

Red parece pensar en las palabras de su hermana. White tiene una mente privilegiada, yo nunca le podría haber vendido nada tan bueno y menos con el estado de nervios que tengo ahora mismo.

—¿Tan malo fue contigo? —me pregunta ella y pone la misma cara de preocupación que White, son clavadas.

—Peor. Llevo todos estos años tomando setas alucinógenas para intentar no ver las atrocidades

que nos hacía, a mi madre y a mí.

Ella mira a mi madre, que solo puede asentir y llorar mientras los chicos aún siguen durmiendo. Imagino que para un policía es una decisión dura, pero sé que hará lo correcto, al final su sangre es la misma que la de White y no conozco a nadie mejor que ella.

—Trato hecho —decreta y sé que es mi momento.

Entonces, el hombre que tengo debajo se revuelve y grita:

—¡No!

No me da tiempo a reaccionar, ha sacado un arma que debería tener guardada en la cinturilla de sus pantalones, pero no me apunta a mí.

—Me iré, Alice, pero me llevare conmigo lo que más quieres. —Y con esa última palabra dispara. Giro la cabeza para ver su objetivo, la bala impacta en el pecho de mi madre.

—¡No! —grito mientras empiezo a clavar mi cuchillo sobre él sin piedad, con toda la rabia contenida que he guardado durante años. Si ahora mismo me viera un juez creo que la palabra ensañamiento se quedaría pequeña para lo que estoy haciendo.

Lo odio, lo odio tantísimo, hasta en la muerte tiene que quitarme algo.

No sé cuándo, pero en algún momento de mi *vendetta* pierdo la consciencia.

Capítulo 15

Alice



No sé cuánto tiempo llevo durmiendo, pero sí que hacía muchísimo que no lo hacía de una manera tan tranquila y sin pesadillas. Pienso en ello sobre un colchón bien mullido, no quiero abrir los ojos, me apetece quedarme así un rato más.

No recuerdo la última vez que dormí en una cama. Creo que fue abrazada a Marcus y Tímido en ese hotel de carretera, mientras íbamos a buscar al hombre que podía salvar a White de su madrastra, pero luego todo se torció. De golpe vuelven a mi cabeza los recuerdos de todo lo ocurrido y me incorporo como un resorte golpeando con mi cabeza a algo o alguien que estaba en el camino.

—¡Ay! Acabas de volver y ya vienes pegando —dice una voz y se empieza a reír.

Entonces lo miro y veo que es Tímido; está a mi lado, bastante magullado pero vivo. Miro al otro lado de la cama y también está Marcus; algo más retirado, como si tuviera miedo de que lo rechazara después de todo lo ocurrido.

Miro el resto de la habitación y veo a las gemelas que me miran con una sonrisa muy parecida en los labios, aunque la de White es algo más pillina que la de Red.

—¿Entonces no ha sido todo un sueño? ¿Por fin se terminó mi pesadilla? —pregunto a mi amiga, bueno, a todos.

—Sí, ese cabrón recibió su merecido, nunca volverá a hacer daño a nadie —contesta White y me parece ver orgullo en sus ojos.

—Aunque me digas que luego eres un amor y que te dedicas a hornear pastelitos, a mí me diste mucho miedo —suelta Red, que parece que tiene un humor parecido al de su hermana, y todos nos empezamos a reír.

Entonces recuerdo algo y mi corazón parece detenerse casi por completo.

—Mi... ¿mi madre? —pregunto en casi un susurro por miedo a lo que me vayan a decir.

Tímido me coge la mano, Marcus coge la otra con suavidad.

—Está bien, Ice, está descansando. La bala dio en el hombro y afortunadamente no toco ningún órgano; pero habéis pasado mucho y necesitáis descansar. Cuando despierte iremos a verla juntas. Por cierto, ya sé de dónde has sacado esos ojazos, perra.

Por fin puedo soltar el aire que estaba oprimiendo mi pecho. ¿Será posible que las cosas me salgan bien? ¿Me merezco después de todo un final feliz?

Sonríó a mi amiga y ella me guiña un ojo.

—Red, ¿por qué no nos vamos a charlar y dejamos a los tortolitos solos? Seguro que tienen mucho de qué hablar, o al menos usar las lenguas para algo.

—¿Con los dos? —pregunta agrandando los ojos y con una risita nerviosa.

—Sí, sí, con los dos —afirma White.

—Qué envidia, y para nada sana.

—Amen, hermana, pienso lo mismo. Aunque tranquila, tengo un sequito de moteros que seguro que quieren montarte mejor que a sus Harleys.

Las dos salen riéndose de la habitación y yo no puedo evitar reírme con ellas.

Por fin solos, no puedo creer que esté con mis chicos. Tuve tanto miedo de perderlos, que me habría muerto si algo les hubiera pasado. Pero no es hora de hablar, es hora de demostrárselo.

Aprieto la mano de Tímido para que sepa que estoy con él y me dirijo a por los labios de Marcus, quiero que sepa que le he perdonado, que todo está bien entre nosotros. Sin embargo, él se echa para atrás y me pone un dedo en los labios. ¿Me ha hecho la cobra o me lo parece a mí?

—No me malinterpretes, Alice, es lo que más deseo en el mundo, pero tenemos que hablar antes.

Miro a Tímido esperando a ver su reacción y asiento reforzando las palabras de su amigo.

—Sí, Ice, hemos hablado entre nosotros y creemos que antes de que siga esto debemos hablar —me dice muy serio.

Dos hombres que prefieren hablar a tener sexo, creo que aún estoy soñando y no he salido del mundo al revés donde me encontraba. Niego con la cabeza para intentar alejar esos pensamientos tan negativos y les sonrío.

—Hablemos pues.

—Alice, Tímido y yo queremos saber hacia dónde nos lleva esto. Nosotros estamos enamorados de ti —me explica Marcus algo nervioso.

—Sí, Ice, que casi te perdamos ha hecho que nos demos cuenta de que somos felices de tenerte en nuestra vida, de que no me importa compartirte con Marcus, pero solo con él. —Recalca bien esas palabras—. Pero si lo único que quieres es sexo sin compromiso nosotros no podemos seguir con esto.

Me están abriendo su corazón y yo creo que voy a llorar de lo bonito que es. Pensé que sería imposible tener una relación con los dos porque nunca admitirían compartirme, pero aquí están ellos, que lo han hablado antes y han llegado a la conclusión de que es lo que quieren.

—Chicos, os aseguro que no es lo que quiero. Marcus, sobre todo, sabe que hasta hace poco lo único que quería era sexo sin compromiso, no me he permitido nunca querer a nadie para que no me volvieran hacer daño, o incluso si el Conejo me encontraba no tuviera a nadie con quien hacerme daño. Pero luego llegasteis vosotros como un huracán y arrasasteis todas las murallas que me costaron años levantar. Yo os amo con todo mi corazón, quiero que seamos pareja y algún día formar una familia, una de verdad, la que yo nunca pude tener. Sé que la gente es posible que no entienda que ame a dos personas, pero no podría ser de otra manera, los dos me complementáis de maneras distintas.

—Bueno, quien no lo entienda que se joda —replica Marcus.

—Eso es, princesa —me dice Tímido.

—Ahora, si nos permites amarte... Si no estás muy magullada, nos encantaría hacerte tocar el cielo.

—Me encantaría. —Y me ruborizo, creo que eso no me ha pasado nunca.

—Si en algún momento no te gusta algo, o te duele, nos lo dices y pararemos, ¿de acuerdo?

Los besos empiezan tiernos, pero la necesidad aumenta rápidamente; el casi haber muerto nos tiene desesperados por tocarnos, lamernos, mordernos. Quiero ir despacio ya que sé que sus cuerpos están magullados, el mío también, pero la urgencia me lleva al límite.

Nos vamos despojando de la ropa, ellos a mí y yo hago lo mismo, sin poder evitar robarles

jadeos con cada caricia y beso. Sus atenciones despiertan cada nervio de mi cuerpo y lo excitan, creo que estaba preparada para ellos antes siquiera de empezar. No sé explicar la sensación de tener dos hombres pendientes de complacerme, atendiendo cada rincón de mi cuerpo y milímetro de mi piel.

Cada uno coge uno de mis pechos y se lo mete en la boca mientras uno acaricia suavemente la entrada de mi vagina; estoy tan húmeda que noto como cae sobre las sábanas. Tímido se atreve a llegar más lejos y mientras castiga mi pezón empieza a trazar círculos en la entrada de mi ano.

En un primer momento me tenso, pero él no intenta penetrarlo, solo lo acaricia con la humedad que está desprendiendo mi sexo; y esa caricia me pone aún más cachonda de lo que ya estoy, no pensaba que eso fuera posible.

Los jadeos se escuchan por toda la estancia, mezclados con los gruñidos de mis amantes. Creo que podría llegar al éxtasis con solo estas caricias, pero ellos no se detienen ahí. Me gustaría complacerlos de la misma forma, pero me dejan claro que ahora es mi momento.

El *piercing* que llevo en el capuchón de mi clítoris pega ligeros tirones, deseando que lo rocen; Tímido no me engañó, se siente algo inigualable con él.

Marcus se ocupa de lleno en mis pequeños pechos mientras mi motero baja besando mi abdomen, directo a comerse la fruta de la pasión. En el momento en que su lengua roza el *piercing* pego un grito de auténtico placer. Si sigue así no tardare en correrme. Empieza a castigar mi clítoris, mientras con su mano sigue trazando círculos sobre mi parte de atrás. Ya no me tenso, es más, me froto sobre su dedo, estoy tan excitada que no quiero que pare, necesito que me den todo lo que tengan para mí.

Marcus sigue lamiendo y mordisqueando mis pezones, de vez en cuando sube hacia mis labios para robarme un apasionado beso, y cuando me quiero dar cuenta Tímido ha introducido un dedo en mi ano. Se queda quieto por unos segundos, es una sensación rara tener algo ahí donde nunca has tenido nada, pero no me duele; es más lo aprieto con mis nalgas, y ¡madre mía! Me da placer, quiero más.

Empieza a jugar a sacar y meter el dedo mientras sigue castigando mi clítoris y robándome toda la cordura con cada toque.

—Alice, nos gustaría estar a los dos a la vez dentro de ti, solo si tú quieres. Si no, no pasa nada, podemos jugar de otra manera —me sugiere Marcus mientras Tímido ha metido otro dedo en mi interior.

Intento sacar la voz de mi cuerpo; entre tanto placer y excitación creo que se me ha olvidado hasta cómo tengo que hablar.

—¿Que si quiero? No hay nada que desee más en el mundo que fundirnos en uno solo.

—Si sientes dolor en cualquier momento pararemos —me dice Tímido.

Yo solo puedo asentir impaciente ante la expectación de lo que me espera.

Ambos sonrían y se miran con complicidad. Tímido se tumba boca arriba en la cama, Marcus me coge como si fuera una pluma y me tumba encima del motero con las piernas abiertas, de esa forma quedo expuesta para ambos.

Marcus se pone de rodillas entre mis piernas, ninguno de los dos deja de acariciarme mientras se colocan ambos un preservativo. El momento está cerca y yo no puedo más.

Tímido coloca su miembro en la entrada de atrás. Despacio, muy despacio, va introduciendo la punta, mientras Marcus, para hacer que la tarea sea más fácil, empieza a lamer mi clítoris de esa manera suya tan intensa. Succionando y mordisqueando. Si no lo veo no lo creo, estoy tan excitada que el miembro de Tímido está entrando sin ningún problema ni dolor. Se siente algo raro, pero en cuanto mi otro compañero vuelve a su tarea en el clítoris solo puedo sentir placer.

Cuando está todo dentro, él se queda muy quieto esperando a que yo me adapte.

—¿Estás bien? —me pregunta algo preocupado.

—Estoy muy cachonda, y os prometo que como no me folléis ahora mismo os voy a rajear a los dos.

—Esa es nuestra chica —dice Marcus, antes de colocarse en la entrada de mi vagina con su miembro y clavármelo hasta el fondo.

¡Madre mía! No puedo ni empezar a explicar lo que siento con aquellos dos hombres llenando todo mi ser; ya no es excitación, placer, es como estar en el nirvana. No me puedo mover, pero es que no quiero moverme. Quiero quedarme así para siempre.

Los dos empiezan a moverse de una manera acompasada de fuera a adentro y mis gritos de placer resuenan por toda la habitación; sus gemidos también, la fricción que deben sentir ellos debe ser espectacular.

Noto como el orgasmo se acerca, pero no sé ni por dónde, si es por la presión del pubis de Marcus sobre mi clítoris, por la vagina, o por detrás. Me estoy volviendo loca y solo puedo sentir. Cuando explota ya da igual de dónde viene porque parece que es de todos los sitios al mismo tiempo, no he sentido un orgasmo así en mi vida, tan fuerte que me da la sensación de que me estoy casi haciendo pis. Ellos aceleran aún más el ritmo para acompañarme, pero eso solo vuelve a llenarme de necesidad ya que estoy tan sensible después de haber culminado. Así que los tres llegamos con un grito al clímax. Los dos abrazan mi cuerpo, nos quedamos laxos, abrazados. Y pienso que si me muriera ahora mismo me moriría feliz.

Pasamos un rato charlando, dándonos mimos y hablando sobre el futuro. Por fin se han quedado dormidos, cada uno abrazado a un lado de mi cuerpo y yo, feliz, me quedo pensando en que la vida, por muy mal que te vaya, al final te trae cosas buenas. Que he conseguido perdonar y amar a mi madre, cosa que pensé que sería imposible. Pero ver que tengo una segunda oportunidad con ella me hizo darme cuenta de que la gente que quieres, hoy está y mañana no, hay que saber perdonar y seguir adelante.

También que por muy dura que fuera mi niñez y adolescencia lo he superado, me hizo más fuerte, y por fin lo he superado; con gente que me quiere, mi nueva familia, que, aunque no es de sangre, si es gente que daría la vida por mí. Y por fin me he permitido amar. Sí, amo a dos hombres, pero ¿quién dijo que solo pudiéramos tener un príncipe? Yo tengo dos, uno montado en una Harley que se sonroja cuando me insinúo y mi soldado de hierro, que daría su vida por mí sin dudar. No los podría amar más.

Nadie puede decir a quién tengo que amar, o a cuántos, y si se atreven a decírmelo les cortaré con mis cuchillos.

Con una sonrisa de felicidad me quedo dormida.

Fin

Epílogo

White



Nos vamos al bar a tomar unas cervezas, lo necesitamos. Los chicos de la banda se han ido de juerga, menos los que he dejado de guardia vigilando que todo vaya bien. Hemos ido a una de las sedes que teníamos cerca de la casa del padraastro de Ice, realmente nos podríamos haber quedado en su casa, pero no creo que quisiera despertar allí, ni su madre tampoco. Además, ahora que la policía tirará de la manta, cuanto más lejos estemos mejor, no sea que nos veamos salpicados por los asuntos turbios del Conejo. Mejor dicho, difunto Conejo.

Y ahora me encuentro bebiendo con una copia de mí. Bueno, que viste algo más seria que yo y tiene el pelo un poco más claro, pero por lo demás somos prácticamente idénticas. ¿Cómo demonios se explica esto?

—¿Te haces alguna idea de cómo tienes una hermana y no sabíamos nada? —pregunto mientras le pego un trago a mi cerveza. Verás cuando se lo cuente a Rian, que lo he dejado en casa cuidando de las dos sedes.

—No, mis padres murieron hará un par de años en un accidente de coche, por lo que es imposible que les preguntemos. Pero ¿sabes?, siempre me dio la impresión de que era adoptada. No por nada, ellos eran unos padres geniales, me dieron amor y me criaron de una manera genial, pero era como que nunca llegaba a encajar, no del todo. Y no me parecía a nadie de la familia de ninguno de los dos —me cuenta y bebe. La verdad es que es casi tan buena bebedora como yo, a Tyler le va a encantar. Ni pensarlo, como se fijó en mi hermana le partiré las piernas.

—Pues tenemos que averiguarlo, porque te aseguro que somos clavadas a mamá y que si nuestros padres hubieran sabido de tu existencia nunca te habrían dado en adopción. Así que aquí hay algo que no me gusta ni un pelo.

—¿Tienes fotos de ellos?

—¿De nuestros padres? —pregunto, es normal que ella aún no acepte que los míos son nuestros verdaderos padres.

—Sí —dice ella y me sonrío. ¿Ves?, es igual que mamá.

—Sí, pero como siempre no tengo batería. Lo siento, pero te ha tocado un desastre de hermana, yo y las tecnologías nos llevamos fatal. En cuanto lo cargue te las enseñaré. Y si cuando te puedas coger unos días libres puedes venir a verme, creo que hay alguien en la banda que nos puede ayudar; era como un hermano para papá.

—Bueno, ahora que he cerrado el caso del Conejo Blanco he pensado cogermé unas vacaciones, me deben bastantes, y me gustaría llegar al fondo de todo esto. Y... bueno, pasar más tiempo contigo, si tú quieres.

—Claro que quiero, me encantaría. Pero dime una cosa, ¿cómo haces para mantener a raya a todos los polis que tienes a tu cargo?

—¿Y tú a todos los de tu *club*?

—Con la pistola y apretándoles mucho las pelotas —contesto como si fuera lo más obvio del mundo.

—Pues eso mismo hago yo. —Las dos rompemos a reír a carcajadas.

—¿Sabes, hermanita?, te acabo de conocer y ya te tengo que querer —admito.

—Yo a ti también —contesta con lágrimas en los ojos.

—Por cierto, cuando vengas a Apple City, digamos que no todos mis negocios son legales. Espero no tener problemas con eso, tú eres mi hermana, pero el *club* es también mi familia.

—Tranquila, no voy a ir de servicio, así que ojos que no ven... ¿Otra cerveza? —me dice y me guiña un ojo.

—Eso siempre, Red.

Si te ha gustado la historia de Alice no olvides comentar en Amazon, redes sociales, eso nos ayuda mucho.

Gracias por leerme.

*Si lees una historia que te gusta, deja tu reseña. Es importante para nosotros.
¡Adopta a un escritor indie!*

©2018 Dharmma



Biografía

Mi nombre es Jessica, aunque escribo con el nombre de Jess Dharma. Nací en 1981 y soy de Madrid. Me encanta leer sobre todo romántica, thriller o terror. También las series o películas de terror. El punto de cruz, el sol me da mucha alegría. Empecé escribiendo en el 2007 aunque ya lo había hecho de pequeña. Publiqué por primera vez en el año 2014 con una editorial con la que tuve muy mala suerte. Posteriormente con otra que no me fue mejor. Así que en ese momento me prometí que autopublicaría a no ser que me saliera una oportunidad con una editorial de las grandes. A día de hoy tengo publicadas una saga de romántica paranormal, erótica, new adult. También un thriller policíaco con clic ediciones de Planeta.

Adoro escribir, el día que no lo hago siento que me falta algo. Me gusta cambiar mi registro a la hora de escribir así que no descarto ningún género. Mis próximos proyectos son romántica contemporánea, juvenil, thriller psicológico, romántica paranormal y erótica.

Por ahora creo que os he contado muchas cositas. Si quieres saber cualquier cosa escíbeme por aquí o en mis redes sociales.

Puedes seguirme en:

<http://www.jessdharmaescritora.es>

Facebook: Jess Dharma escritora

Instagram: Jess Dharma

OTRAS DE MIS OBRAS

EL GUARDIÁN DE PIEDRA

Sárilan y Amanda son dos hermanas madrileñas que deciden pasar sus vacaciones conociendo la hermosa Atenas. Lo que nunca imaginaron es que se encontrarían en medio de una lucha épica donde tendrán que sobrevivir y combatir por no perder su corazón.

Axel, es un guerrero de la hermandad de las gárgolas. Cuando cree que su corazón se ha convertido en piedra por toda la eternidad, conocerá a una pequeña humana que pondrá su mundo del revés. Tendrá que luchar contra sus sentimientos encontrados y peor aún, tiene que mantenerla con vida frente a los raptos que se han empeñado en acabar con ella.

¿Aún no conoces el nuevo fenómeno sobrenatural que está llegando a todos los rincones del mundo?

No se trata de hombres lobo, ni vampiros, ni si quiera de ángeles o fantasmas...

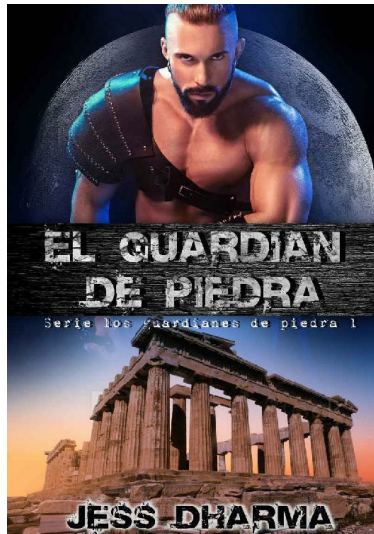
Las gárgolas viven entre nosotros, pasando desapercibidas con un único objetivo... salvar a la raza humana de los crueles asesinos que Hades está liberando del infierno. Los raptos se llaman y son seres que se alimentan de las emociones humanas hasta la muerte de la persona.

No trates de saber más, sé que la curiosidad te está matando, pero si ellos te capturan y no tienes una gárgola cerca te mataran sin piedad. Así que ¡corre! Mientras tengas tiempo, no mires atrás.

Para mí ya no hay tiempo, me encuentro inmersa en esta guerra entre inmortales de la que no puedo, ni quiero salir.

[https://leer.amazon.es/kp/embed?](https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B01H2JWKRC&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_cm_sw_r_kb_dp_edUzDbG7TC3Z)

[asin=B01H2JWKRC&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_cm_sw_r_kb_dp_edUzDbG7TC3Z](https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B01H2JWKRC&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_cm_sw_r_kb_dp_edUzDbG7TC3Z)



EL GUARDIÁN DE LA MUERTE

Él, ya no era un guerrero de la hermandad, había perdido su honor, pagaría por ello cada día de su miserable vida. Ahora cazaba y mataba a los raptos solo, viajaba allí donde oía que existían problemas, y eso haría hasta que los dioses decidieran quitarle esa vida que él no quería vivir. Esos eran los pensamientos de Marius camino de Nueva Orleans, ese era su nuevo destino. Una serie de asesinatos estaban asustando a la población, hablaban sobre ello en todos los noticiarios. Decían que se trataba de un asesino en serie y pensaban que usaba algún tipo de magia vudú ya que los cuerpos estaban secos, parecía que les habían robado el alma... Pero él sabía que se trataba de raptos. Se hizo una promesa, les mataría o moriría en el intento; de las dos formas se cumpliría su deseo.

¿Aún no conoces el nuevo fenómeno sobrenatural que está llegando a todos los rincones del mundo?

No se trata de hombres lobo, ni vampiros, ni si quiera de ángeles o fantasmas...

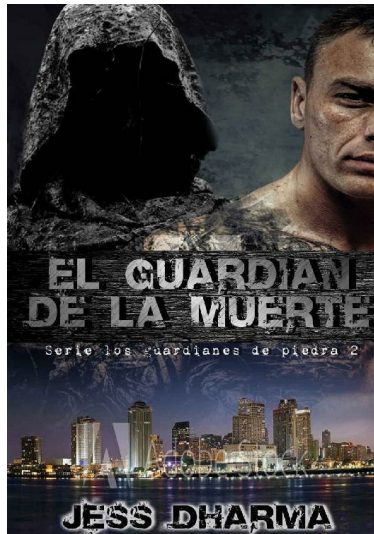
Las gárgolas viven entre nosotros, pasando desapercibidas con un único objetivo... salvar a la raza humana de los crueles asesinos que Hades está liberando del infierno. Los raptos se llaman y son seres que se alimentan de las emociones humanas hasta la muerte de la persona.

No trates de saber más, sé que la curiosidad te está matando, pero si ellos te capturan y no tienes una gárgola cerca te mataran sin piedad. Así que ¡corre! Mientras tengas tiempo, no mires atrás.

Para mí ya no hay tiempo, me encuentro inmersa en esta guerra entre inmortales de la que no puedo, ni quiero salir.

[https://leer.amazon.es/kp/embed?](https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B0776CCFXC&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp_ZdUzDbY36V3TF)

[asin=B0776CCFXC&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp_ZdUzDbY36V3TF](https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B0776CCFXC&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp_ZdUzDbY36V3TF)



NAGA LA GÁRGOLA GUARDIANA

La diosa Artemisa es secuestrada por el Minotauro de sus aposentos en la isla de Delos. Su tía Laya desconsolada manda a sus mejores guerreros del ejército de las gárgolas a buscarla a Creta y de paso matar al que ha osado a hacerlo, pero misteriosamente ellos también desaparecen sin dejar huella.

Apolo y Scailar se embarcan en un viaje lleno de peligros por la Grecia antigua para recuperar a sus hermanos, enfrentándose a monstruos mitológicos y peligros inimaginables. Pero si hay algo peor que todo eso es que ellos dos se llevan a matar, él es un mujeriego y un prepotente de cuidado, y ella ha sido criada para no dejarse intimidar, aunque la atracción entre ellos es igual o mayor al odio que sienten.

Embárcate con ellos en ese viaje mágico lleno de aventuras en un mundo mitológico.

¿Aún no conoces el nuevo fenómeno sobrenatural que está llegando a todos los rincones del mundo?

No se trata de hombres lobo, ni vampiros, ni si quiera de ángeles o fantasmas...

Las gárgolas viven entre nosotros, pasando desapercibidas con un único objetivo... salvar a la raza humana de los crueles asesinos que Hades está liberando del infierno. Los raptos se llaman y son seres que se alimentan de las emociones humanas hasta la muerte de la persona.

No trates de saber más, sé que la curiosidad te está matando, pero si ellos te capturan y no tienes una gárgola cerca te mataran sin piedad. Así que ¡corre! Mientras tengas tiempo, no mires atrás.

Para mí ya no hay tiempo, me encuentro inmersa en esta guerra entre inmortales de la que no puedo, ni quiero salir.



KRELL: SERES DEL SUBMUNDO I

En un mundo lleno de sobrenaturales ávidos de poder, alguien tiene que pararles los pies. Los Aniquiladores serán los encargados de hacer cumplir las leyes y proteger a la humanidad. Ellos fueron los elegidos ya que no están ansiosos por dominar al mundo, pero sobre todo porque son su alimento. No, no toman su sangre, se nutren del placer sexual de su amante, sin ellos no podrían subsistir. Nueva Orleans en la actualidad. Krell, es un aniquilador, junto a sus hombres se encargan de mantener el orden y la seguridad de la ciudad. Todo funciona bien entre las diferentes razas, hasta que empiezan a cometerse en su ciudad una serie de asesinatos con claros indicios sobrenaturales. Zoé, es una pequeña humana con mucho carácter, que sin quererlo se verá envuelta en toda esta lucha entre seres del submundo. Complicándole mucho las cosas a Krell. Sí el Aniquilador te lo pide ¿lo alimentarías?

[https://leer.amazon.es/kp/embed?](https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B07MBVPY39&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp_AeUzDb8KPXRV)

[asin=B07MBVPY39&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp_AeUzDb8KPXRV](https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B07MBVPY39&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp_AeUzDb8KPXRV)



UN SUEÑO, UN RODAJE, TÚ Y YO

Asia es una escritora novel que ve como su sueño se hace realidad cuando una productora decide llevar su novela a Hollywood. Ella tendrá que ir como asesora para que la película sea lo más fiel

posible al libro. Con lo que no contaba es con tener que lidiar con Noah. Un chico tremendamente sexy, que es diez años más joven que ella y además es el protagonista de la película. Asia intenta no sentirse atraída por él ya que es todo lo que no quiere en un hombre, más joven, un mujeriego, chulo, posesivo, pero sobre todo porque sabe que le romperá el corazón.

¿Conseguirá resistirse a él o el guion de su historia ya está escrito?

[https://leer.amazon.es/kp/embed?](https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B07NJ7L6G5&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp_PeUzDbV9BSHZ)

[asin=B07NJ7L6G5&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp_PeUzDbV9BSHZ](https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B07NJ7L6G5&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp_PeUzDbV9BSHZ)



RECUERDA... EL MAL NUNCA TE OLVIDA

Alisa es Criminóloga en la unidad de análisis de conducta en el FBI de Chicago, una de las mejores en su campo. Siendo tan solo una niña encontró el cadáver de su madre lleno de cortes y con su mantita de bebé entre las manos, pero los agentes que llevaron el caso concluyeron que había sido un suicidio. Pero ella sabía que no había sido así, aquella noche sintió que no estaban solas en casa; algo peligroso las acechaba desde la oscuridad. Se prometió así misma que atraparía al asesino, aunque nadie la creyera.

En la actualidad, la policía de Nueva Orleans, necesita a los mejores criminólogos para poder resolver un caso donde un asesino en serie está aterrorizando a la población. Alisa y su compañero Rick van sin dudarlo, pero allí no solo se enfrentará a un asesino. Nuestra protagonista tendrá que luchar contra los demonios de su pasado, y con algo mucho más oscuro, a lo que nunca nadie se debería tener que enfrentar.

[https://leer.amazon.es/kp/embed?](https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B07JXBG8KS&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp_afUzDbP5QY5FD)

[asin=B07JXBG8KS&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp_afUzDbP5QY5FD](https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B07JXBG8KS&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp_afUzDbP5QY5FD)



DEDÍCAME UN ÚLTIMO BAILE

Eli nació y creció preparándose para ocupar de mayor el puesto que le correspondía en una familia tan importante como la suya. Sin embargo, un hecho dramático le hizo cambiar su vida drásticamente, lo que antes estaba de más ahora está de menos. El dinero y las cosas materiales dejaron de llenarla, por lo que salió a las calles a buscar su lugar en el mundo. Ahí encontró su familia, un lugar donde encajar y en el cual sentirse libre. Aprendió el Street Dance, y lo utilizó junto a su nueva familia para luchar contra la opresión social.

Sus padres no contentos con ello, y bajo amenaza de encarcelar al hombre que ama, James, la mandan a un centro para chicos descarriados donde encauzar su vida de nuevo. Ella acepta a sabiendas de que en unos meses cumplirá los veintiuno y será libre para siempre. Aunque, no contaba con conocer a Enzo.

Enzo es profesor de baile en Residencia Alana Harrison. Allí imparte clases a lo que más detesta en el mundo, la gente con dinero, personas como aquellas arruinaron su vida y la de su madre. Hasta que un día llega Eli, una chica a la que odia por lo que tiene, pero que lo atrae por lo que es. No ha conocido a nadie como ella.

¿Conseguirán entender que lo que tienes no define lo que eres?



*Dedicame
un ultimo
baile*

Jess Dharma

Agradecimientos

A todas las personas maravillosas que tengo en mi vida, mis amigas Rachel RP y Laura Duque que siempre las tengo para todo, sea del mundo de las letras y de fuera de él. A mi amiga Ester por siempre leerme y decirme la verdad sobre lo que le parece. a María Rivera Ruiz por compartir conmigo su ilusión cada vez que lee uno de mis libros y que me contagía su alegría.

A todas mis compañeras escritoras que siempre están ahí para mis dudas y darme animos, pongo algunas pero os tengo a todas presentes: Arwen, Sabina, Bárbara, Luisa, Noni, Carmen Rb, Rosa, Janne, Maria Ferrer, Jess Gr, Jossy, Nora, Tania, A mi correctora Kaera Nox, haces un gran trabajo. Y por su puesto a Lidia S. Balado por esta pedazo portada, tanto la ilustración como la portada en sí me han enamorado.

Por último pero no menos importante a mi marido Nano, por ser mi apoyo en está andadura de las letras.

Os quiero.